

Puente Levadizo

Veinticuatro cuentistas de Panamá y España



Antólogos

Enrique Jaramillo Levi y Pedro Crenes Castro



Puente Levadizo

Veinticuatro cuentistas
de Panamá y España

Antólogos

Enrique Jaramillo Levi y Pedro Crenes Castro



P438 Puente Levadizo: Veinticuatro cuentistas de Panamá y España /
antologistas: Enrique Jaramillo Levi y Pedro Crenes Castro. – Panamá: Foro/taller
Sagitario Ediciones, 2015.

206p. ; 21 cm. – (Coedición con Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo). – Colección Convergencias

ISBN 978-9962-9029-7-3

1. LITERATURA PANAMEÑA – CUENTOS
2. CUENTOS PANAMEÑOS
3. LITERATURA ESPAÑOLA – CUENTOS
4. CUENTOS ESPAÑOLES I. Título

Colección **“Convergencias, No. 3”**

Puente Levadizo: Veinticuatro cuentistas de Panamá y España

Primera edición

© Enrique Jaramillo Levi y Pedro Crenes Castro, julio de 2015

© Foro/taller Sagitario Ediciones, julio de 2015

Diseño y diagramación de interiores, portada y contraportada:

Ana Pereda y Juan Rivera ponle@muchagana.com

Edición:

Carolina Fonseca carolina@ombit.com

Enrique Jaramillo Levi henryjaramillolevi@gmail.com

Impreso en: Madrid, España, bajo la responsabilidad de Agencia Española de
Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).



Esta publicación cuenta con la colaboración de la Cooperación Española a través
de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El
contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de Foro/taller Sagitario Ediciones
y no refleja, necesariamente, la postura de la AECID.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o
procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes de la República
de Panamá, salvo autorización escrita del autor o de los editores.

Foro / taller Sagitario Ediciones es un proyecto
didáctico-creativo-editorial que surge de la
necesidad de perfeccionamiento y difusión de
nuevos autores de talento; y que posteriormente
desarrolla su aspecto editorial como resultado del
asocio y amistad de Carolina Fonseca (novel escritora
venezolana radicada en Panamá) y Enrique Jaramillo
Levi, escritor, profesor, editor y promotor cultural
panameño. Buscamos propiciar, perfeccionar
y promover la calidad escritural que nace del
talento innato. Creemos fundamental la disciplina,
tenacidad y oficio autocrítico en la creación y
publicación de textos literarios. Nuestro sello tiene
tres colecciones: 1. “Cuentos de taller”, destinado a
dar a conocer nuevos talentos formados en talleres
diversos (incluidos los que se imparten en Foro/taller
Sagitario Ediciones, que a partir de enero de 2013
da origen a este proyecto), así como en Diplomados
en Creación Literaria; 2. “Convergencias”, antologías
de diversa índole; 3. “Epifanías”, nuevas obras de
autores destacados.



ÍNDICE

Introducción	XIII
Prólogo	XIV

Cuentos panameños

El jardín de Urbano	3
<i>Justo Arroyo</i>	
Las tarántulas de miel	16
<i>Pedro Rivera</i>	
Con forma de varón	25
<i>Moravia Ochoa López</i>	
Carta del Ministerio	35
<i>Dimas Lidio Pitty</i>	
Fisuras	39
<i>Enrique Jaramillo Levi</i>	
Laberinto	46
<i>Consuelo Tomás Fitzgerald</i>	
El viejo y La Esperanza	50
<i>Dimitrios Gianareas</i>	
El profesor Theodoridis	60
<i>Isabel Burgos</i>	
Un agujero de luz al final de un túnel de árboles	64
<i>Carlos Oriel Wynter Melo</i>	
Agnesia	68
<i>Melanie Taylor Herrera</i>	

Este novio no es mi padre73
Pedro Crenes Castro

La intrusa83
Roberto Pérez-Franco

Cuentos españoles

Los libros vacíos89
José María Merino

La miel de Oxaca101
Juan Pedro Aparicio

El ángulo del horror109
Cristina Fernández Cubas

Contraviaje119
Ángel Olgoso

Con los cordones desatados, a ninguna parte127
Hipólito G. Navarro

El lector de Spinoza134
Javier Sáez de Ibarra

El valor142
Ángel Zapata

La calidad del aire147
Eloy Tizón

Papá, mírame155
Juan Carlos Márquez

Las ramas no son perfectas163
Pilar Adón

Criptonita169
Patricia Esteban Erlés

Leche 179
Marina Perezagua

Introducción

En diciembre de 2014 el Centro Cultural de España en Panamá fue literalmente, o debería decir literariamente, tomado por una treintena de escritores que participaron en la edición americana del *Festival Eñe*, organizado por La Fábrica con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Fueron días de lecturas, conferencias, mesas redondas y hasta catas literarias, en los que nuestra Casa del Soldado se transformó de la noche a la mañana en un hervidero de conversaciones e intercambios literarios entre autores provenientes de todas las latitudes iberoamericanas.

Al terminar el festival, como nos recordaría poco después Pedro Crenes Castro en un maravilloso artículo, todos quedamos con la sensación de que nos habíamos quedado cortos. El público, los escritores, y por supuesto nosotros, queríamos más. La antología que el lector tiene en sus manos es la expresión de ese “más”, concebida en Panamá por Foro/taller Sagitario Ediciones bajo el liderazgo de Enrique Jaramillo Levi y Carolina Fonseca, y apoyada por la Cooperación Española, que desde un principio vio este volumen como la consecuencia lógica de unas relaciones culturales hispano-panameñas que no hacen sino crecer e intensificarse.

Es el cuento lo que hilvana este *Puente levadizo*, pues nuestros dos países comparten una larga tradición de cuentistas que se extiende hasta nuestros días y que ha dado a nuestras Letras obras de gran calidad y significado, como podrá comprobar el lector en las páginas que siguen. El cuento es, en este sentido, la punta de lanza de una tradición compartida que en Panamá entronca con la narración oral y la oratoria y que en nuestro país bebe de las tradiciones griega, árabe y medieval hasta llegar a este siglo XXI, considerado por algunos como una nueva edad de oro del cuento español.

Finalmente quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que han hecho posible la obra que el lector tiene en sus manos: antólogos, autores, editores, diseñadores, y por supuesto a todos los lectores que nos honran con su tiempo y atención. No se arrepentirán.

Panamá, 17 de mayo de 2015.

Ramón Santos
Embajador de España en Panamá.

Prólogo

I

Un puente, dos países, veinticuatro cuentistas

Puente Levadizo: Veinticuatro cuentistas de Panamá y España es la segunda antología binacional que con gran entusiasmo y satisfacción ha preparado Foro/taller Sagitario Ediciones en su colección “Convergencias”. La primera fue “Escenarios y provocaciones. Mujeres cuentistas de Panamá y México 1980-2014”, obra antologada por Carolina Fonseca y Mónica Lavín. La idea es proyectar una parcela de lo mejor de la literatura nacional a otros países, a la vez que tener la oportunidad de ilustrarnos conociendo en el nuestro algunas muestras de lo más granado que se escribe en otras latitudes. Por el momento lo hemos hecho en el género cuento, con excelentes resultados.

Puente Levadizo -océano Atlántico de por medio- pone en relación literaria, propiciando el mutuo conocimiento, el intercambio intelectual y la posibilidad de acercamientos más amplios, a algunos de los cuentistas actuales más destacados de Panamá y España: 12 de cada país. Se plantearon tres requisitos fundamentales: debía tratarse de autores vivos, que hubieran publicado al menos un libro de cuentos y, por supuesto, que la calidad del cuento seleccionado fuera –a juicio del antólogo- óptima. Esperamos haber cumplido satisfactoriamente. La parte panameña de este libro la he preparado yo; y la española es responsabilidad de Pedro Crenes Castro, escritor panameño-español que reside en Madrid desde hace 25 años.

En la sección panameña hay cinco autores que deben ser considerados, por su larga y fructífera trayectoria y sus méritos, como auténticos veteranos del cuento: Justo Arroyo (1936), Pedro Rivera (1939), Moravia Ochoa López (1939), Dimas Lidio Pitty (1941) y Enrique Jaramillo Levi (1944). Todos continúan escribiendo y destacándose en este y otros géneros. De una posterior generación son Consuelo Tomás Fitzgerald (1957), también poeta y novelista,

y Dimitrios Gianareas (1967), este último de reciente incursión en la literatura como cuentista y novelista. Después viene una tercera generación, con Carlos Oriel Wynter Melo (1971), Melanie Taylor Herrera (1972), Pedro Crenes Castro (1972), Isabel Burgos (1970) -los dos últimos de reciente aparición-, y Roberto Pérez-Franco (1976), el más joven; la mayor parte de los cuales también se mueve en más de un género. Si bien ni los primeros nombrados ni los últimos son ni remotamente los únicos cultores del buen cuento en Panamá, sí podrían ser considerados como de los más representativos.

Aunque hay una cantidad impresionante de cuentistas en Panamá en los últimos 25 años, no pocos de talento indudable como lo demuestran otras antologías y compilaciones históricas*, una selección exigente y con proyección internacional como pretende serlo esta debe escoger lo mejor de entre lo mejor. Pero cómo negar que por más rigor y objetividad que se ejerza, en la selección final termina privando la subjetividad ilustrada, el gusto personal.

En los cuentos escogidos para **Puente Levadizo** encontramos toda una gama de variantes temáticas, estilísticas y de actitud frente a la experiencia, la imaginación y el hecho estético mismo. Pero en todos prevalece, cada cual a su modo, una incisiva conciencia de lo humano, una densidad sorprendente, a ratos un fuerte vuelo poético, y por supuesto un oficio escritural sobresaliente, todo lo cual constituye formas artísticas de auscultar la realidad y de otorgarle al texto literario categoría estética.

Al contrastar el aporte de los autores de mayor edad aquí antologados, con la originalidad de los cuentistas menos conocidos, se puede llegar a la siguiente reflexión: la perfección formal y hondura humana de cuentos como “El jardín de Urbano”, de Justo Arroyo; “Las tarántulas de miel”, de Pedro Rivera; “Con forma de varón”, de Moravia Ochoa López; “Carta del Ministerio”, de Dimas Lidio Pitty; y “Fisuras”, de Enrique Jaramillo Levi, ponen de manifiesto la destreza literaria que da una larga experiencia de fogueo cotidiano con la vida y con su alter ego el ejercicio esforzado de la imaginación creativa propia de todo artista.

Por otra parte, el descubrimiento del sorprendente talento ficcional de nuevos autores panameños nacidos a la literatura en años recientes, como Isabel Burgos, Pedro Crenes Castro y Dimitrios Gianareas, es

semillero de honda satisfacción para quienes apreciamos la fuerza de las iluminaciones que permite la creación literaria y comprendemos sus vínculos profundos con las múltiples variantes de la vida. Sin duda estos y otros contemporáneos suyos son ya escritores de relevo, pero sin romper con la continuidad necesaria de sus mayores, puesto que la tradición es la que hace posible el rescate de lo mejor de lo antiguo y, a la vez, las rupturas creativas que dan origen a lo genuinamente nuevo, diferente.

Asimismo, para efecto de esta antología binacional, es perfectamente razonable considerar que los otros cuatro creadores seleccionados son una suerte de puente, no levadizo en esta versión de nuestra metáfora sino fijo, porque permite conectar entre sí a los dos grupos de autores antes mencionados. Así, la cuentística transparente pero cáustica de Consuelo Tomás Fitzgerald puede considerarse como uno de los primeros eslabones conectores de ambos grupos, seguida por el aporte de Wynter Melo con el ingenio aleccionador de su prosa poética, el inesperado anecdótico íntimo de la protagonista de Taylor Herrera y la fuerza avasallante del claustro onírico catapultador de un erotismo fatal en el texto de Pérez-Franco.

Acaso una de las características más sorprendentes de la producción cuentística de estos 12 escritores panameños representada en **Puente Levadizo** sea su absoluta individualidad: sus ficciones en nada se parecen entre sí, y sin embargo en esa versatilidad literaria nacional, vista en su conjunto, estriba justamente una de las pruebas más rotundas de su apreciable talento y contribución a la bibliografía hispánica.

Habiendo nacido formalmente el cuento panameño con el libro “Horas lejanas” (1903) de Darío Herrera, 112 años más tarde, en 2015, su futuro se vislumbra altamente prometedor.

*Véase mis antologías “*Tiempo al tiempo (Nuevos cuentistas de Panamá 1990-2012)*” (Universidad Tecnológica de Panamá, Panamá, 2012) y “*Los recién llegados. 54 cuentistas inéditos cuentan en Panamá: antología*” (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2013).

Prólogo

II

Motivos para un puente

Un puente es comunicación en su sentido más básico. Entre dos lugares que se miran con cierta extrañeza en lontananza, tender un puente evita malos entendidos y produce buenos entendidos. En ese sentido, en el de entendernos mejor y conocernos más para querernos mejor, **Puente Levadizo: veinticuatro cuentistas de Panamá y España**, viene a constituir ese nexo de unión, digamos “formal” o puesta en negro sobre blanco, entre dos países tan cercanos. Es la antología que quiere unir a los de allá y a los de acá o los de allí y aquí en torno al cuento, el género de todos los géneros narrativos.

Una antología es una arbitrariedad estética en su sentido más básico. Revestida tantas veces de cierto atavismo académico, de cientificismo inapelable, no puede uno más que justificar, en términos más pasionales que racionales, la misión cumplida. En la escogencia de los autores me ha asistido el corazón y mi biblioteca, mis lecturas de años. Luego se conversa sobre el cuento en España con los amigos. Después, uno vuelve y se sumerge en la relectura y el descubrimiento de la cuentística actual. Me alejé, confieso, de otras antologías que solo consulté una vez realizada la selección de los autores para ver qué cuentos ya andaban por esos pagos y algunas veces, por las razones obvias de espacio para libros de este tipo, el que mejor encajaba en calidad y medida, ya estaba antologado.

Un lector es un buscador en su sentido más básico. Por ello, **Puente Levadizo: veinticuatro cuentistas de Panamá y España**, va a satisfacer a los lectores de ambas orillas (y de cualquier orilla), pues en su búsqueda de nuevos universos narrativos que conquistar (aquí se tiene la posibilidad de entrar en dos docenas de ellos) encontrará puertas, pistas e incertidumbres que les llevarán a las

obras de estos autores que en muchos casos son desconocidos y que en cada caso se deben conocer.

Un cuento es una incertidumbre en su sentido más básico. Lo que va a fascinar al lector es cómo se están resolviendo esas incertidumbres en España. Desde los más veteranos a los que acaban de llegar al panorama narrativo español, hemos conseguido juntar a un grupo de escritores muy diversos en estilo y resolución estética de sus obras pero a la vez, todos ellos, rigurosos en su trabajo. Todos ejercen o han ejercido la reflexión sobre el oficio de escribir cuentos, específicamente, y muchos de ellos en la actualidad dirigen escuelas y talleres de escritura creativa. Este extremo es fundamental ya que no solo escriben buenos cuentos sino que están pensándolos y enseñando a los nuevos escritores cómo escribirlos y cómo pensarlos. No solo viven *del cuento* sino que también viven *en el cuento*: no es un divertimento de novelistas o poetas, son cuentistas que también son poetas o novelistas.

Un antólogo es un seleccionador en su sentido más básico. Acostumbrados a un seleccionador nacional de fútbol (aquí y allá), los mohines de duda y desacuerdo están servidos. Los dioses mandan al antólogo a la tierra del cuento nacional para rodearla y andar por ella con la misión titánica de reducir a esencias y trazos un universo. El cuento lo es y en España, en contra de lo que muchos piensan, se cultiva el cuento, el buen cuento, el cuento excelente, y esta antología es una muestra, pequeña pero valiosa de ese trabajo que se viene realizando. Los que están son, y no están todos los que son por falta de espacio. Para este antólogo, estos doce nombres, representan las mil y una técnicas, formas, atmósferas, fondos, temas y arbitrariedades a la hora de afrontar la incertidumbre de un cuento.

Pero este **Puente Levadizo: veinticuatro cuentistas de Panamá y España** no se habría podido tender sin las ganas de Enrique Jaramillo Levi y Carolina Fonseca, los buenos amigos de la Embajada de España en Panamá y la cooperación de la AECID y el trabajo entusiasmado y riguroso de los autores que aquí les presentamos. Desde España, al recibir la noticia y comunicarla a los escritores todo han sido facilidades, parabienes y ganas de formar parte del proyecto. El deseo de cruzar el puente ha sido patente en todos sin excepción desde el primer momento.

Llegó la hora de cruzar el puente, desplegado después de ver pasar por el gran río Atlántico tantas naves de locos, cargadas de aventuras, dramas y comedias. Queremos llegar al otro lado con la idea de contar lo que vivimos en este y constatar, en torno al fuego de la lectura, bajo la noche de estrellas difusas de nuestro quehacer diario, que nos parecemos tanto que no podemos engañarnos con mentiras pasadas que suman distancia, que esta o aquella historia ya la vivimos pero qué bien suena con acento español, qué sabrosa es en buen panameño y rérnos porque siempre hemos estado más cerca de lo que creíamos y somos más cómplices de lo que admitimos.

Un motivo es un cuento en su sentido más básico. Cruzar para contarnos es una buena razón para este y cualquier puente.

Un puente es, ahora también, una invitación en su sentido más básico.

Pedro Crenes Castro
Madrid, mayo de 2015.

Cuentos panameños

Justo Arroyo
Pedro Rivera
Moravia Ochoa López
Dimas Lidio Pitty
Enrique Jaramillo Levi
Consuelo Tomás Fitzgerald

Dimitrios Gianareas
Isabel Burgos
Carlos Oriel Wynter Melo
Melanie Taylor Herrera
Pedro Crenes Castro
Roberto Pérez-Franco

Justo Arroyo. Nació en Colón, Panamá, el 5 de enero de 1936. Licenciado y profesor de Español por la Universidad de Panamá, Maestría y Doctorado en Letras Iberoamericanas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Múltiples veces ganador del Concurso Nacional "Ricardo Miró" como novelista y cuentista. Obtuvo en 1997 el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" como cuentista. Incluido en antologías del cuento panameño e hispanoamericano. Fue Director de Extensión Cultural del Instituto Nacional de Cultura y Embajador de Panamá en Colombia. Libros de cuentos: "Capricornio en gris" (1972); "Rostros como manchas" (1972); "Para terminar diciembre" (1995); "Héroes a medio tiempo" (1998); "Sin principio ni fin" (2001); "Réquiem para un duende" (2002). Novelas: "La gayola" (1966), "Dedos" (1970); "Dejando atrás al hombre de celofán" (1971); "El pez y el segundo" (1979); "Geografía de mujer" (1972); "Semana sin viernes" (1995); "Lucio Dante resucita" (1998), "Vida que olvida" (2002).

El jardín de Urbano

Nadie sabe exactamente cuándo mi primo Urbano se volvió loco pero yo sí. De acuerdo con mis padres, siempre lo estuvo, y me evitaban todo contacto con él, presentándolo como la prueba más evidente del fracaso humano. Pero yo admiraba a mi primo y quería crecer como él, con su cuerpo bronceado y sus músculos de constructor. Nada importaba que me repitieran que Urbano era sólo un "pico y pala", un pobre diablo que hacía zanjas en construcciones con la misma inconciencia como las hacía en el cementerio. Eso no impedía que me subiera a la baranda de la casa para verlo pasar, su pico y pala al hombro, sus botas altas, la chaqueta y pantalón con trozos de cemento, la gorra hacia atrás. Cuando se detenía a conversar conmigo, la combinación de olores que salía de su cuerpo eran fragancias de libertad, de masculinidad.

Nuestra casa quedaba enfrente del cementerio, y, al despertar, mi

primera visión eran las lomas con las cruces y las lápidas. Sólo tenía que cruzar la carretera, atravesar un césped para quedar rodeado de tumbas. Esta cercanía del cementerio hacía muy cómodo el que mi primo fuera sepulturero.

Con Urbano y mis primas, Felipa y Blanca, aprendí los secretos del cementerio, enseñándome él las variedades de flores según la posición de las tumbas y mis primas las variedades de pantis según la posición de sus clientas. Porque Felipa y Blanca lavaban ropa para cooperar con los gastos que producía la enfermedad de mi tía Encarna.

En el cementerio las observaba, sus muslos morenos a caballo entre el blanco de las lápidas, mientras yo, sin entusiasmo, tiraba piedras a los pájaros. Y mi curiosidad de diez años quedó fuertemente amenazada una tarde en que Blanca, al llamarme y abrirme la bragueta, me causó el dolor más espantoso que he sentido en mi vida. Fue Urbano el que la salvó de una pedrada cuando, muerto de risa mientras Blanca se perdía entre cruces, me aseguró que todo estaba bien, que ya entendería, que por lo pronto sólo supiera que a los muertos les gustaba que se enamoraran sobre sus tumbas. Los muertos se lo habían dicho.

De todos modos, le juré a Urbano que yo no tendría nada que ver con el sexo femenino, especialmente con las estúpidas de mis primas. Esta promesa no era nada difícil, porque Urbano y el cementerio eran el centro de mi interés. Y se lo demostraba cuando, serio y con las manos atrás, lo seguía en silencio, escuchando sus explicaciones sobre la vida en el cementerio.

Urbano siempre sabía dónde estaban las frutas más jugosas y los cangrejos más grandes. Y con su biombo descomunal le partía el cráneo a cualquier bicho a cincuenta metros de distancia. El cementerio estaba lejos de ser un lugar de terror, frío y solemne, sino un mundo de sorpresas por el que yo transitaba con el mejor maestro posible, mi primo Urbano. Por eso, yo sentía particular orgullo cuando, además, Urbano era el sepulturero más solicitado por su destreza con el pico y la pala.

Ocurría igual en las construcciones, en donde lo alababan por su tenacidad en proseguir una zanja hasta el final. Empezaba con

el pico, con golpes precisos que levantaban tierra con la que medía el camino a seguir, retándose para ver si inventaba otro método de hundirse a sí mismo rápidamente. La pala luego se transformaba en leve cuchara en sus brazos, removiendo tierra en la mitad de tiempo que sus compañeros.

Pero todo era un preámbulo al momento cumbre de su vida, cuando le pedían que saliera de la zanja y, con la plomada, verificara el nivel. Porque en toda construcción lo importante es el nivel, me insistía Urbano, muy serio. Si un techo no tiene nivel se empoza el agua; si una pared no tiene nivel se viene abajo, y si una tumba no tiene nivel se corre el ataúd. Así, al terminar su trabajo, Urbano sacaba su plomada, la levantaba al sol como una piedra mística y la confrontaba con su obra. Entonces, observando la posición del hilo, exclamaba satisfecho: “¡Tiene nivel!”

Cuando tenía entierro, Urbano me avisaba en secreto, me daba la dirección y yo, con cualquier excusa, daba la vuelta a la casa y entraba al cementerio. Corría al sitio indicado para encontrarlo, trabajando más que los otros sepultureros, metido hasta la cintura en el hueco, tirando tierra por sobre los hombros. Pero no le importaba que abusaran de él, porque al final tendría ese momento irremplazable cuando la plomada demostraría que la tumba —su tumba— tenía nivel. Entonces ocuparía su sitio con dignidad, en espera del fin de la ceremonia para volver a palear tierra en una sinfonía con su cuerpo y la fosa.

Los entierros que más buscábamos eran los de los antillanos. En ellos Urbano no tenía que demostrar rigidez porque se trataba de una celebración. Y se ponía sus mejores ropas que, como resultado de su virtuosismo, quedaban inmaculadas. Su sonrisa era más blanca que de costumbre. Al borde de la fosa, comprobado su nivel, Urbano se arreglaba la camisa y esperaba con entusiasmo la llegada del cortejo.

Desde muy lejos se escuchaba la banda. Los músicos venían primero, en un camión abierto, uniformados. Inmediatamente detrás, en una carroza Cadillac, venía el difunto. Después, una larga caravana de autos lujosos, los hombres vestidos de etiqueta y las mujeres de blanco.

Ante la fosa, el predicador empezaba su sermón en el mejor

inglés de Oxford para, al calentarse en las virtudes del difunto, pasar sin transición al sabroso *patois* que coreaban los presentes. Luego había discursos de miembros de la logia y, por último, himnos, con las voces más hermosas que escucharía jamás. Con las palmas, las voces y los himnos, se le decía al Dios arriba que no había problema, que el difunto y los presentes habían entendido y habían aceptado que el don maravilloso de la vida continúa después de la muerte, así que el momento era de alegría y no de pena. Ese hermano que ahora despedían había sido hijo, esposo y padre; había comido, había bebido y había hecho el amor. Y, en estos momentos, contemplaba a su gente desde las puertas del cielo. Y era feliz. Todos, pues, elevaban una alabanza porque el hermano Joe o Peter ya era parte de una mejor existencia.

Cuando Urbano entraba en acción, sus brazos, cuerpo y cabeza se identificaban con el momento y paleaba al ritmo de los himnos. Al final, lo invitaban a participar del velorio, cuyo inicio oficial era en una cantina que, para la ocasión, quedaba cerrada al público. Urbano y yo, entonces, nos subíamos al camión de los músicos.

En la cantina, se colocaban las mesas juntas y corría el ron jamaicano, de dulce aroma y ruidosa embriaguez. Urbano me sentaba a su lado y, mientras él bebía ron con cola, yo tomaba sodas. La barra se transformaba en un mostrador, con muslos de pollo, patitas de cerdo, pescado, arroz con coco, plátanos y pan. Al terminar, Urbano, con cara de idiota, me agarraba de la mano y me dejaba en la parada de buses. En la casa, al acostarme, rogaba por el pronto entierro de otro antillano, para proseguir con Urbano esta, mi educación social.

Pero habría de ser sin Urbano. Porque a mi primo lo esperaba la locura y, en perspectiva, me sorprende cómo integré, por cariño a él, las señales de su colapso. O quizá ocurrió que, con intuición vedada a los adultos, me di cuenta que la línea entre locura y cordura era muy tenue, y que todos, incluyéndome a mí, la cruzábamos una y otra vez, sin enterarnos.

Que Urbano conversara con los muertos y fuera feliz como sepulturero era tan normal para mí como que mi padre se pasara peleando horas con un radio para recoger pitos y flautas de un país

tan extraño llamado Inglaterra. Que mi primo fuera un “pobre diablo” no significaba nada ante su conocimiento del cementerio y de los muertos, nuestro Disneyworld, en el que Urbano era el Ratón Miguelito y el Pato Donald a la vez.

Por otra parte, si de seriedad se trataba, la pericia de Urbano con el pico y la pala le daba para su cuartito de soltero y para las medicinas de mi tía Encarna. Y, como pocos hombres, Urbano disfrutaba del reconocimiento de sus semejantes cuando comprobaba que su obra “tenía nivel”.

Fue la madre de Urbano, mi tía Encarna, quien rompió de manera definitiva el hilo que mantenía a su hijo funcionando en el mundo de los “normales”. Su muerte, consecuencia de un cáncer que le llevó primero un seno y luego el otro, cortó su respiración una noche que me llevaron al hospital para despedirme. Urbano, caminando de un lado a otro, tratando de no mostrar los dientes en su sonrisa nerviosa, estaba incómodo por ser el centro de una atracción que no le correspondía, al clavarle mi tía los ojos a los presentes y señalarlo, en un desesperado mensaje para que se le ayudara, para que no se le dejara solo. Me tranquilizaba pensar que, de mi parte, habría que matarme para separarme de Urbano.

Al morir mi tía Urbano desapareció. No fue a la iglesia y mi padre aseguraba que se había escondido a beber, algo propio de criatura tan irresponsable.

El modesto entierro llegó a la fosa bajo una suave lluvia y me alegré cuando, en el centro de otros dos sepultureros, divisé a Urbano, parado en atención con su pico y pala. Me preocupó que no me sonriera, porque de algún modo su sonrisa, imprudente las más de las veces, era su ancla con el mundo.

Urbano se mantuvo firme a través de todo el servicio, la pala entre las piernas, el pico en el suelo. A diferencia de Felipa y Blanca, no derramó una sola lágrima, siempre la vista al frente. Tampoco ayudó a bajar el ataúd, como si no fuera miembro de la familia sino un profesional que viene a garantizar un servicio.

Cuando el ataúd tocó fondo, los otros sepultureros, en gesto insólito con Urbano, se adelantaron a palear. Pero él se colocó en el centro, erguido, dueño de la situación. Y con la exquisitez de

un arte producto de toda una vida enterrando muertos, distribuyó las paladas de modo que la fosa se cubrió con tonalidades serenas, sin claros angustiosos. Pero lo que más nos llamó la atención fue la manera misteriosa, angelical, diabólica, como desapareció todo sonido de la tierra al cubrir el ataúd, como si la misma tierra guardara silencio por el duelo del hijo favorito del cementerio.

Al terminar, la finura del trabajo hizo innecesario cualquier emparejamiento. Sobrecogidos, hacíamos interminable ese momento en que se necesita la voz autoritaria de un tío que diga “vámonos”, cuando de repente nos cayó como un rayo ver que Urbano tiraba el pico y la pala por los aires, daba saltos al borde de la tumba y gritaba: “¡Tiene nivel, tiene nivel!” para luego echar a correr, los brazos extendidos como un aeroplano.

No lo vi hasta tres meses después. Durante ese tiempo yo caminaba solo por el cementerio, esperando que se apareciera detrás de un árbol o una lápida. Y cuando me detenía a observar los trabajos de los otros sepultureros, me parecían burdos, irrespetuosos.

Una mañana, cuando iba a tomar el bus para el colegio, Urbano pasó por mi casa, su pico y pala al hombro. Aparentó no verme pero lo seguí, le jalé la manga y lo obligué a mirarme. Sus ojos estaban perdidos, faltaba su sonrisa y, sobre todo, su olor, que ahora era de medicinas, de Vicks Vaporub y Agua de Maravilla. Sin decirme una palabra, siguió andando y yo regresé a mi parada, contento de todos modos por haberlo visto y seguro de que, de alguna manera, volvería a corretear con mi primo por el cementerio.

Pero al intentar averiguar con mis padres, recibía órdenes terminantes de que me alejara de él, porque nadie sabía de lo que era capaz un loco. Yo me resistía a esta simplificación de Urbano y me propuse confrontarlo la próxima vez que pasara por mi casa. Pero por alguna razón Urbano cambió de rumbo y continuó ausente del cementerio.

Lo que yo no sabía era que Urbano había perdido la confianza como sepulturero. Nadie quería asumir la responsabilidad de que, en pleno entierro, empezara a gritar que el difunto tenía nivel mientras se alejaba como avión entre tumbas.

Lo encontré, al fin, un sábado que habían muerto más personas

que de costumbre. El cementerio era un alegre colador de fosas y yo saltaba de hueco en hueco, confiado en que, con tanta actividad, hasta Urbano estaría trabajando. En efecto, lo vi en un entierro, con otros dos sepultureros, esperando que terminara el cura. Los colegas le hablaban en voz baja y me dije que de seguro lo estarían amenazando, advirtiéndole que, si les jodía el entierro, jamás volvería a trabajar con ellos. Pero Urbano no se movía. Y, al finalizar la ceremonia, llenó la fosa con sus paladas técnicas, él solo, nuevamente explotado, pero, a diferencia de antes, cuando gustoso hacía el trabajo de los demás, ahora explotaban a un zombi. Y así mismo le estarían haciendo en las construcciones, pensé. En ese momento tomé la decisión de revivir a mi primo a como diera lugar, pero, al acercarme, me volvió a mirar como extraño, recogió sus herramientas y se las tiró al hombro. Su olor a medicinas continuaba. Caminé a su lado, haciéndole preguntas que no contestaba. Le pregunté por mis primas, por su casa, por sus trabajos, por qué olía a medicinas cuando, deteniéndose en una lomita, se quitó la gorra, bajó la cabeza y empezó a llorar. En la cabeza tenía la huella de un semicírculo, y, al empinarme para ver mejor, noté que se trataba de una quemada en vía de cicatrización. Le iba a tocar la herida pero se volvió a colocar la gorra y salió corriendo. Entonces me dije que, si de verdad quería ayudar a Urbano, tenía que romper mi juramento y efectuar una de las tareas más desagradables de mi vida: hablar con mis primas.

Felipa y Blanca, a la muerte de Encarna y con la locura de Urbano, dejaron de ir por mi casa. Y mis padres no levantaron un dedo por remediar la situación. Encarna había sido hermana de mi madre, pero ella aceptaba lo que dispusiera mi padre con tal de no oírlo gritar por encima de su periódico que yo iba por el mismo camino de Urbano. Mi madre, más suavemente pero con igual determinación, también trataba de alejarme de mis primos, al decirme que no debía preocuparme por ellos, que Felipa y Blanca trabajaban, se mantenían y continuaban en la escuela. En cuanto a Urbano, él “estaba tirando”. Pero cuando preguntaba por la quemada de su cabeza el silencio era mayor que el del cementerio de noche. Tenía, pues, que hablar con mis primas.

El día que fui a la casa de mis primas, salí con mi uniforme, los libros y subí al autobús. Pero no me bajé en la escuela sino cerca de la casa de mi tía, donde ahora vivían solas Felipa y Blanca. Mi plan era sorprenderlas y obligarlas a contarme qué pasaba con Urbano.

Blanca estaba en el patio, en su uniforme de colegio, colgando ropa. Las colgaba sin ganas, con sueño todavía, y, al estirar los brazos al tendedero, enseñaba los muslos que me irritaron aquella vez sobre la tumba. Sólo que ahora, extrañamente, los muslos no me desagradaban en absoluto, al contrario, me causaban una sensación inexplicable, nada desagradable. Al acercarme, el rechazo a mi prima se transformaba en algo que me asustaba esclarecer. Ella, al verme, me miró como a una cucaracha, tiró unas horquillas a una canasta y la cargó pegada a la cintura. Entró al cuarto y la seguí. Adentro mi otra prima, Felipa, se colocaba la falda, los pechos desnudos. Nuevamente sentí la emoción perturbadora y, en silencio, me senté en una silla de la mesa que ocupaba el centro del cuarto. La pieza era grande, con dos camitas pegadas a la pared. Del lado en donde había estado la cama de mi tía, las hermanas habían colocado un altar. Del cielo raso colgaba un clóset aéreo desde el cual se veían las ropas de mis primas y lavados de sus clientes. Con las manos entre las piernas, pensé que los cuerpos robustos de mis primas eran un contraste de vida en medio de la muerte y el decaimiento que las rodeaba. Y yo quería irme rápido, de modo que podían empezar a contarme sobre Urbano.

Pero ninguna de mis primas me tomaba en serio, por lo que las amenacé con una pataleta. Fue Blanca quien, dejando de peinarse, me dijo que yo era un chiquillo pendejo, que a Urbano no lo salvaba nadie y que la culpa de todo la tenía mi padre, que había encerrado a Urbano en un manicomio y había autorizado que le dieran descargas eléctricas. Que ahora Urbano sólo pensaba en mujeres y ellas no querían verlo más.

Hubo dos cosas que me molestaron sobremanera del discurso de mi prima: una que me dijera que a Urbano no lo salvaba nadie y dos que yo era un chiquillo pendejo. Lo primero no lo entendí bien, por lo de las descargas eléctricas. Pero lo segundo se lo podía rebatir ahí mismo, parándome y mostrándole el pene, para que lo

volviera a agarrar como aquella vez, para que viera que ahora la cosa era distinta y que no iba a correr ni a tirarle piedras.

Fue Blanca, nuevamente, la que se me acercó, y, de un puñetazo, me sentó en el piso, gritándome que me fuera. Salí, más confundido que nunca, pero dispuesto a renovar mi resolución inicial, la de no tener nada que ver con mujeres. Era inconcebible que mi primo, que toda su vida había actuado como un santo, se dedicara ahora a la búsqueda de estos bichos incomprensibles.

Todo era culpa de esas descargas eléctricas, me dije, cuyo poder había visto en mis pasquines, cuando el asesino caminaba la “última milla” hasta el cuadro final, donde lo esperaba la silla eléctrica y las terribles palabras: “¡El crimen no paga!”

Esa noche, mientras mis padres dormían, me levanté y quité un foco. Con pulso firme, llevé el dedo índice al centro del contacto, tragué fuerte y lo metí. Todavía tengo la marca debajo de la uña. Todavía recuerdo el repugnante olor a carne quemada. Y todavía recuerdo la fuerza con que me estrellé contra la pared. Pobre Urbano, me dije esa noche, odiando a mi padre por primera vez.

Pasaron otros dos meses antes de volverlo a ver. Estaba recostado contra un árbol, frente a una fosa recién abierta. Me miró con indiferencia y empezó a darse golpecitos con la pala en las botas, quitándose una tierra que no estaba. Por la posición de la gorra me di cuenta que el cabello le había crecido, lo que me alegró, porque significaba que no le habían puesto más descargas. Miró hacia otro lado cuando me acerqué pero me dije que le sacaría el máximo a este momento a solas con mi primo, ahora que no podía huir porque esperaba al difunto. Pero Urbano había volteado la cara y se notaba, en el esfuerzo de la nuca, que estaba a punto de correr, que sólo la obligación de cumplir con su profesión lo mantenía allí. Me le puse delante y le mostré mi dedo quemado. Urbano abrió los ojos, luego me miró fijamente en no sé qué operación mental y, al fin, me sonrió con todos sus dientes. Le devolví la sonrisa, feliz por el contacto, por la renovación de nuestra sociedad.

Esa tarde Urbano le dio una digna despedida al difunto, manejando la pala con la destreza alegre de sus viejos tiempos. Yo estaba lejos de pensar que, por mi insistencia, acababa de

desencadenar precisamente lo que había tratado de evitar: la desaparición definitiva de mi primo.

Todo ocurrió muy rápidamente después. Urbano volvió a ser mi guía por el cementerio pero ahora lo único que le interesaba era el lenguaje de los muertos. A regañadientes me acompañaba a cazar animales o a recoger frutas. Yo, aunque lo escuchaba con atención y me esforzaba por percibir los sonidos de las tumbas, al rato me levantaba fastidiado, asegurándole que me faltaba mucho todavía para este tipo de conocimientos. Los muertos, me decía él entonces, con mal disimulada impaciencia, continúan vivos en las tumbas, sólo que transformados en plantas y flores allá abajo. Y él, Urbano, podía predecir el momento exacto en que esto ocurriría nada más con ver el cadáver, la clase de tierra y el tipo de ataúd. Colocado el oído en cierta forma —me decía— él podía escuchar la explosión del cuerpo al cambiarse en plantas y flores.

Llevé mi fidelidad hasta acompañarlo cuando supuestamente ocurriría una explosión, pero, aun al alba, cuando los pájaros concentran todo su silencio para empezar con fuerza, yo, el oído en el ángulo indicado, sólo escuchaba las muy leves andanzas de las lombrices, nada de la explosión del difunto.

Una tarde, cuando ya no soportaba sus reproches, cometí un acto imperdonable: le di la espalda y empecé a caminar. Él, quizá en su único acto cuerdo de esa temporada, se portó como el típico maestro ante el alumno rebelde y me reclamó mi grosería. Pero yo, también en mi único acto cuerdo de esa temporada, no estaba dispuesto a perder más tiempo y seguí caminando. Entonces, sentí su mano poderosa voltearme.

— ¿Te crees muy hombre, verdad? —me dijo, el índice en mi cara. — ¿Te crees que lo sabes todo, no? —continuó, empezando una sonrisa.

—Soy tan hombre como tú —le dije, plantándome en el camino. —Y me tienes cansado con tus muertos que no hablan.

— ¿Que no hablan? —me dijo, casi relamiéndose. — ¿Tú quieres que te lo pruebe?

— ¿Cómo? —le dije—. ¿Desenterrando un muerto? Y, al instante, supe que había dicho lo que no debía. Pero ya no había

regreso. Sostuve la mirada de sus ojos brillantes y, frotándose las manos, más a él mismo que a mí, me dijo:

— Esta misma noche abriré una tumba y verás si estallan o no, si se convierten en plantas o no. Si te atreves, te espero a medianoche.

Con esto, me dio una dirección del cementerio y se fue, erguido, digno.

En la casa, mientras veía el crepúsculo caer sobre el cementerio, me dije que quizás había llegado el momento de romper con Urbano, que por su culpa el cementerio había dejado de ser un campo de juego para convertirse en un laboratorio, pesado, con reglas y fórmulas. Los vivos, no los muertos, deben ser los dueños del cementerio, porque los muertos están abajo, invisibles, y, según me había dicho el propio Urbano, contentos con nuestras voces y pisadas. Nunca les tuve miedo, y me habría gustado escuchar algo de lo que escuchaba Urbano, pero sin imposiciones. La obsesión de Urbano le quitaba diversión al cementerio, por lo que mejor lo dejaba plantado esa noche, para que sintiera mi protesta.

Sólo que, a medianoche, me vestí en silencio, crucé la calle, atravesé el césped y entré al cementerio. Corrí hasta el lugar señalado por Urbano y, en la abundante luna, divisé su esbelta figura, el pico y la pala a los lados. Yo no sabía por qué cumplía con la cita, y me decía que quizás era para demostrarle a mi primo que no le tenía miedo a nada, o tal vez para que no enloqueciera del todo ante la ausencia de su único amigo o, por qué no, para ver si de verdad los muertos estallaban y se transformaban en plantas.

Esperaba que Urbano empezaría a cavar con mi llegada pero, como quien guarda un secreto, una sonrisa irónica en los labios, se miró las manos durante unos interminables minutos. Yo le tenía más miedo a la policía que a los muertos, pero, sobre todo, a mi padre. Al fin, con gran ceremonia, levantó el pico y lo hundió hasta el mango. La tierra estaba dura y seca y Urbano alzó granos como para llenar una carretilla. Entonces, pasó a la pala, trabajando con movimientos que yo no le conocía, rápidos y breves, como ardilla. Dentro del hueco, volvió a hundir el pico para encontrar, ahora sí, el ataúd. Regresó a la pala, a sus movimientos rápidos y yo, a pesar de mí, retrocedí de la fosa, de Urbano, del ataúd y del muerto. Y

cuando ejecutó la última palada, cuando el ataúd era claramente visible en la fosa, salió.

El ataúd era de madera oscura, barato. Pero, por el olor que me agarró el estómago, la vista se me nubló. Intenté sorbos de aire, en un esfuerzo por no perder el conocimiento, al tiempo que Urbano me miraba con una mezcla de sarcasmo y ventaja, características que siempre odié en mis maestros y que ahora lucía él. En ese momento supe que nuestra amistad había terminado. Y dentro de un rato, cuando le demostrara que a mí nadie me metía los pelos, lo mandaría al carajo.

Urbano volvió a agarrar el pico. El corazón se me confundió con el estómago y, mucho antes de que quitara la tapa, la fuerza del hedor me recordó el puñetazo de mi prima. Tambaleé, pero Urbano me sujetó, firmemente, y sentí como si alrededor de la muñeca se hubiera cerrado una garra de acero. Sosteniéndome con la izquierda, inclinándose a la fosa, Urbano metió el pico entre los clavos del ataúd y levantó. Con la precisión del movimiento, la tapa quedó vertical al ataúd y, entonces sí, se me doblaron las piernas. Cerré los ojos, moví el brazo débilmente pero Urbano me zarandeó como un muñeco diciéndome:

— ¿No que eras un hombre? ¡Mira!

Pero yo me resistía a abrir los ojos. Suficientes problemas tenía con dominar el vómito y no desmayarme. Urbano volvió a sacudirme y me asustó la posibilidad de que, si no le hacía caso, me tirara al hueco. De modo que, bañado en sudor, apretando los dientes y diciéndome que cualquier cosa que este hijo de puta hiciera yo lo podía hacer también, abrí los ojos.

No distinguí si era hombre o mujer. Mi vista se enredó, inmediatamente, con el ojo abierto que me miraba. La piel de la cara era delgada, abultada alrededor de los carrillos como quien tiene un gran dolor de muelas. Pero el ojo me dominaba. Se clavó en mi mirada como reprochándome el que yo estuviera allí, cometiendo la indiscreción más imperdonable, violando todas las reglas de la civilizada convivencia. El ojo, en su fijeza, me ordenaba que me fuera, que me llevara al loco de mi primo y le permitiera cumplir con su actividad exclusivamente privada.

Y con el “ya viene”, de Urbano, el ojo, la piel y la náusea, empecé a gritar: “¡No tiene nivel, no tiene nivel!” para sentir que Urbano me soltaba al fin y que, dando un grito, se arrodillaba frente a la fosa.

Empecé a correr rumbo a la salida, sin mirar atrás, pero llevando en los oídos el colectivo tsk tsk del cementerio. Lloraba y les pedía perdón a los muertos cuando, un segundo antes de estrellarme con las piernas de mi padre, escuché, a lo lejos, el eco de una explosión, como el sonido de una sandía al romperse contra el pavimento.

Mi padre me detuvo y los dos policías siguieron hacia el lugar del sonido. Nunca pensé que me alegraría de ver a mi padre ni que se agacharía y me sobaría la cabeza, mientras que con ojos tiernos, los mismos en que yo esperaba encontrar la amenaza de una silla eléctrica, me abrazaba y me decía: “ya, ya”.

Nos mudamos al poco tiempo. A otra ciudad, lejos de un cementerio. Durante muchos años me callaron que Urbano había muerto, en el manicomio, negándose a comer.

Adulto, he regresado al cementerio y he depositado flores en la tumba de mi primo.

También, he subido a la lomita en donde una noche desenterramos un muerto. Pero, a pesar de que conozco palmo a palmo el cementerio, a pesar de que estoy convencido del lugar, lo juro que, en vez de la tumba, sólo encuentro un bello trozo de jardín.

Pedro Rivera. Nació en la Ciudad de Panamá el 5 de enero de 1939. Poeta, cuentista, ensayista, cineasta. Ha ganado en varias ocasiones el Concurso Nacional "Ricardo Miró" como poeta y cuentista. Incluido en antologías del cuento panameño e hispanoamericano. En 1961 funda y dirige el grupo "Columna cultural", hasta 1965. Funda y dirige el Grupo Experimental de Cine Universitario. Miembro de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano que presidió Gabriel García Márquez. Dirigió la revista de cine "Formato 16". Director del plegable Temas de nuestra América, desde 1981. Libros más recientes: Cuentos: "Peccata minuta" (1969); "Recuentos" (con Dimas Lidio Pitty; 1988); "Las huellas de mis pasos" (1994). Poemarios: "Los pájaros regresan de la niebla" (1969); "Libro de las parábolas" (1983); "Para hacer el amor con la ventana abierta" (1989); "La mirada de Ícaro" (2001). Ensayo: "Crónicas apócrifas de Castilla del Oro" (2005); "Código de la caverna" (2005); "Condición humana y guerra infinita" (2005); "Asuntos del ámbito humano" (2010).

Las tarántulas de miel

1

Por supuesto, su trabajo, nada que decir. Se gana la vida, la conserva en el tiempo, mimética entre los rostros y las inmersiones, bajo los párpados de la noche, estructuralmente absorta, *secuente*, acoplada. Entenderlo tiene sus bemoles, su Caja de Pandora. No porque desconozca y tema (tal vez tema) en realidad. Tiene su encanto vivir dentro de normas fijas y romperlas, en mi caso, aunque superarlas deje un sabor a tierra. Los sonidos, tensión y disonancia brusca, las luces giran como aletas de galápagos; colores de agotamiento lumínico penetran mi memoria, arañan. El alcohol no sirve de nada, bebo por puro gusto, casi por no beber. También la miro, la escudriño, atraviesa ángulos, agota las estructuras de la danza bajo los reflectores, se desdobra como una pertenencia impune, púdica. Hago el ridículo, cierto, mirándola así, en la

fosforescencia y el humo. La sensación de una garra de tigre horada mi pecho, danza allá; yo miro debajo de la mesa, quiero saber si traigo calcetines, si uno es rojo y otro azul, si la gente se ha dado cuenta y disimula no mirarme. Trato de hacer lo que todos, estar en la escena, marcar el compás, aplaudir como un péndulo, en fin: una catástrofe.

No exploro, estoy simplemente, stop obligado por una pinchadura de neumático, así de simple, un como silencioso placer de destornillar, elevar varias toneladas con un juego de palancas, gato hidráulico, punto de apoyo, metafísica del equilibrio. Luego luego arrancar a toda velocidad, sentir el olor del aceite quemado, la inmundicia del escape.

Ana escénica, apoteósica. Anita en la luz, descubierta, anegada por espasmos de coreografía y el índice, pelícano, áspid transgrediendo al público, hiriendo (la idea es subterránea), muerde los pliegues de la expectación, delirio sin llegar al tremens, lavativa, intento de escalar techos, vacíos, enhebrar una aguja en la oscuridad. ¿Arte? ¿Cornucopia en despojos? Una mujer de nalgas aéreas, antes. Antes y después de Anita escupe el vientre por la boca, gira el esternón sobre un eje de pubis, presiona la anatomía bajo las yemas, cimbreada. No hay nada que hacer, lo digo.

Interpreta baladas en tiempo de Mona Bell, campana mona, tizne. Después de la canción llega a la mesa, mis manos embarradas de aceite (es temor, lo juro) tocan su suave pelambre, su piel de nutria curtida. La miro con ojos de alpinista, la desnudo más allá de su desnudez, escalo por su silencio, soy un gato. La Rosa vino con ella, se sienta, ingiere tragos velozmente, mete cháchara, chistes peores, preciso la diferencia entre pez y pescado, lo uno en lo otro. El pez atrapado en la red puede luchar, revolverse, tratar de tamizarse por un hueco, al final se resuelve: crepita en el fondo de una sartén.

La cosa sigue, se habla. Yo soy tú eres él es. Los modos y los tiempos del verbo, los adjetivos sustantivos, viceversa; se habla, se cubre cada palabra con algo de fuego digno como para estar arriba, en la altura, demostrar que, un poco a la izquierda, se es distinto por aquello de la cultura universitaria y esas cosas. Reconozco mis incongruencias donjuanescas, trato de dejarme llevar, un poco

a la derecha soy un extraño dispuesto a utilizar el extrañamiento como un recurso, una estrategia. Puedo simplificar todo el proceso, traquear sobre sus muslos un billete nuevecito, de veinte, hundir el acelerador, tocar botones, buscar la hendidura en la puerta para dejar caer los tres dólares oh, Anita, techo, neumático desinflado, y consumarme en ella, humillarme. Es la manera de acabar de una vez por todas, para siempre. Después no costará nada despedirse, será eficiente más allá de los espasmos, me dirá al oído que gozó una multitud con esa humildad amazónica trazada bajo sus pestañas como un arco, caballo me dirá.

Busco otro camino, la comunicación en otro plano, la angustia intelectual, a ver si me las puedo. Por eso hablo de su país (después me daré cuenta de que no tiene país), sacudo viejas nostalgias, desempolvo calles sin origen, plazas, bosques de pino en la encrucijada del cielo, la muda adolescencia. Se aburre. San Cristóbal Santa Lucía Parque Gran Bretaña Mapocho Las Condes, vuelos cinematográficos, sitios fraccionados, nada cuentan. Conozco Santiago, le digo, las ferias de libros, las manifestaciones políticas, Bimbambum Picaresque Pollo Dorado, boîtes sumergidas en sótanos, niños cantores, cogoteros, micros destartadas, pololas, hoteluchos, callampas, todo eso, mis memorias: le importan un comino, son zapatos viejos, desperdicios. Su madre padece cáncer, me dice. Tiene dos hijos (bicáncer). Ignoro sus edades con indulgencia universitaria, sus sexos me son indiferentes, entro a su nivel, no me importa si les ama o le pesan. Respeto su silencio, no introduzco temas para amargar el güisqui, consumir cigarrillos o desmoronar la magia, la alquimia del momento.

El güisqui galopa territorios de silencio, vacuidad, alternativas. No tomo las de Villa Diego, estoy maniatado, la noche no tiene salida. Las guitarras electrizan, las baterías, el órgano cargado de años (el anciano que lo toca se vitaminiza en el ritmo) bajan con nosotros a la estepa nocturna, artificial, preñada en el prisma del relámpago, para compensar la incomunicación concreta, interestelar, donde vaso silla trompeta jaula doremifasolasies champaña bikini cenicero luces manes gúales micrófonos bocinas yo ella trazan relaciones, destinos unánimes, superpuestos. Se aleja, vuelve a su número en la

escena, una cadera abundante previa abandona el estrado; el canto de Ana introduce ahora planos sucesivos en la diversidad. Percibo un anhelo de darse en el canto, una plenitud frustrada bajo la corteza del vestido mínimo, senos agitados, respiración marchita.

2

Lo conozco, a Enrique. Miro su cara de tribu pálida, chocante. Ana está ausente, una semana que falta, sin motivo aparente. La Rosa seduce a dos funcionarios, acumula fichas; les sale cara la caricia agazapada por debajo de la mesa, el roce de los muslos. Me ha presentado a Nicho, el amante; lo deja en mi mesa para tener las manos libres.

—Chupa tu trago, Julio — me dice Nicho.

Su charla es un parloteo de caño y detritus. Se extraña de mi sobriedad, es el centro, habla de sí mismo, se ama; lo otro es algo que se deduce de su propio punto de vista: “las nuevas son todas malas”, dice.

—La ves, a la Rita— señala con el dedo.

—Tuvo sus cosas conmigo, buen evento, sabrás.

—¿Cuál? — pregunto.

La negra, la Pies Grandes —dice. —Me busca. Tiene el gusto en la boca, todavía. Le hice un buen trabajo, ¿comprendes?

Enrique estruja mi mano, lo hace para que lo vea auscultar con la izquierda bajo las vestiduras abigarradas de la Tuigi, en la mesa contigua. Estira la boca como una cortina de cinematógrafo, goza. Señala a la Rebeca en el escenario: —Es un hembrón — me dice.

La tal Rebeca intenta una danza sicodélica, su cuerpo semidesnudo, vigoroso, liso, está dividido en secciones, bajo la cintura gira un péndulo de reloj antiguo, las manos impulsan un bote imaginario (van de adelante hacia atrás, impulsándose). La fononimia de acto sexual seduce las miradas, humedece entrepiernas, aúpa palmoteos.

—Esa pelá tiene sal —dice Enrique. Debe hacerme caso, arrancar de este país antes de que se pudra.

Me muestro de acuerdo, disgrego. Fijo las coordenadas de su tipo, triunfaría en París, Londres o Nueva York. Abundo: no recomiendo Suramérica mercado limitado, competencia dura, nalgas de obra barata, excedente de cubanas después de Castro, tipología común, sandeces sobre las cuales no estoy de acuerdo cuando las digo: —En todo caso, le conviene Europa, agrego.

--Pigalle, Molino Rojo, Montmartre, el acabose, una panameña en París, fiesta mani, revolú— dice Enrique abriendo el cinematógrafo, las cortinas de la boca.

Los aplausos, las manos sobre las manos (el acto de Rebeca está más allá de lo escénico) agitan el mini mundo creado por suspiros, maxilares colgando cuando la bailarina inicia el mutis por una puerta lateral del escenario.

Enrique aprovecha el vacío lleno con la voz del maese de ceremonias para informarme sobre Ana. Dice que está enferma, la ha ido a visitar (como siempre, recalca) y no percibió rastros de enfermedad alguna, motivo de ausencia. Ese interés por la salud de Ana (nada repentino) me sobresalta.

Enrique aparece de pronto, sin mayores referencias, gélido, superpuesto, incrustado entre Ana y lo que pretendo. Tiene pose de ganador, clase. Capto su estatura extrovertida, ciclotímica; el tipo de hombre capaz de extraer metales preciosos de la roca viva. Su expresión, y la expresión de esa expresión, son exageradas, intento de ser sol sobre cuyas órbitas girasen todos los procesos habidos y por haber. Lo imagino ahora enfundado en un bikini, reemplazando a la Tuigi, detrás de las marquesinas inventando la manera de dejarse ver, frente al micrófono, ocupando el sitio de Ana.

Se confirma mi tesis, poco a poco. Cuesta creerlo. En el mundo de Ana, Enrique es una presencia. Tener la certeza me confunde y alegra. Puedo, desde ahora, establecer mi estrategia, mis defensas, mis ataques. No es lo mismo que avanzar a ciegas, por lo pronto. Enrique lleva en vilo, sobre sus hombros, metal de valores que desconozco y Ana por alguna razón está implícita, le es congruente. Soy un impostor, un advenedizo sin advenimiento, un principiante con ínfulas de parroquiano sin parroquia. —Enrique la corteja— dice Nicho. Trata de bloquear mi asalto, delata un acento de fidelidad perruna.

Enrique no guarda quietud. Tamborilea sobre la mesa con los dedos, zapatea. Una ecuatoriana con aspecto de india peruana ensaya un corrido mexicano con acento típico panameño y Enrique gimotea, hace pucheros, berrea auténticamente, roba auditorio (Miro a la ecuatorianaperuanamexicanapanameña con los pelos parados de punta, odiándole). Se levanta como un bólido besa la mejilla de una corista sin nombre, saluda anfictiónicamente a otras cortesanas, en otras mesas y con otros hombres, en una ostensible demostración de padrote ejemplar, unívoco.

—¿Apuntaste a Ana en tu lista? —pregunta Nicho, aprovecha la dilación de Enrique, su hiperactividad en relación con la Tuigi, Rebeca, Nalgasgrandes, Meneito y otras, metidas en la noche, entre los clientes esquinados, beodos.

—No tengo lista— le respondo. Me molesta el tono lambiscón, la actitud felina, obcecada. —Alguna vez será. No creo que me satisfaga.

—¿Que qué?

—Eso.

—Te gusta la hembra, ¿no?

—No tanto.

—No te entiendo.

—Es sencillo. No puede hacerse de cualquier manera. No sin un ajuste, algo en qué apoyarse.

Nicho me mira por debajo de los ojos, perverso. Calcula el significado de la frase.

—Flintoso.

—Es posible.

La Rosa llega a la mesa con un trago para Nicho, lo robó de la botella de los funcionarios, se esfuerza por escuchar, encadena frases sueltas, las une, tercia intuitivamente con indiferencia interesada, afirma una pura inocencia entre Ana y Enrique.

—Son amigos— dice.

Redondea la figura: hijo único mimado incomprendido, locario, juguetón romántico borrachito irresponsable buen muchacho y, por lo tanto, Ana no le toma en serio. El tono confidencial de la Rosa me incomoda, me evidencia, rastrilla mis fortificaciones, la actitud

de poco importa que quiero demostrar, de viva la vida y vengan los tragos, en ese tinglado sin réferi y sin buena mano de póker. En el fondo, la Rosa simpatiza conmigo, cree que está haciéndome un estupendo favor.

3

Estoy tentado a no persistir en el encuentro, mis posibilidades de movimiento están limitadas. No soy un integrado a pesar de las semanas que llevo en esto. Me siento como un peón en el tablero de ajedrez destinado a perder la cabeza en nombre de un rey y el cómodo desplazamiento de una reina (la reina Ana con mallas, micrófonos y fichas) sobre torres, alfiles y caballos. Inútilmente trato de provocar una cita fuera de ese universo tan suyo, pelota de goma en sus manos, azúcar y miel naufragando en océanos de Johnny Walker y candilejas. Es capaz de entender mi perplejidad, lo inútil de inventar horizontes y palomares, dibujar corazones atravesados en la corteza de los árboles, peces sobre la arena, arrojar piedra sobre los pelícanos, caminar descalzos sobre líquenes crepusculares, subir hasta la copa de los naranjos para contemplar el abandono de los nidos, el tiempo derruido de la melancolía. Ella rechaza ese mundo estúpido. Es concreta, práctica, ignora ese territorio infantil por temor a la ceguera, al abismo oculto en toda sencillez. “Eres un topo”, le dije; y me miró desdeñosa, esquiva cruel, como sólo puede serlo una prostituta natural. Sin embargo, no pone el punto final, desdeñosa se me acerca, consume el licor que pago, deja sobre la mesa las llaves de su casa para que no me marche, obliga mi claudicación.

Hoy tampoco está, no llega después de siete días de ausencia desalentadora y alegre. Una luz de semáforo en mi mente indica precaución, calma, stop. Ese no estar suyo permite un cierto tipo de regocijo, permite una ofensiva en la guerra subterránea, ocupar la plaza, atar cabos, indagar. Ocupo la mesa al fondo, casi al instante se acercan (supongo una mecánica celeste,

calcetinesca o cenagosa rigiendo los desplazamientos de esas libélulas humanas). Nicho y Rosa continúan hablando, bebidos, a viva voz (algo así como sobre) el alquiler del departamento, la poca independencia entre ambos, la exigencia del propietario del inmueble, la necesidad de correr un número en el programa porque la Tuigi vomita en el servicio, uno de los dos debe pagar la luz, en fin, sobre cuál de los dos debe quedarse callado. Los observo. La Rosa termina por levantarse (supongo una excusa), y ocupa una mesa junto a dos consumidores.

—¡Al carajo!— dice Nicho. —Puerco que no da manteca.

—Hace el esfuerzo— digo, señalando a la Rosa coqueta, sonriente, en la otra mesa.

Se perfila otra noche similar, monótona (pez en pecera, tigre en jardín zoológico, pájaro en jaula de mimbre) lejos de toda inmensidad marina, selvática o aérea, junto a ese aprendiz de chulo, oveja con piel de lobo. Nada que hacer ni siquiera esperar, regodearse en las figuras simiescas, fosforescentes, alucinantes, impresas, a manera de murales, por artistas anónimos en las paredes de la boîte. Entonces, pregunto por Ana.

Nicho, aprendiz de chulo, putaño, mecánico, beodo, clava los codos en la mesa, levanta las manos hasta los ojos como para buscar una pieza diminuta, microscópica, un resorte resbaladizo, un engranaje desdentado; hace girar la cabeza en sentido planetario, se inclina hacia delante, parpadea como el parabrisas de un automóvil.

—¿Es verdad que no...? —pregunta, recreando el acto con los dedos de las manos.

—No —le respondo. Dejo al descubierto mi incapacidad de seducción, un poco más, no importa. Me contemplo ejecutando el peor papel dentro de aquel escenario, no parásito, no idiota, no paganini agudo, sino el peor papel.

—Estás quemado, Julio— dice. —El Quique (se refería a Enrique) arrancó con Ana de güiquen, sabes. Si le da gusto, se la queda, de oficial, salario y todo. Si insistes —repitió el acto de recreación con los dedos de las manos —tendrás que soltar la lana, pagar trago en pila, te saldrá caro. Te alelaste, brother.

Dice todo esto pausadamente, recalcando, mordiendo cada palabra como si al deber de informar agregara un gozo, un orgasmo, una plenitud de vida, el desahogo de una náusea negra por el cuello de una botella.

Esta noche el espectáculo se inicia más temprano. El güeiter cambia la vasija del hielo picado, los vasos vuelven a llenarse, vaciándose, y las chicas, a una señal de la coordinadora, abandonan las mesas (no sin antes pedir a los clientes que aguarden por ellas), penetran en el camerino, y en cuestión de minutos se despojan de las prendas exteriores e inician ordenadamente el desfile hacia el escenario.

Moravia Ochoa López. Nació en la Ciudad de Panamá, el 27 de diciembre de 1939. Fue Jefa del Departamento de Letras del Instituto Nacional de Cultura y dirigió la revista "Itinerario" de dicha institución. Ejerció funciones diplomáticas como Agregada Cultural en la Embajada de Panamá en Cuba. Actualmente es funcionaria del INAC. Ha ganado el Concurso Nacional Ricardo Miró en poesía (1958) y en cuento (1960). Obra poética: "Raíces primordiales" (1961); "Cuerdas sobre tu voz" (1966); "Donde tranzas los ríos" (1967); "Ganas de estar un poco vivos" (1975); "Círculos y planetas" (1967); "Hacer la guerra es ir con todo" (1979); "Me ensayo para ser una mujer" (1985); "Contar desnuda" (2000); "Nunca menos que el singular milagro - La gracia del arcángel" (2005); "La casa inmaculada" (2005). Cuento: "Yesca" (1961); "El espejo" (1968); "En la trampa y otras versiones inéditas" (1997); "Juan Garzón se va a la guerra" (1992); "Las esferas del viaje" (antología; 2005).

Con forma de varón

1

El monte venía con él, debajo del sombrero y el color de esos ojos cargados del extraño misterio que ella en su momento no supo o no quiso descifrar. Daba lo mismo. Total, no le importaba. El monte era con él, y los atajos, y el olor a humo-tabaco, a yerba secada al sol, a yerba-limón y fuego, a camisa sudada, a trasnochamiento, limpia la mirada joven, y sin embargo, cuando él le echaba los ojos encima a la mujer, su rostro lucía mayor, extrañamente enigmático. Ella frente al peso de esos ojos se encogía, y cuando la llamaba niña, replicaba la mujer "por Dios, no". Su corazón sensato como si llevara miedo, no latía, se espantaba su alma o cogía vuelo de fuego que le arrasaba la sangre. Mucho en ella se espantaba como caballo brioso, tal parecía que un huracán le llevaba el espíritu mismo, qué pavor y deleite, pero era mejor tenerlo lejos, no, no

quería oírlo ni verlo más, vete, no amaba ese olor a herbazal y humo de monte quemado, a misterio, a ruido de grillos y fantasmas, a gatos locos frente a una hoguera. Él le hablaba de dioses y de ángeles, de infiernos y de purificaciones, de misiones complicadas y un tal amargo, rudo acuerdo de la vida, hasta llegar al amor ¡que del amor hablaba!, máxima energía del universo. Al hablar del amor algo lo hacía cambiar, ponerse un rostro bueno. Ella entonces sí que no lo miraba, se escudaba, se escondía en palabras y frases que iban de acá para allá como un abanico. Tomaba el abanico y al aire abanicaba tratando de espantar su miedo. Se defendía como reina la mujer, era hembra de honor. Transpiraba y sacaba el pañuelito hecho con aguja de tejer, la de Teresa, luego le daba por mencionar el mal tiempo, mirar de reojo el viejo baúl en una esquina y hablar otras trivialidades sin parar, tocando su pequeño crucifijo hasta que con asombro comprobaba que se iba confiando a él, que ya parecía una especie de confesor y, descuidada o irresponsable, abría el pasado frente al hombre. El pasado tenía nombres y tristezas, llantos y olvidos programados, cancelaciones, intersticios, entierros necesarios, un pasado que nunca tuvo que ver con él, ¡caramba! Nunca. Así se le escapó una tarde hablar sobre su soledad, claro, una soledad hoy no tan importante puesto que ya ella tenía, díjole, una vida hecha, de modo tal que ahora no aspiraba sino a la mucha paz. Él tenía la facultad de ponerla en estado de confesión y un día hasta le habló de Sor Encarnación, la tía monja, Encarnación de la Santísima Trinidad en el Convento de Manzanares y de la vieja finca de carbón de hulla, sublime herencia de su padre ya perdida, y la gran panadería de Picaderas en un lejano país y recordó con él un pueblito que jamás conoció, Gámbita y a un don Luca del Pino que desde España vino y sembró de hijos, de sobrinos y nietos la gran pradera con la enorme casa a cuestras y la cocina aquella de bajareque donde abuela ponía su balancín y solía mecerse. Todo este tema metido dentro de la gran olla de los espíritus de los que a veces hablaban, todo esto junto a misterios del astral y guías protectores que tienen que ver con gente de la tierra. ¡Por Dios no me lo miente, cálese usted o váyase mejor, y que sea para siempre! Ella, naturalmente no ponía voz en sus deseos, callada sin saber

por qué callaba y bajaba los ojos. Prefería estas charlas -eso parecía- sobre supercherías, asuntos esotéricos y muchas veces religiosos, a cualesquiera otras que le pusieran acalorado el corazón. Lo extraño era ese miedo que la hería como un filoso cuchillo. Cierto era que él iba significando algo así como una pequeña lluvia de no sabía qué en sus sentimientos y eso le disgustaba y pesaba como una piedra sobre la razón. Le mortificaba y hasta le avergonzaba saberlo, pero debía aceptar que el miedo a veces no era total, que él se iba imponiendo con sus modales casuales, casi suaves, casi inocentes, sin segundas intenciones aparentes, siempre hay que cuidarse de los vividores y mentirosos, ¿acaso él mismo no lo decía igual?, de los charlatanes y oportunistas, había que huir, y en verdad, en honor a él y a esa verdad, nunca lo fue, nunca lo pareció, Dios mío, si ya hasta se estaba convirtiendo en algo que refrescaba sus días, en agua de su sed que creyó una vez apagada, seca para siempre, ganas para su cama de mujer, ahora solitaria y no tan joven, soledad a propósito que a veces la alegraba porque la hacía buscar refugio en la lectura, en libros mágicos que jamás antes pudo leer. Y ahora venía él a derrumbar el silencio en que mantuvo sus sensaciones y deseos. ¡Líbrame, San Miguel Arcángel, límpiame el alma, cuídame! ¡Ay, no se pudo! El Arcángel parecía no escuchar esta vez. Él lograba penetrar en ella hasta muy hondo y ahí se quedó, parece, sin pedir permiso. ¡Ay, de este recuerdo líbrame, Señor! Y ella le decía entre tacitas de café, lejana, digna, sin palabras, intentando ignorar su presencia de hombre que exigía de algún modo ser visto y tomado en cuenta, que cualquier cosa más allá de las simples charlas estaba fuera de lugar y que debían ambos tener muy en cuenta las distancias, las diferencias, ¡por Dios! En el aparato de música que siempre llevaba con ella, colocó un viejo tema, la voz de un tenor, moviendo lenta y digna el cuerpo airoso, aunque no muy alto, fruncido el entrecejo, de pronto, sin querer. Los años, la experiencia, lo vivido, imagínese, no son nada despreciable. Sálvame Arcángel Miguel, estoy bailando para ti, no para él; pon un escudo de protección alrededor de mi cuerpo, de mis emociones y de mis acciones. Y si la mujer hacía alusión a sus años, él decía “no es cierto, no me importa, qué importancia tiene”, mirándola directo, taladrándola con suavidad,

observándola como si acariciara –con mucha delicadeza– sus senos bien puestos todavía, sus manos que el tiempo no vestía aún con esas pequeñas pecas reveladoras, sus labios en los que adivinaba, seguro, las huellas de besos ya gastados, la forma de los silencios y de la promesas, las penas y su soledad. Él también, había dicho una vez y muchas veces, era un hombre marcado por la soledad. Líbrame Dios. Un mucho tiempo ya, lo odiaba. El odio iba *in crescendo*. Qué feo sentimiento, pero, igual, la aliviaba.

Ella había llegado de la ciudad para vivir como la campesina que llevaba en el alma. Buscaba la paz allí donde bordeaba el río y era la casa paterna, antigua capilla con el viejo árbol de marañones, el alto tamarindo y la gran casa. Bajo el limonero, el antiguo columpio de sus primeros años, parece mentira, fuerte todavía. Su presencia llamaba la atención en la aldea no acostumbrada a mujeres de ciudad, y los vecinos le ponían muchos menos años de los que en realidad tenía. Cierto era que a veces hasta parecía una muchacha. Jugaba al coqueteo, aunque no con él, con él no coqueteaba ni jugaba. Con él era el miedo, el bochorno, la erizada piel, como ante la vista de una hiena. Eran dulces los ojos de esta mujer, tranquilo su hablar. Aún en la ciudad provocaba comentarios y entonces reía divertida de verse y de sentirse y de que la creyeran mujer joven, aunque había momentos en que su forma toda adquiría la adultez de lo centenario y su piel dejaba de ser tersa para parecer cetrina, que era cuando la acometía la congoja, la pesadumbre, la nostalgia, la mucha soledad y la tristeza, el terror nuevo o simplemente cuando se ponía a pensar. En la memoria la abuela en su balancín, papá dando dinero a los peones. El aire oliendo a pan recién hecho, Enrique buscándola para jugar con ella, corriendo como dos niños despreocupadamente, la florecita violeta en el negro cabello joven. Años aquellos, viejos. Ella ahora buscaba paz, olvidar incluso a la abuela en su balancín, a Enrique y sus correteos, cosas del lejano pasado, deseaba mucho armonizarse con todos y con todo, especialmente con su propio ser. Por eso había venido, pero hoy estaba segura de que este sosiego que buscaba desesperadamente peligró desde el momento en que él se puso a sus órdenes y buscó sus maletas. Extraño ser cargado de demonios (¡Líbrame, San

Miguel Arcángel!). Todavía no comprende por qué le dijo al desconocido que esa barba le iba bien, porque desde ese momento no se la quitó aunque ella intuía que no era costumbre en él llevarla tanto tiempo o así a ella se lo parecía. Fue el primer error. O haber venido. Después vinieron otras metidas de pata, pero de él o la casualidad. Hacía tanto calor en el pequeño pueblo que ella se asfixiaba, y salía entonces al portal y allí entre los helechos y la sábila, la antigua mecedora parecida a la de la abuela recogía su cuerpo con una tibieza más amable, doblaba sus piernas bajo sus caderas y ancha falda y dejaba sus pies al aire, sin sandalias. Tenía algo particular aunque no era del todo atractiva ni mucho menos bella según su sentir y desear, pero había hombres que no pensaban como ella, hombres que la vieron hermosa bajo la luz de un farol o bajo la plenitud de la luna, desnuda en la bañera o en la playa, a media noche cuando despierta la más remota raíz, el más dormido amor, cuando se le revelaban a ella los escasos saberes aún desconocidos. Ella no decía a sus amores “Ven” (¿Cuántos fueron?), en realidad pocos, era mujer muy exigente, demasiado selectiva, no decía nada sino que los atraía como mujer-araña con sus ojos gatunos, e iba quitando piel sobre su piel, que eso era su corpiño, su falda, su sostén, y amaba entonces con tierno embriagamiento, atolondrada, dispuesta, sin haber bebido alcohol. A veces sí que estaba ebria o lo parecía, loca de ganas de vivir a pesar de todo, ebria de canciones, de música. Y se dejaba amar toda la madrugada, mil y una noches hasta que los vapores de un mediodía denso y un abrazo la despertaban mojada de amor para más amor, y podía mirar su cuerpo delgado y de mediano buen ver, hecho de amor para el amor, saciado gozo, satisfecho amor contradictoriamente insaciable, en su recámara y su cama y esa dulce calma, muy dulce laxitud aquella, la espalda dividida por la hondonada alargada que siempre pedía más caricia, y su hombre amoroso que la besaba en los hombros y el beso que estremecía hasta desordenar toda la mansedumbre. Pero eran otros tiempos. Ella era ternura y recibía y se entregaba sin palabras, sin grito. Cordero en un altar hecho de luces altas en el alma. ¡Oh, tan sereno y tan rabioso amor! Así era ella con aquel a quien más amó, aquel que un día besó y la besó bajo el agua y así mojada la

llevó a la cama. Nunca él la olvidaría. Eso lo sabe ahora, eso lo supo entonces, eso lo supo siempre. Así era ella hasta que tuvo que olvidar ese nombre que todavía dolía, la vida tiene cosas y distancias, a pesar del amor, y entonces fue el tiempo, las lluvias, las sequías, la soledad que la llevaba a su terruño, en retirada, buscando quitar las huellas de aquel ser sobre su cuerpo o dentro de él, buscando el sosiego de los ángeles, el sosiego del verde, el rumor de los ríos, la transparencia del aire, el amplio espacio, el perdón de aquello que no fue pecado sino redención, entre el color del cielo, el color de las acacias espinosas, el plumaje de los pájaros, el pesado abanico de los árboles, el silencio-silencio que no venía, la paz-la paz que no llegaba, el limpio abecedario de las aves y el ruido menudito de aquel agua, de aquel chorrito de agua que corría sobre las piedras blancas y porosas detrás de la casita. Pero ahora este miedo y este ser (¡una llamada a que caiga al precipicio!) ¡No me mires así tan sin respeto, no me mires, no mires, no desnudes, no desees, qué escándalo esos ojos, qué pavor, pásame la frazada de colores, quita de mí lo que traen tus ojos, quita de mí lo que dicen tus manos y tus gestos, vete de aquí, tú! Quise entenderlo un poco, líbrame Dios. Pero le habían dicho que era brujo, que si no la conseguía hoy, seguro sería mañana, que él conocía todos los caminos que conducen al cuerpo y al corazón de una mujer. Era un enigma, pero ella ya lo sabía, no era bueno. Hubo, decían, mujeres que huyeron de él como locas, como perseguidas por una hiena, como heridas por un lobo fiero, despavoridas atravesado el pecho por sentimientos desconocidos y desgarradores, lloraban y reían y como serpientes se arrastraban en muestras de deseo, lejos de él y caían entonces en brazos de todos, en la cama de cualquiera, en las escalinatas oscuras de las iglesias, bajo las palmeras enanas, en cualquier forma, con hombre viejo o joven, con hombre feo o bello, con hombre ebrio o en sano juicio, con hombre cuerdo o loco, en todo lugar y hora. Afirmaban que él era el culpable, le llamaban El Brujo, que él no era sino un simple desconocido, un don nadie, un chiflado del cual nada se sabía, ni siquiera se conocía su verdadero nombre o su edad, tenía muchos rostros, era él y sus muchas máscaras, no se le advertían virtudes ni pecados, sólo esa especie de oscura sabiduría a la que todos acudían

y temían. Nadie lo quería como enemigo, tampoco como amigo, lástima de hombre, con tan buen ver, era un misterio tirado en el lodazal del pueblo. Por eso tuvo miedo y porque sin ser vieja totalmente había decidido vivir en el sosiego anticipado para olvidar el desespero del hombre aquel, en país lejos, al que nunca olvidó y al que seguía amando. ¡Ay soledad que sin adiós me trajo y sin amparo! Olvido nunca vino, sino este presente lleno de aconteceres no deseados ni buscados. ¿Qué pasaba ahora? Entraba a su vida este desconocido que ponía desconcierto y temor en sus ojeras. Le había dicho que con ella no contara, que se fuera bien lejos, que de nada podría servirle, y no se fue. Furia y amor traía en los ojos, ceniza y fuego, hielo e infierno, y habló poco el día que con más furia la buscó. La miraba. La tocó, untó su brazo con su mano, quitó la silla del caballo, empujó el taburete y apretó con las tenazas ardientes de sus dedos las muñecas, y luego con brazos de volcán poderoso y miel de lava la empujó hasta la cama y sin casi palabras la tumbó y ante ese cuerpo grave de la mujer que no gritaba pero tenía miedo, se arrodilló y juró, y luego la buscó hundiéndose en sus ojos. Sintiendo perdida, ella se dejaba hacer. Si gritaba nadie la escucharía. El viento era duro y rompía con ruidos el silencio. El miedo también entra por los muslos, eso lo sabe ahora, el miedo hace olvidar las palabras. El miedo borra la voz. Vine por ti, le dijo, te necesito, ya no podría vivir sin ti. Ella no quiso, no quería, era un pánico y dijo no y él un poco que se enfurecía, perdía control, se enfureció realmente. Alrededor del abrazo torpe brillaban sus ojos mirando a la mujer. Antes que amor infligía con sus ojos un oscuro castigo, hasta que ella tuvo que decirle: bien, sin hablar, llena de miedo y luego dijo: sí- aunque no lo deseaba-, y con voz de derrota le resbaló en los labios un hágase tu voluntad y no la mía, y el asco le vació los sentidos, un asco que la dejó borracha. Sí, repitió cerrando los ojos. No sabe de verdad si eso fue lo que dijo o simplemente permaneció callada. Verdad que le temía. Él no quería que fuera para nadie más, eso dijo, no quería creer que de cierto la mujer estaba cansada y sentía haber vivido mucho y por eso su rechazo, aparte de las diferencias y de que a otro amaba. Cinco son los dedos de la mano, había aprendido y ninguno es igual al otro. Le

temía. De pronto ella más y más temía, qué raro, antes jamás vio ira en él y ahora parecía un animal lleno de acoso, tempestad, furia-dolor, furia-amor, lava iracunda, bárbara. El fin estaba cerca, era posible, pero no era paz lo que traía. Y se dejó, porque sí, quitar la ropa, las sandalias de cuero, sin fuerzas, y se dejó arrastrar sin dulzura, amo bruta, hasta las puertas de ese ser que parecía palpitar con la energía de los terremotos y de la maldad, presintiendo que era el final, que todo allí acababa, ¿por qué? Y eso era el amor para aquel hombre casi bestia, burla, equívoco monstruoso, final de lava, ¿beso y cuchillo? La recámara olía a hierbabuena y esas rosas blancas que él siempre le llevaba mezcladas con mariposas. Ella había sido su santa, su virgen, la mujer de los signos especiales. Esta vez él olía a ron, pero de eso no hablaron, en ella enmudecieron las palabras. Despótico, celoso, iracundo, malicioso, suspicaz, la miró. El abrazo loco, quemante, mortal, la previno, y la mirada del hombre que se tornó fría de pronto como un puñal, enemiga. Jamás supo por qué pero ella tenía lista la mortaja, eso vio, en una esquina del lecho y la idea de la muerte la asfixió con su largo velo negro. Como en una ráfaga pensó en la palabra **muerte** más allá de un número plural de letras. Ella leyó demencia en esos ojos, y lo último que sintió fue la agarradera del paraguas curvado en su cuello, luego el golpe de una mano contra su cara. ¡Miguel!, gritó (el nombre del Arcángel) y el Arcángel llegó cerrándole los ojos. Al fin la paz.

Al entierro él no fue y en el pueblo ya nadie lo vio más, al menos con esa forma de hombre tierno con olor a yerba seca y a sudor. ¿Se había transfigurado? ¿Estaba por la aldea? Nadie menciona nada. De ella muerta se dijo, hermosa estaba con una sonrisa en esos labios que parecían gritar un extraordinario, apacible bienestar. Dormida como estaba se puso las sandalias, se quitó la mortaja que manos de la aldea le habían puesto, se cubrió con la saya y con la blusa y echó a andar, tropezó con el balancín, lo tocó con cariño, vio a Enrique, su amigo de niñez, caminando por los montes otra vez niño, se acordó de su infancia, olvidó sus amores de mujer y amó de nuevo al niño. ¡Quique!, llamó y fue corriendo. Se vio a sí misma entre aquel monte, niña y hermosa como una clara luz.

El hombre al que siempre amó, ella pudo verlo, bajo una luz de

luna inmensa, paseando por la ciudad industrial. Olía diesel. Pasado era el monte, los cocuyos. Olvido, lo terrible. ¿Qué había pasado?

Su vuelo era de ángel, todo suavidad. Ya huesos no tenía y era joven. Sonreía, sonreía, se sintió feliz, no existía. Maldad no la dañaba.

2

Por este sucedido, que corrió de boca en boca por todas partes y con miles de formas, el río quedó seco -eso se dice- y un rosal de puras rosas rojas-sangre, creció en el centro de la casa, los padres de la aldea guardaron a sus hembras, hijas, nietas y esposas. Era un temor oscuro el que nublabla el cielo de cada día aunque no lloviera, creció el miedo, la policía renunció a buscar al homicida como desde entonces le llamaron, otros huyeron como si alguien hubiese hablado de un próximo diluvio universal. Al entierro él no había ido. La verdad era que de la mujer sólo quedaba ese fantasma, esa nada y el ataúd vacío. Versión de versiones; voy, las recojo. Unos dijeron que ella no existió nunca, pero que de todos modos había que enterrarla porque alguno por allí esa tarde la vio, tan linda como siempre, silenciosa y señora, esperando a su amante. La gente buena decía que no, que él no era su amante, que nunca vieron nada sino ese miedo de sus ojos, que el hombre hace leyendas, es cuentero, mentiroso, tiene imaginerías. Al entierro, hay que repetirlo, él, quien fuera, no fue, y en el pueblo ya nadie lo vio más, al menos en esa forma de hombre (¿o casi humano?), y que una estela oscura, en forma de hiena (no varón), surcaba a veces las noches, los plenilunios, las esquinas. ¿Se habría transfigurado? ¿Estaba por la aldea? Nadie sabe. Mejor -decían- no saber.

3

Papaléncho, el cantinero, había clausurado la cantina, varios quemaron sus casas y camastros y se fueron, huyendo. El cura párroco se mandó a cambiar y los más ancianos decían que había

que destruir la aldea y esconder a las mujeres del ángel de la muerte que por allí rondaba y las venía a enamorar. Ella, sentada en el balancín, maravillada contemplaba los hechos humanos, se vio a sí misma, miró la forma de su muerte, no tuvo miedo, miró la luz esplendorosa de su cuerpo, y esas alas celestes que vestía como una caricia, la siempre tan deseada. Viajaba por todo sitio, hacía magia con su sola palabra y Dios, que siempre la miraba, sonreía como el buen padre a los hijos sonríe y cuida. Del balancín, la mujer subió a otros espacios y, así, dicen los seres terrenales, la vieron, como una luz, como una ráfaga radiante, espíritu intocado, limpio, feliz.

Tomado de: Moravia Ochoa López. *Las esferas del viaje*.
Cuentos escogidos, UTP, 2005.

Dimas Lidio Pitty. Nació en Potrerillos, Chiriquí, el 25 de septiembre de 1941. Poeta, cuentista, novelista y periodista. Ha sido redactor, crítico de cine, editorialista, corresponsal extranjero, Jefe de Redacción de periódicos y revistas, dentro y fuera de Panamá. Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua y Profesor Extraordinario de la Universidad Autónoma de Chiriquí. Ha obtenido el Concurso Nacional Ricardo Miró en Poesía, Cuento y Novela. Figura en antologías del Continente y de otras lenguas. Obras más recientes: Poesía: "Relicario de cojos y bergantes" (1991); "Rumor de multitud" (1986); "Décimas chiricanas" (1983). Cuento: "El centro de la noche" (1976); "Los caballos estornudan en la lluvia" (1979); "Recuentos" (con Pedro Rivera; 1988); "La puerta falsa" (2010); "El olor de la montaña" (2010). Novela: "Una vida es una vida" (2002) y "Estación de navegantes" (1975). Periodismo: "Letra viva" (entrevistas, 1986) y "Realidades y fantasmas en América Latina" (1976). Antología: "Lecturas para vivir –antología didáctica" (2001).

Carta del Ministerio

A Gladys de Guerrero

Después de veintisiete años de ser recaudador de ingresos en un lejano pueblo de la sierra, X se percata de que nunca ha recibido correspondencia del ministerio, salvo la escueta nota que suele acompañar el pago puntual de sus vacaciones; sin embargo, como bien lo ha notado, ni ésta proviene directamente del ministerio, sino de la Dirección Provincial de Ingresos. Y lo más curioso es que las tales notas no llegan dirigidas a su nombre, sino consignadas al recaudador MHT-OI9.

Descubre, además, que en ese lapso jamás ha habido la menor referencia a su persona, en tanto que al Director Provincial (el nombre no importa: a veces uno dura dos meses en el cargo; otros han sido encausados por deshonestos; los más son arrastrados por

los vaivenes políticos) a menudo le llegan —ha visto los sobres en el escritorio de la secretaria, cuando ha visitado la ciudad— cartas y despachos con instrucciones sobre impuestos recientes y sistemas de cobros, o reclamándole débitos y extendiéndole créditos.

Mas a él nunca han tenido que reclamarle nada, pues sus cuentas siempre han sido exactas y su trabajo intachable. Precisamente, aunque X lo ignora, esta excelencia en el trabajo ha dado lugar a que el recaudador MHT-O19 sea considerado una pieza infalible de la administración, la cual el propio ministro menciona con orgullo a los consejeros, técnicos y visitantes extranjeros. Incluso, en fechas propicias, cuando son exaltadas las virtudes del empleado público, los periódicos y la televisión se hacen eco de los méritos imponderables del recaudador MHT-019, poniendo a éste como ejemplo para las presentes y las futuras generaciones.

Desgraciadamente, por alguna razón inexplicable, quizá por no haber tenido que requerirlo nunca, su nombre se ha extraviado en el ministerio. Solamente es MHT-O19, tanto para los jefes departamentales como para las computadoras de la Sección de Procesamiento Automático.

Así, pese a la aureola casi mítica que lo rodea, fundada en su eficiencia y probidad, X es sólo una clave para el mundo, algo marginado de la atención y las cortesías de los hombres, algo simplemente útil, como la fórmula $E=MC^2$, el papel higiénico o el tren de las 11:15.

Es así como, un día cualquiera, esa falta de vínculo personal con el ministerio se convierte en una obsesión para X; y en adelante, sobre todas las cosas, anhela recibir uno de esos sobres membretados en negro que traen el escudo nacional impreso en una esquina.

Transcurre otro año. Falta poco para que lo jubilen y X llega al convencimiento de que no recibirá nada, que se hundirá para siempre en el retiro y luego en la muerte sin haber visto su nombre junto al escudo, en un sobre immaculado. Esta certidumbre aumenta su desolación hasta extremos atroces.

Luego, sin embargo, en una de sus tantas noches de insomnio, recuerda ciertas conversaciones con la secretaria del Director Provincial. ¡Claro, eso es...! El ministerio sólo escribe cuando se presentan débitos o créditos; sobre todo, en el primer caso. Ahí está su última esperanza.

En la próxima remesa retiene un balboa. Por primera vez en veintiocho años, liquida de menos. Ya verá si le escriben o no (En

el fondo, le desagrada hacerse notar por un error, pero, ¿qué otro recurso le queda?). Y comienza la espera del reclamo ministerial.

Una semana, un mes... nada. Todos los días acude al correo, aunque sabe que éste únicamente llega dos veces por semana. Pero un sobre del ministerio es algo muy importante: no puede sufrir demoras ni extravíos. Claro que no. Por eso pregunta todos los días.

No obstante sus presunciones, el tiempo pasa y no llega nada. Entonces, próxima la fecha de jubilación, se resigna, deja de concurrir a la estafeta y la pesadumbre lo agobia a tal punto que se encierra en su casa y rehuye a los conocidos.

Veintiocho años ignorado, perdido en ese pueblo, sin recibir jamás una humilde carta del ministerio. No puede ser. La desilusión lo aniquila, casi lo postra y por primera vez se forma una imagen vacía y estéril de su vida. “Ya todo es inútil”, se dice. Cada día lo acerca más al fin. Ayer, el fin. Hoy, el fin. Mañana, el fin. ¿Y después? La jubilación, como primer paso hacia el olvido. No puede ser de otro modo.

Una mañana, sin embargo, se levanta con la sensación de que algo extraordinario ocurrirá, que ese día será el más importante de su vida. Con buen ánimo, por primera vez en mucho tiempo, se baña y se afeita en la quebrada, echa maíz a las gallinas, desayuna, se viste y sale a dar un paseo.

Ya en la calle sin pavimento, contempla ansioso los árboles, los escasos caminantes, los pájaros que pasan y las montañas moteadas de nubes. Mas en ninguna parte percibe nada extraordinario. “Con los años se pone uno tonto”, piensa.

Cuando pasa frente a la estafeta, su ánimo se ensombrece y decide seguir de largo. Y continúa pensando que el final de la vida es lo más triste que puede haber, cuando el telegrafista se asoma y lo llama:

—¡Oiga, aquí hay algo para usted!

En la mano muestra un sobre largo. X apenas puede creerlo. Corre, casi lo arrebató y, sin detenerse a dar las gracias, lo abre.

La emoción lo enmudece y trastorna. Nadie, nadie —ahora, a las 9:50 de esta mañana espléndida— puede ser tan feliz. Es maravilloso. Por fin tiene en sus manos una carta del ministerio.

Saca la hoja, la desdobla y lee:

Por resuelto del día..., el cargo de recaudador de ingresos MHT-019 se declara insubsistente. Causal: un faltante de un balboa en la remesa correspondiente al mes de...

Los ojos se le nublan y no puede seguir leyendo. No obstante, en un postrer destello de lucidez, mientras un gallinazo planea sobre la calle solitaria, X comprende que el final de un hombre encierra algo mucho más doloroso que esa especie de calambre que comienza a agarrotarle el pecho.

Tomado de: Dimas Lidio Pitty. *Los caballos estornudan en la lluvia*, segunda edición, Grupo Editorial Norma, 2003.

Enrique Jaramillo Levi. Nació en Colón, Panamá, el 11 de diciembre de 1944. Maestrías en Letras Iberoamericanas y en Creación Literaria, Universidad de Iowa. Cuentista, poeta, ensayista, profesor, promotor cultural, editor. Fundador y director de la revista cultural "Maga" y del Diplomado en Creación Literaria, Universidad Tecnológica de Panamá, creó en 1992 el Premio de Poesía Joven "Gustavo Batista Cedeño" en el Instituto Nacional de Cultura; y en 1996 el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" y el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez". Imparte talleres de cuento avanzado. En 2005 gana el Concurso Nacional "Ricardo Miró". Incluido en 30 antologías del cuento panameño e hispanoamericano, se han escrito 10 libros sobre su trabajo literario. Fundador de Foro/taller Sagitario Ediciones (con Carolina Fonseca; (2013). Obras recientes: "Sigilosamente nocturnos" (cuentos; 2013); "Flashback" (cuentos; 2013); "Algo está por ocurrir" (cuentos; 2013); "Visión de conjunto" (FCE, México, 2013); "Esa fascinante magia de escribir" (ensayos; 2014).

Fisuras

Las sombras fueron al fin áspides y tarántulas que ya no se tomaban la molestia de emboscarse. También enormes ratas chillando de un lado a otro en vívido retablo de creciente espanto. Sudaba copiosamente cuando por primera vez en mucho tiempo anheló la luz, esa de afuera que para nada había extrañado. Sus pulmones la buscaron como aire proyectándole ansiedades por los ojos. Pero cualquier semblanza de claridad no era más que un difuso remedo, apenas recuerdo de tiempos remotos que no alcanzaba a definir porque aún le eran ajenos. Épocas en que tal vez los días pudieron haberlo sido realmente, sin dobleces ni subterfugios ni medias tintas. Islas de esperanza.

Y es que el tiempo había transcurrido como una larga,

imbricada costura de imaginaciones que sin embargo no dejaba traslucir significación alguna. Todo era un puro estar en diluidos movimientos, permanente estampa, vacío apenas poblado en el que participaba desde lejos, anónimo receptor de sus propias limitaciones. Estatua de carne que ocasionalmente cambiaba de sitio entre las cuatro paredes porque había privilegiados momentos en que los músculos buscaban distenderse para evitar la tumefacción.

Parpadeó varias veces y ya no vio nada siniestro entre las sombras. Sintió alivio, agradecimiento casi, una fugaz aproximación a la alegría. Pero tuvo por un segundo la certeza de que un suceso inminente se agazapaba en algún resquicio de aquella visión que hasta ahora reconocía como el anticipo de una pesadilla. Algo amenazante que, como segundos antes –extraña novedad esto de tener noción del tiempo–, habría de transformar su paz. En seguida los volvió a ver arrastrándose, trepando, corriendo multiplicados por pisos y paredes en incestuosa convivencia, sólo que más cerca, mucho más próximos a su indefensión. Y en ese momento supo de la viscosidad, del pastoso hedor punzante, del asco de su cuerpo que el largo encierro nunca convirtió en problema.

Todo sensibilidad e instinto, no tuvo más remedio que quitarse los restos de ropa para con dedos temblorosos lidiar con la iniquidad de granulaciones y fibrosidades en que se había transformado lo que alguna vez fue tela. Terminó limpiándose lo mejor que pudo con la camisa, hizo con todo un bulto y lo arrojó con desconocida fuerza en la única esquina en que ya no lo acechaban aquellas imágenes erizándole la piel.

Desesperado buscó asirse a la vieja lucidez, la que ahora reconocía en los tiempos de la inducida disciplina que otorgaba al cuerpo los duros filos y abultamientos del despliegue muscular y la asombrosa fuerza; la de los ejercicios de relajamiento y meditación; la que alguna vez hizo de sus actos motor de logros que mucho tuvieron que ver con el estudio indeclinable y el emplazamiento de la imaginación. Tal vez dos, tres minutos atesoró el privilegio de recuperar al hombre que había sido, y de lo que pudiera quedar de él, intentó agarrarse con todas las

fuerzas de su alma como si de aquel recuerdo hubiera renacido un ancla que permitiera el milagro. Así, apretó entonces los andamios todos de su anatomía. Poco a poco nervaduras y músculos se tensaron al máximo en su cuerpo antes fornido, y alertas reverberaron sumisos pliegues y hondonadas que aún pudo convocar en su mente. Fue sin duda un supremo esfuerzo de reconcentración, de endurecimiento que le permitiera al fin recuperar lo mejor de la vitalidad perdida, agazaparse el mayor tiempo posible entre los recovecos de sí mismo que pudieran salvarlo. Pero tuvo que ceder al fin ante el relajamiento, súbito y espasmódico. Todo esto había ocurrido con los ojos cerrados, hurgando por luz en lo más profundo de esa nueva oscuridad indulgente. Y ahora, terminado el trance, volver a la visión del horror y sentir que por la boca se le desgarraba, como nudo enmarañado que de pronto se desata, el sucio chorro ofensivo, más humillante acaso que la incapacidad de sujetar antes la intemperancia de sus intestinos.

No supo cuánto duró el largo sacudimiento, ni en seguida el otro igualmente prolongado de su llanto. Pero le fue benéfico como suelen serlo los bálsamos que no se buscan ni se esperan. Benéfico, sí, por el alivio corporal, mas no por eso menos vergonzoso. Algo quedaba todavía de la capacidad de discernimiento que había estado oscilando por su ser en ráfagas de intermitente presencia, y comprendió que esa vergüenza no necesitaba testigos para escenificarse. Se bastaba a sí mismo, único vidente en el minúsculo auditorio en que se le iba convirtiendo la recuperada conciencia. Pasarle estas cosas a él, que se creyó siempre tan sólido ante la adversidad, todo control, indomeñable. Él, modelo de arrojo frente a retos buscados y asumidos. Modelo, sí, aunque colegas de uno y otro bando le hicieran burla al atleta –intelectual que pretendió ser, resurrección del sagrado ideal griego en pleno final de siglo plagado de inverosímiles tecnologías que tercamente había rechazado.

Y de golpe recuerda la escena matriz, el lecho de su calvario, los adorados pechos henchidos alternándose en la boca de aquel negro, el zarandeo enloquecido convirtiéndolos en una sola masa

sudorosa, mecida al unísono por la lujuria, la fugaz visión del gran falo entrando y saliendo frenético del cuerpo aún esbelto donde diez años antes había florecido la semilla que después fue su hijo, y que en esta maldita grieta de un tiempo que vuelve no está otra vez por ninguna parte, porque la traición se consume en horas de escuela. En su propio hogar, rodeados de los muebles, las cortinas, los cuadros que él mismo había comprado. Todo entre jadeos del intruso y aullidos de la mujer a la que él enseñó a gozar. Hasta ahí la vertiginosidad de los hechos no anulaba su doliente claridad. Luego venía el salto inverosímil del oscuro cuerpo desnudo por la ventana con gran estrépito de cristales, los gritos de ella viéndolo acercársele a través de ojos desorbitados, defendiéndose en seguida de los golpes, la sangre desfigurando el hermosísimo rostro hasta convertirlo en guiñapo, el techo girando en espirales incandescentes que lo arrastran en recobrado vértigo al abismo.

La comprensión, fulminante como larga había sido la amnesia, es otra dócil vertiente del pánico, nueva trampa urdida con toda la saña del mundo por la soledad, su más antigua compañera. Y no puede aceptarla, no quiere. La rechaza frotándose bruscamente los ojos. Esa no es la realidad que le permitirá desbaratar el acecho de aquellos seres de espanto que vuelven a perfilarse entre las sombras. Hizo entonces un último esfuerzo. Necesitaba ir más atrás, imágenes confiables, bellas, capaces de levantarlo de la postración. Porque las había, tenía que haberlas, tuvieron que haber existido. Ni fugas ni viejos o nuevos trucos de la fantasía. Algo real. Pociones y cataplasmas no, nada de parches ni piadosos remiendos. Realidades. Momentos de ternura o de pasión genuina que lo justificaran... No toleraría más distorsiones o inventos como los que algún demonio acababa de implantar en su memoria. No más mentiras. Nada que lo hiciera sentirse culpable por crímenes que no había cometido. No era un asesino, no después de tantos años, él la había idolatrado, todavía una parte de su ser la amaba. No iba a permitir que continuaran tratando de enloquecerlo.

Apenas cerró nuevamente los ojos el rostro de facciones finas apareció, también el largo cabello negro cayendo lacio hasta la

cintura, el cuerpo sensual jamás mancillado. La jovencita que descubrió con él los gozosos movimientos, los crecientes temblores y las más íntimas emanaciones le sonrío. Él parpadea una y otra vez para saber que no sueña. Ahí está ahora el espléndido seno colmado nutriendo al hijo mientras del otro mama apacible felicidad el orgulloso amante que lo había engendrado en la primera entrega. La escena se prolonga, es real y, cultivando su alborozo, se mira ser parte de aquella largamente olvidada paz. Pero entonces, teniendo aún sabor a leche antigua entre los labios, es el negro quien ríe a carcajadas rociando con la manguera de su miembro una interminable pasta morada sobre el cuerpo de la mujer, dueño y señor de perversiones. Sepultada por años bajo gruesas capas de odio en las que jamás asomó el remordimiento porque nula había sido la memoria, la reconoce de cuerpo entero, impúdica, complaciente. Y llorando la borró de un escupitajo.

Sentado en el piso fue logrando disipar el espesor de las telarañas que aún estaban ahí, aunque ya sin huéspedes de largas patas peludas trepando en todas direcciones, avanzando hacia él junto con los ofidios presentidos y las asquerosas ratas que poco antes cubrían casi por entero el piso inmundo y las salitrosas paredes que ahora parecían estársele acercando milimétricamente desde tres extremos para estrangularlo. Quiso dormir, hacerse sombra para confundirse entre las que, llegada la verdadera noche más temida, envolverían por completo el lugar. Tal vez así, tornándose negación absoluta de cualquier claridad, lograra evadir el peligro final, burlar a sus agresores.

Porque si antes estuvieron a punto de adueñarse del ambiente que, claustrofóbico y todo, había llegado a ser más que un albergue para la tranquilidad de su alma, auténtico santuario de su nada, la invasión podía volver a ocurrir en cualquier momento; sin duda ocurriría, despojándolo, esta vez sí, de su obligada soledad, corroyendo por completo lo que le quedaba de buen juicio. Y eso no podía permitirlo.

Cerró un rato los ojos, sin poder medir el tiempo. Esto no le preocupó demasiado, puesto que vagamente recordaba haberse deshecho en algún momento de inoportunos relojes y

calendarios e incluso de periódicos que una mano generosa llegó a poner a su alcance. Más que hechos eran jirones de certezas los que diluidos se le insertaban en la memoria como si se tratara de la remota vida de otro. Y entonces una suave modorra se fue congregando en su cuerpo a partir de la cabeza, penetrándolo en lento abanico de espesa niebla. Desnudo como estaba, le extrañó, sí, sentir que sus brazos eran ahora pesados troncos desgajados de algún inmenso árbol sin frutos que ni siquiera se parecía al resto de su ser. En seguida, al fondo, oscuros, uno sobre el otro, sospecha sin saber confirmarlo que ya no tiene brazos. Cuando un segmento de su mente comprueba al fin la mutilación, lo que más le sorprende, además de la falta absoluta de dolor, es no sentir la menor sorpresa. Pero su grito irrumpe al ver cómo desde los ojos de la enorme rata que empezaba a morder uno de aquellos troncos forrados con su piel pecosa de niño viejo, la mirada roja se deleita contemplando en sus propios ojos la inanición. La misma mirada que supo traicionarlo aquella tarde de oprobio.

Logró salir del marasmo un momento haciendo acopio de gran fuerza de voluntad. Lo hizo, respirando profundo y conteniendo el aire segundos antes de expulsarlo, varias veces, diafragmáticamente. El instinto de supervivencia se había aliado al súbito recuerdo, y un renovador sentido de energía lo irradió calmando el desmoronamiento en ciernes. El ambiente que lo abrumaba, más que ubicarse en un sitio concreto de su encierro, reconocible acaso como el castigo por algún meandro de su vida, era apenas una nueva fisura de tiempo que, intermitente y caprichosa, despiadada se abría. Una de tantas. Comprendió, incluso, la paradoja que significaba comprender. Razones habría pues para cualquier desenlace, todos fatales, justificó sin darse explicaciones, ni falta que hacía. Lo importante, lo verdaderamente importante, era que al fin podía entender cómo son de tangibles las texturas del paulatino desquiciamiento generado por la pena. Esa que es una con el dolor y gemela inseparable de la tristeza. La que mata sin premeditar su crimen. Simplemente porque, en ciertas circunstancias, no puede ser de otra manera.

Tranquilo, muy tranquilo, mirando cómo el más cercano de los áspides, seguido por dos tarántulas, se desliza lentamente desde el cerrado paraguas largo que es una de sus piernas colgada de la pared izquierda, lo siente muy próximo ya y tocando casi su propio rostro.

El hombre sonrío. La venganza de esa adorable maldita mujer, metamorfoseada mil veces, lo alcanza al fin porque así son las cosas del amor: implanta ahora el dulce veneno en la punta de su lengua. Y él lo acepta, expiación y tributo.

Consuelo Tomás Fitzgerald. Nació en Bocas del Toro, Panamá, el 30 de agosto de 1957. Graduada de Trabajadora social, es poeta, cuentista, novelista, comunicadora y consultora independiente. Ha ganado premios nacionales de poesía, cuento, novela y teatro. Parte de su obra ha sido publicada en revistas nacionales e internacionales y traducida al inglés, francés, holandés, sueco, alemán, rumano, portugués, macedonio y bengalí. Libros publicados: Poesía: "Y digo que amanece" (1981); "Confieso estas ternuras y estas rabias" (1983); "Las preguntas indeseables" (1984); "Motivos generales" (1992); "Apelaciones" (1993); "Agonía de la reina" (1995); "El cuarto Edén" (1995); "Libro de las propensiones" (2001, 2002). Cuento: "Cuentos rotos" (1991); "Inauguración de la fe" (1995); "Pa'na'má quererte" (2007). Teatro: "Evangelio según San Borges" (2004). Novela: "Lágrima de dragón" (2010, 2012).

Laberinto

Tengo la absoluta seguridad que no me vas a creer. Lo inverosímil es casi siempre materia de literatura televisiva tipo Expedientes X o, como en mi época, *Twilight Zone*. Qué le vamos a hacer. Pero de que pasó, pasó. Fue en uno de esos cines que antes eran sala majestuosa, mater cinema, convertida por obra y gracia de la arquitectura de la masificación en cinitos múltiples. Esos en los que estás viendo el beso del ángel en el cuello de la amada, con fondo de Godzilla destruyendo la ciudad de Nueva York en *dolby surround*, del cine contiguo. Cines a los que uno va cuando vienen ganas de un champú de trivialidad, porque cine de arte en este país solo donde ya tú sabes, o buencinenlonce, o si eres afortunado y tienes cable, *filmes & arts*. El asunto es que fui a ver una película, cuyo título no puedo recordar. Solo sé que era con Brad Pitt (¿o era Nicolas Cage?). Se acabó la cinta y por supuesto nada de ver los créditos. Salimos por donde dice exit. Llevábamos ya cinco minutos caminando y abriendo una

puerta tras otra, inútilmente. El silencio era un festival de pasos de muy diversa índole y comentarios dispersos respecto a la película. Al sexto minuto, un señor de mediana edad, con esa impaciencia que caracteriza a las personas mayores, se quejó "Oyeeee pero esto qué es, ¿alguien sabe cómo carajo salir de aquí?" El nerviosismo saltó de una muchacha "por qué no damos la vuelta y tratamos de salir por el cine". Todos se detuvieron. "¿Nos habremos equivocado?" dijo la señora que acompañaba al de 50 años, con una papa en la boca, muy digna ella. Inmediatamente todos los que tenían celular (que eran casi todos) empezaron a marcar. Unos con furia, otros con ansiedad, otros con impaciencia. Te das cuenta por la forma de marcar con el aparato posado en la palma de una mano y el índice de la otra queriendo perforar el teclado, o con un autosuficiente pulgar, y el énfasis que ponen en el último número. También por la inclinación de la cabeza, muy parecida a la de la gente que toca violín. Al otro lado de las líneas nadie parecía estar recibiendo ninguna llamada. Uno que se creía más inteligente acusó "creo que tomamos el camino equivocado". Hacía ya siete minutos que la película había terminado como terminan ahora todas las películas, sin las palabras *The End*. El encargado había gritado implacable "por la puerta del fondo por favor" y con actitud amenazante de las que uno casi imagina que el tipo va a sacar una pistola, a uno que dijo que tenía que ir al baño. Le repitió la orden y le dijo que cuando saliera, podía entrar por la principal para ir a los baños. El pobre hombre había estado sometiendo su esfínter y ahora se sentía en apuros. Hubo más de cuatro que se aventaron a seguir el camino del pasillo, pero no había pasado un minuto cuando volvían a aparecer pálidos y descompuestos "no entiendo, solo hay pasillo, más puertas que no se abren, más pasillos, increíble". Una voz apagada sugirió que siguieran caminando. Quedarse allí detenidos y lamentándose no resolvería el problema. La cabeza del grupo comenzó a moverse. "Esto me recuerda Pink Floyd *The wall*" dijo una cuarentona canosa que iba con dos amigas. Caminamos otro rato sin éxito. Los novios se abrazaban, ellas débiles y asustadas, ellos en control, del cuerpo para afuera, claro. Las parejas añejas comenzaban a discutir los te lo dije que nos quedáramos en la casa, y cosas por el estilo. El asunto

se agravó cuando una de las puertas se abrió y empezó a salir otro grupo. Alguien gritó “por aquí” y se formó un pandemonio entre los que querían entrar y los que querían salir. Los gritos de “no salgan” eran tomados en broma por los que querían salir. Finalmente todos estuvieron en el pasillo empujados por una fuerza inédita y la puerta se cerró detrás de ti como cantaba el otro. Los más desesperados tocaban con ira las puertas con los nudillos de las manos, con los paraguas, intentaban derribarla a patadas. Las puertas eran el enemigo. Los que acababan de salir preguntaban “qué pasa” y alguien intentaba explicar “no encontramos la salida, tenemos media hora caminando por los pasillos”. Los que acababan de salir miraban con incredulidad y se lanzaban a pasillo muertos de la risa, para regresar a los cinco minutos con esa misma risa totalmente desmantelada. El de la voz apagada soltó con alarde su imaginación y dijo “puede ser un secuestro”, la muchacha nerviosa se echó a reír y acabó llorando y pidiendo a su mamá. El primero que habló dijo “no se preocupe joven, esto tiene que tener una solución” mientras le acariciaba la espalda muy cerca de los músculos que se usan para sentarse. La doña que lo acompañaba lo miró feo. Parece que no le gustaba la solicitud de su marido para con la joven en estado de regresión. Todos volvieron a marcar los celulares con el convencimiento que sacan los seres humanos de que todo se va a arreglar, en momentos de angustia. Eran muchos en el pasillo, el aire comenzaba a faltar, el que quería ir al baño dijo “disculpen estoy mal de la próstata” y se orinó en los pantalones. Su turbación era tal que cualquiera hubiera dicho que iba a llorar. Pero, como los hombres no lloran. Otros comenzaron a sentarse en el suelo buscando entre los cajones del cerebro alguna solución. Muchos se volvieron a aventurar a los pasillos para ser devueltos al punto de partida. Uno que miró su reloj dijo, “se paró mi reloj. ¿Alguien tiene la hora?” Uno tras otra comenzaron a darse cuenta de que la maquinaria complicada que mueve las manecillas o los dígitos, había sido afectada de la misma manera que los celulares. La sorpresa comenzó a dar origen a suspiros, y bostezos resignados. Se escuchó un “tengo hambre” e inmediatamente todos se dieron cuenta que tenían tripas. La muchacha nerviosa, más calmada por el primero

que habló dijo “tengo un resto de popcorn, podemos compartir”. El *popcorn* se acabó en un santiamén y lo único que hizo fue exacerbar la desesperación y la incertidumbre que son dos cosas que por lo general van juntas. El primero que habló dijo, “gritemos todos para ver si nos escuchan, pásela a los de atrás” Y la voz fue pasando. Todos empezamos a gritar. La totalidad del pasillo era un animal que aullaba. ¿Habían pasado ya varias horas? Con los relojes detenidos y los celulares inutilizados, cómo saberlo. Decidimos levantarnos y, cabizbajos y resignados, seguimos caminando y tanteando puertas. Era como estar en la garganta de un monstruo. O en el laberinto de las ratas de laboratorio. Amanecía cuando encontramos la puerta de salida. Nos abrazamos y lloramos de alegría. A mí me tocó un gordo que por poco me asfixia y me saca un ojo con una cadena de oro. Fuera, nadie nos estaba esperando. La administración del cine no se hace responsable por la poco creíble historia que los hoy demandantes argumentan. Muestran sus relojes detenidos a la misma hora, aunque en realidad no es la misma porque los que salieron de la segunda puerta, tienen otra hora diferente, lo cual invalida dicho argumento. Algunos cuentan la película que vieron, aunque la administración del cine insista en que esas películas nunca se han exhibido en dichas salas. Tampoco la compañía de los teléfonos celulares puede entender tanta queja formalizada. El servicio no ha sido interrumpido desde que se iniciaron las operaciones. Yo dejé las cosas ahí. Lo desconocido o lo increíble para mí no es cosa que me preocupe. Me preocupa más lo creíble que no entiendo o que me espanta. Pero la gente que va a entretenerse y a soñar con el celuloide, no acierta a reponerse del incidente.

Se dice que ninguno de ellos ha vuelto al cine y que nadie puede creerles lo que les pasó. Se dice que han formado una Asociación Nacional de Atrapados en el Cine (ANAC) entre cuyas actividades está tratar de convencer a todo el mundo de este incidente y de que cuando vayan a ver una película, nunca salgan por la puerta del fondo, mucho menos si dice *exit*.

Dimitrios Gianareas. Nació en la Ciudad de Panamá el 3 de enero de 1967. Doctor en Medicina por la Universidad de Panamá. Egresado del Diplomado Internacional de Creación Literaria de la Universidad Latina de Panamá en 2011, ha participado en talleres de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2013, de la Universidad Tecnológica de Panamá, ha publicado cuentos en la revista "Maga". Fue incluido en: "Los recién llegados (54 Cuentistas inéditos escriben en Panamá: antología)" (2013). Junto con Carolina Fonseca ha publicado un libro de cuentos: "Dos Voces 30 cuentos" (2013). Gana en 2013 el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró" en Novela con la obra "La chica que conocí el día que mataron a Kennedy" (2014).

El viejo y La Esperanza

No tengo un nombre que escribir. Será apenas el viejo, como todos lo llamaban, como le decía yo. «¿Se le ofrece algo, viejo?». «No, muchacho. Estoy bien», me contestaba sin mirarme, sin apartar la mirada de la línea del horizonte, con las dos manos apoyadas en la rueda del timón, aferrándose a lo único que respondía a su voluntad. Por decir algo, contaba que tenía sesenta. Mentía. Nunca supo con certeza cuándo nació. Llegó sin papeles. En 1920, el 11 de febrero, contestó en la secretaría de migración. Se restó en ese momento al menos cinco años. Al principio se sentía orgulloso del engaño y hacía alarde de la edad que aparecía en sus documentos, sobre todo en los bares. La vergüenza de envejecer. «A las mujeres no les gustan los viejos si no tienen dinero, muchacho», me decía. No pensó que el tiempo posee un diseño inmisericorde que tarde o temprano le arrebataría el vigor, y que cuando llegara ese momento no tendría edad suficiente para recibir la jubilación. «Viste, por pendejo», le decían al verlo perder el aliento templando un cabo.

«Querías ser un chiquillo, ahora te vas a morir trabajando como un perro». «Allá ustedes, parásitos, que necesitan vivir a costilla del gobierno. Yo todavía puedo trabajar, y jódanse, porque en mi casa me está esperando una mujer de treinta», respondía a las bromas de los otros pescadores (que pueden parecer muy crueles, aunque no lo sean), quienes en medio de risas lo veían alejarse, intentando caminar erguido, a pesar de su espinazo duro y torcido, como un fierro oxidado, que lo obligaba a encorvarse al andar. «Caminas así por los cuernos que llevas, viejo», alguno le gritaba, pero él, fingiendo no haber escuchado, continuaba su camino sin contestar.

No tenía una mujer de treinta aguardando por él. En verdad, no vivía con ninguna, aunque siempre había alguien que le quitaba lo que ganaba en la pesca. Otras debilidades compartieron con su incapacidad de quedarse con una sola mujer (contaba que había dejado pagadas siete casas a lo largo de su vida) la responsabilidad de llevarlo a la ruina. En cuanto regresaba del mar se entregaba a otra pesca en la que no tenía opciones de ganar: los casinos. Sin embargo, por vergüenza renegaba siempre de ese hábito y atribuía por completo al sexo la razón de sus miserias. «No pierdo mi dinero en vicios. Trabajo para las putas.» Ni siquiera tenía un lugar propio. Fortunas habían pasado por sus manos y vivía alquilado. No se malinterprete todo lo dicho; de lo buena gente que era, no se puede dudar.

Yo era joven y no tenía trabajo. «Embárcate, los pescadores ganan bien», me dijo un tío. Eché dos mudas de la ropa más gastada que tenía en una bolsa y al puerto me dirigí. Cuando pregunté en la capitania, alguien me dijo: «arrímate a ese barco», señalando un pesquero más ocre que blanco, con un bonito nombre pintado en el costado: La Esperanza. «Ahí siempre falta tripulación». Dubitativo me acerqué. Dos hombres sin camisa preparaban las redes en cubierta. «¿Sabes trabajar?», me preguntó el más gordo. «Un poco». Mentí. Nunca había experimentado la sensación de flotar que se siente la primera vez que uno se hace a la mar. «Espera a ver qué dice el viejo».

Cuando lo vi caminando despacio por el muelle de tablones supe que era él. Un hombre blanco de cabello blanco con una gorra de

béisbol. «Este muchacho se quiere embarcar, pero creo que nunca ha trabajado», dijo el más gordo cuando el viejo se detuvo en la escalera. Sonrió al verme. «No importa, ya aprenderá. Somos cinco, estamos completos, nos vamos», fue todo lo que dijo. Zarpamos un par de horas después. Conocí el mar, aunque nunca me hice marino. Lo que me faltaba de experiencia me sobraba de voluntad, de modo que antes de una semana había aprendido a desempeñarme en cubierta y hasta a hacerme por algún tiempo de la rueda. El viejo me tomó cariño. Probablemente por mi juventud y porque yo era distinto a los otros. Doce días después regresamos a puerto. Entonces comprendí por qué le costaba tanto trabajo conseguir tripulación. La media tonelada de camarón que habíamos capturado, de la que yo me sentía orgulloso, era motivo de mofa en el puerto. «¿No hubo suerte, viejo?», le preguntaban con sorna los otros capitanes. En aquel primer viaje, después de descontar los gastos de faena, cada uno de nosotros recibió cincuenta dólares.

Alguna vez había sido un buen capitán. Muchos años antes, cuando él era joven, nuestro mar era virgen y cualquier marea era generosa. Estuvo entre los primeros que exploraron el litoral, confiando su destino a la brújula y a la experiencia adquirida en aguas lejanas. «Este es igual que aquel. El mar es uno solo», decía. Recorrió todos los rincones del golfo y más allá. En sus exploraciones temerarias fue arrastrado por las corrientes varias veces, castigo por dejar su vida a merced de un viejo motor. «Nunca tuve miedo. El mar es mi amigo», dijo cuando regresó con dos semanas de retraso de aquel viaje en que los habían dado por muertos. Esos eran otros tiempos. Cuando lo conocí había perdido la pasión por la aventura y ya no era ambicioso. Conforme pasaron los años, sus áreas de pesca se fueron reduciendo hasta que se confinó a lanzar sus redes en torno a una isla llamada Caballos. Zarpábamos con el rumbo fijo en ciento veinte grados. Ocho horas después aparecía en el horizonte un punto que crecía hasta convertirse en la isla que yo desde cubierta tantas veces había explorado sin encontrar en sus playas los caballos galopantes que su nombre hacía evocar. Muchos años después habría de enterarme que así había sido llamada porque vista desde arriba semejava la cabeza de un equino.

De vez en cuando arrastraban redes por allí algunos otros pesqueros. Cuando disminuían las capturas se marchaban. La Esperanza, sin embargo, permanecía allí día tras día, así fuera mísera nuestra pesca. Un día me atreví a preguntarle al viejo, ¿por qué? Por el modo en que cambió su expresión me percaté de que había tocado una fibra sensible. Primero percibí el disgusto en su mirada y luego vi cómo los músculos en su cara se aflojaban para dejar ver la nostalgia que sentía por los momentos de gloria dejados atrás. «Porque aquí va a haber camarón. Aquí un día pesqué lo que nunca había pescado en mi vida. En dos calas llenamos los depósitos. Había tanto camarón que tuvimos que arrojar parte al mar, muchacho. Y estoy seguro de que un día como aquel va a regresar». Esa historia me la contó varias veces. Se le veía feliz cuando relataba los detalles, como si los volviera a vivir. Se refería a algo que le había ocurrido treinta años antes y que en su memoria se había vuelto más extraordinario y más difícil de creer con el paso del tiempo. Terminó haciendo de ese recuerdo lejano una obsesión. Por eso sus redes nunca dejaban de dar vueltas a la isla, como si aquel trozo de mar guardara algún tesoro que solo le sería dado al que fuera lo suficientemente paciente. Después me contarían que le tomó una semana, no dos calas, y que si bien su pesca fue fantástica, en verdad nunca llevó los depósitos del barco repletos a puerto, como aseguraba.

Mis vivencias en el mar duraron apenas unos meses. Iniciamos a media mañana el último viaje. El viejo se hizo de la rueda y gobernó durante todo el trayecto, cediendo apenas el mando durante cortos intervalos. El tiempo era claro y La Esperanza partía el mar en dos con la seguridad de una criatura que conoce el camino a casa. Al atardecer, mientras el sol se apagaba en el mar, nuestra ancla se hundía en la turbiedad del fondo laxo. Cielo despejado, noche para descubrir constelaciones. Antes de irnos a descansar, el viejo fumaba recostado en la borda de proa. Cuando me vio, con un gesto me invitó a hacerle compañía. Leí en el modo en que desvió la mirada cuando me acerqué, que en ese momento no le bastaba su costumbre de hablar solo y que necesitaba, al menos en esa ocasión, que sus palabras fueran más que ecos perdidos en las olas.

«Sabes, muchacho, este barco es todo lo que tengo. No tengo una casa. Desperdiicé todos mis años de trabajo. Quién sabe si alguna vez alcance a recibir un cheque de jubilación. Si llego a perder La Esperanza...» Dejó salir un suspiro y comprendí, antes de que me diera pormenores, las angustias que llevaba auestas. «La suerte. La suerte de nuestro lado. O que el mar me dé algo de vuelta... Como si pudiera exigirle algo más a quien todo me lo dio...» Continuó hablándome, aunque en verdad se hablaba a sí mismo, haciendo de mí un simple testigo de su confesión. «He acumulado deudas... Firmé unas letras que se vencieron... Si no logro reunir quince mil malditos dólares en este viaje...» Después, puso una mano sobre mi hombro y me miró directo a los ojos, aunque en lugar de verme a mí, parecía que enfrente tenía un espejo. «¿Conoces las Termópilas?... Yo soy Leonidas, y no voy a entregar nada sin antes dar la pelea».

Al día siguiente comenzamos la faena, o su última batalla. El mar parecía haberle dado la espalda puesto que las redes dejaban caer sobre cubierta, una y otra vez, cantidades exiguas de camarón. Leonidas cercado por los persas. A pesar de ello, no sé si por pura obstinación o porque había decidido que si iba a caer habría de ser aferrado a su obsesión, insistía en no separarse de la isla Caballos. Transcurrieron así los días. La angustia visible en su rostro era la expresión de que las cuentas no le salían. A menos que ocurriera algo extraordinario, o que se atreviera a explorar otras aguas, lo que sería aun más extraordinario, cuando llegáramos a puerto el departamento de asuntos legales de una empresa se encargaría de arrebatárle a La Esperanza. «El viejo es atravesado, de aquí no nos vamos a mover», decían los compañeros cuando yo buscaba en ellos alguna salida. Muchas veces me vi tentado a ser atrevido y sugerirle una aventura, pero desistí. ¿Quién era yo para aconsejarlo sobre nada, a él que había pasado toda su vida luchando contra el mar?

Cuando amaneció, el maquinista reportó que el combustible restante reducía nuestras posibilidades a tres días como máximo de oportunidad. Ese día, hasta yo, que no sabía nada de los misterios del mar, me percaté de que las aguas que nos rodeaban eran distintas a las del día anterior, a las de todos los días anteriores. «Esta corriente ha traído camarón», me anticipó el viejo desde temprano, aunque

la verdad sea dicha, aquello, más que una predicción, me pareció el delirio verbalizado de un hombre que se encontraba entre la espada y la pared.

La Esperanza se movía sobre un mar sereno de aguas turbias que despedían un vaho tibio con un olor impreciso, como de origen vegetal. Cuando nos dispusimos a levantar las redes de la primera cala de aquel día supimos que tendríamos que estar atentos, que nuestro modo rutinario de proceder no valía para lo que nos habría de lanzar el mar. Del malacate se escuchaban chirridos, como si cada uno de sus engranajes resintiera los esfuerzos que hacía para subir la pesada carga que habíamos sustraído del fondo. El viejo abandonó el puente y ordenó utilizar ambos ganchos en la maniobra. A pesar de las precauciones, los dos cabos, de lo tenso, vibraban produciendo un zumbido inquietante mientras subían poco a poco el bolso. La pluma principal, oscilante, amenazaba con venirse abajo y La Esperanza, barco viejo desacostumbrado a trabajos pesados, temblaba como una bestia asustada. «¡Espacio, muchachos!», gritó el viejo cuando un tirón precipitado de los cabos provocó que se escorara peligrosamente el barco. La carga quedó en ese momento suspendida en su totalidad fuera del agua. Era una enorme bolsa, muchas veces más voluminosa que cualesquiera de las que había visto con anterioridad. Una infinidad de filamentos que emergían a través de las mallas conformaba un entramado rojizo que anunciaba lo que llevaba dentro. Entonces lentamente se fue elevando, deslizándose sobre el costado de popa. Con un peligroso jalón de uno de los dos cabos superó la borda, para quedar por fin suspendida sobre cubierta.

«¡Ya es nuestra!», dijo el viejo. La pesada bolsa se bamboleó un par de veces desafiando la resistencia de las pastecas que la sostenían, hasta que fue dejada caer. Pocos segundos después los cabos volvieron a templarse, suspendiéndola solo los centímetros que hacían falta para que pudiera ser vaciada. «¡Suéltala, muchacho!», me ordenó el maquinista. Corrí hacia ella, tomé un extremo de la cuerda que hacía el nudo de cierre y tiré de él con fuerza dos o tres veces. No conseguí soltarlo. «¡Apresúrate!», me dijeron. Volví a intentarlo. Esta vez le imprimí la energía de cada fibra de mi cuerpo, como

si, durante ese instante, mi vida dependiera de que fuera capaz de soltar aquel nudo. Tiré una vez sin éxito. Volví a tirar del extremo, y en el mismo instante en que sentí que algo había cedido, la bolsa se vació abruptamente, dejándome sumergido hasta las rodillas en su contenido.

«¡Se los dije!», repetía una y otra vez el viejo al aproximarse. La catarata de camarones que inundó la cubierta había formado un montículo de casi un metro de altura por cuatro o cinco de diámetro. Jamás he de volver a ver un espectáculo tan maravilloso como aquel. Alucinado observaba cómo miles de crustáceos de ojos brillantes movían sus bigotes y brincaban a mi alrededor. «Sal de ahí, muchacho, que vamos a subir la otra», me gritó el viejo. Tal era la fascinación que me abrumaba que olvidé la carga de la otra red, aún en el agua. Repetimos entonces la maniobra y, aunque el contenido de la segunda red fue casi igual de generoso, el proceso se efectuó con mayor fluidez y menos tensión, merced a la experiencia previa.

En la pesca del camarón el tiempo es oro. Cuando una marea es buena no se pueden perder segundos valiosos celebrando el gol. «¡Preparen las redes que van de nuevo para el agua!», gritó el viejo mientras se dirigía a paso apresurado hacia el puente. «¡Muévanse!», escuchamos decir al maquinista, indicación que sobraba, porque en ese momento no nos hacía falta recibir órdenes de nadie para actuar. Entusiasmados por el porcentaje que nos tocaría, o simplemente por lo excepcional de lo que vivíamos, procedimos con la celeridad de un equipo de mecánicos en una carrera de fórmula uno: en menos de un minuto nuestras redes estaban de vuelta en el agua.

La pesca fue fantástica hasta el atardecer, así como en los días que se sucedieron. Cuando el maquinista anunció que el combustible restante solo bastaba para el viaje de vuelta, con la carga que habíamos conseguido reunir, haciendo las cuentas, el viejo tendría más que suficiente para pagar los gastos de viaje y los quince mil dólares que le hacían falta. Parecía que Leonidas había vencido a los persas esta vez.

No compartió con ninguno la rueda durante el recorrido de vuelta. «Acuéstense y duerman, han trabajado duro estos días». La

Esperanza no era un barco grande; nuestros camarotes estaban justo detrás del puente. Durante la noche lo escuché hablar solo con más frecuencia que de costumbre. «¡Pendejo!», le decía a alguien. «Creías que me ibas a quitar el barco». Un ir y venir de pisadas en mis oídos anunciaba que esperaba con ansias el retorno. Cuando llegamos a puerto, el sol ya comenzaba a calentarse. Nos fuimos directo al muelle y recién atracamos, el viejo subió las escaleras de prisa. «¡Muévanse!», dijo a los descargadores que lentos se aproximaban desde el otro extremo. «¡Tenemos mucho trabajo por delante!». Aunque vociferaba, no había imposición ni autoritarismo en su voz. Hay quienes tienen modos particulares de compartir su entusiasmo. Cuando se inició la descarga, orgulloso supervisaba el proceso. «No dejaste nada para nosotros», le decían los otros pescadores. «Eso es para que vean que este viejo todavía sabe dónde duerme el camarón», contestaba. Tomó varias horas vaciar los depósitos. Terminado el trabajo, consiguió el dinero para darnos un adelanto generoso y antes de despedirnos nos dejó una última instrucción: «Los veré pasado mañana en la oficina».

Cuando hablaba de su oficina se refería a un bar frecuentado por los pescadores ubicado en la calle que conducía al puerto. Allí, en la esquina más alejada de la rocola, hacía de una mesa su escritorio, con un trapo limpiaba el tablero en donde colocaba los recibos que nos indicaba firmar, sin darnos mayores detalles de sus cuentas, y repartía los billetes que antes habían hecho bulto en sus bolsillos. Sin embargo, el día acordado el viejo no apareció. Tampoco lo hizo al día siguiente. Algo andaba mal. Le podían ser atribuidos mil defectos, pero su palabra valía más que un contrato. Anduve por los lugares comunes preguntando por él, pero nadie me supo dar razón. Haciendo esas averiguaciones me llegaron las primeras noticias: al principio, solo rumores que hablaban de un secuestro a punto de caer sobre La Esperanza. Regresamos al sitio convenido, ya entrada la tarde, y el encargado del bar nos dijo que el viejo había llamado para pedirnos que regresáramos dentro de unos días, el día exacto ya nos lo haría saber.

Apenas amaneció me dirigí a La Esperanza a recoger mis cosas. Permanecía atracado en el muelle. Al aproximarme a su proa y

observar los reflejos de la mañana en las ventanillas del puente, puedo jurar que percibí en la nave el desconsuelo de un animal atado. Descendí las escaleras, pero antes de poner los pies en cubierta, una voz me indicó que me detuviera. «Está prohibido el ingreso a esta embarcación». Le expliqué a un hombre que no conocía que yo era parte de la tripulación. Entonces recibí la confirmación de aquel rumor: «Este barco está secuestrado. No quiero líos. Dése la vuelta». No pude obtener mayor información. «Yo solo estoy aquí para achicar el barco y no dejar pasar a nadie, así que márchese».

Transcurrió casi una semana sin tener noticias del viejo. «Está gravemente enfermo», «murió», «lo asaltaron y lo golpearon». Esas y otras especulaciones que intentaban explicar su sorpresiva ausencia iban de aquí para allá. Una de ellas, sin embargo, de tanto repetirse parecía acercarse a la verdad: «El zorro pierde el pelo, pero no las mañas. El viejo se jugó todo en el casino».

El sábado, camino al puerto, me encontré con el maquinista. «Ándate al bar. El viejo te está esperando». Cuando le pedí detalles, me miró a los ojos como sorprendido por mi ingenuidad. «¿Acaso no sabes lo que hizo?», me dijo. «Sí, sí, ya sé. Pregunté para asegurarme», contesté con voz titubeante, pronunciando muy mal la mentira. Él hizo unos gestos de apremio con las manos mientras decía: «Si no te apresuras, no lo vas a volver a ver». Siguió su camino y yo aceleré la marcha pensando qué significaba aquello de que no lo vería.

Cuando entré al bar alguien dejó caer una moneda en la rocola y segundos después el sonido de un acordeón se adueñó del lugar. En la mesa que servía de oficina al viejo había tres hombres sentados y una docena de botellas vacías. Mientras exploraba el resto del interior, escuché una voz con marcado acento extranjero que me llamaba. Miré en dirección a la barra y encontré al viejo haciéndome señas desde una mesa.

«Acá, muchacho». Caminé en su dirección. Cuando me acerqué a su mesa, él empujó una silla y me invitó a sentarme. «Dos cervezas», le dijo al cantinero. Una sonrisa puede expresar sentimientos muy distintos a la alegría. El viejo sonreía, pero detrás de su expresión había tristeza y algo de vergüenza. Charlamos un poco antes de que me dijera que era el único tripulante pendiente de cobrar, y me

entregara uno a uno los billetes que cancelaban mi paga. Después de llevar la botella hasta la mitad me dijo que aquel había sido su último viaje. «Se acabó para mí. Me voy. Regreso a mi tierra. Voy a ver qué encuentro después de cuarenta años». No le pregunté por qué. Tampoco me atreví a preguntarle por La Esperanza. Le dije que había sido grato haber trabajado para él y le agradecí por haberle dado la oportunidad a alguien que del mar no sabía nada. «No me des las gracias. Fuiste un buen marino, muchacho». Después charlamos acerca de lo que ocurrió en la isla Caballos mientras terminaba mi cerveza. «Te prometí que lo volvería a vivir, ¿verdad?», me dijo. «Fue tal cual usted lo había prometido», le respondí.

Cuando mi botella estuvo vacía me dispuse a despedirme. Nos pusimos de pie y nos dimos un apretón de manos. Después, creo que por un momento ambos pensamos en darnos un abrazo, pero algo nos detuvo y el gesto se limitó a una palmada de hombros. En ese momento, con su mano aún sobre mi hombro, me miró a los ojos, borró la sonrisa de su rostro y pronunció las palabras de despedida más honestas que se pueden decir cuando se tiene la certeza de que no habrá un nuevo encuentro: «Que tengas una buena vida, muchacho».

Fue esa la última frase que me dirigió. Entonces me despedí, atreviéndome a llamarlo por su nombre por primera vez:

«Lo mismo le deseo a usted..., señor Basilio»

Isabel Burgos. Nació en la Ciudad de Panamá, el 25 de mayo de 1970. Publicista, locutora comercial, actriz, productora y directora de teatro. Ha publicado cuentos en la revista "Maga". Incluida en la antología "Tiempo al tiempo (Nuevos cuentistas de Panamá: 1990-2012)" (2012), de Enrique Jaramillo Levi. Forma parte del libro colectivo "9 Nuevos cuentistas panameños" (2013). Publicaciones: "Segunda persona" (cuentos, 2011). Ganadora del Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró" 2014 en la sección Teatro.

El profesor Theodoridis

El profesor Theodoridis tomó el vaso sudado y se lo llevó a los labios. Aclaró su garganta y terminó los 23 minutos finales de su disertación sobre "La tradición clásica griega y la literatura latinoamericana a partir de dos ejemplos comparativos". El público del auditorio de la Universidad Nacional, compuesto primordialmente por profesores que intentaban meter puntos con sus decanos, estudiantes que harían cualquier cosa por faltar a clase y empleados administrativos que ocupaban puestos para que el evento no se sintiera vacío, aplaudió y a continuación, con mucha diligencia, devoró las boquitas patrocinadas por un restaurante griego de la localidad.

La Encargada de Cultura de la Embajada de Grecia en Panamá (el Señor Embajador tenía un desfile de modas en el Casco Viejo), felicitó al profesor Theodoridis y ofreció llevarlo a su hotel.

En el carro, la Encargada de Cultura, se disculpó con el profesor Theodoridis por todo lo que pasaba a su alrededor: el hueco en el que acababan de caer, el niño vendiendo frutas desconocidas en cartuchos plásticos, la Iglesia del Carmen que parecía un gran pastel de bodas, el policía de tránsito que más que dirigir, bailaba bajo el semáforo, el taxi que se les atravesó y casi los choca. Al profesor

Theodoridis le pareció todo un poco gracioso y sintió que, de alguna manera, el caos reinante en la ciudad era una versión latina del caos ateniense. Recordó el tranquilo pueblo de su niñez entre árboles de olivo y caminos polvorientos, y al regresar por la ruta de la memoria, el verde reinante a su alrededor le lastimó los ojos. Tuvo una iluminación. Decidió que su pueblo debía tener un equivalente aquí, y, en un arranque totalmente fuera de carácter, se propuso conocerlo.

- Buenas tardes, profesor. Espero que descanse y que el ruido de la calle no le moleste mucho, se excusó una vez más la Encargada de Cultura.

- En lo absoluto. Ha sido toda una experiencia, dijo Theodoridis, en perfecto español, tratando de sonar más amable que de costumbre. Dígame, ¿hay algún lugar cerca en el que pueda averiguar sobre giras al interior del país?

La Encargada de Cultura lo miró desconcertada. ¿Giras al interior? La Embajada no recomendaba que fuera solo a ninguna parte, el turismo estaba muy por debajo de los niveles a los que debía estar acostumbrado un hombre que viajaba tanto como él, y realmente no había mucho que ver.

Theodoridis le agradeció y se despidió con una sonrisa, esperando no tener que volver a verla nunca más. Se dirigió al conserje y en poco tiempo estaba inscrito en un *tour* que lo llevaría a conocer El Valle de Antón. El panfleto prometía transporte Panamá-El Valle-Panamá, recorridos por el Mercado Artesanal y al zoológico El Nispero, almuerzo en La Casa de Lourdes y visitas al chorro de Las Mozas y a la Piedra Pintada. Recordó que en su pueblo había una granja que era casi un zoológico, una cascada que, de lejos, se parecía a la de la foto, y ruinas de una antigua civilización que cualquiera podría catalogar como piedras pintadas. Ahí mismo lo decidió: El Valle de Antón era su pueblo natal en el universo paralelo de Latinoamérica.

Durante la noche, la excitación del viaje fue adquiriendo proporciones demenciales. Comenzó a jugar con la idea de que el trazado de las calles sería el mismo que el de su pueblo, que la iglesia estaría en el mismo lugar, que sabría cómo llegar a la casa del

doctor, si tuviera la necesidad. Imaginó que cada persona tendría su álter ego. Trató de adivinar qué fruta reemplazaría a la omnipresente aceituna y, finalmente, centró su pensamiento en Ana.

El recuerdo cálido de la joven lo hizo voltearse sobre su costado y abrazar la almohada. Nunca más había amado a alguien con tanta devoción, con tanto candor. Nunca más había amado a alguien. Ana estuvo presente en cada una de sus relaciones posteriores, recordándole que la mujer que tenía por delante no era ella, la chica de ojos oscuros que cosía sentada en una piedra afuera de su casa. Era hija de inmigrantes españoles, y culpaba de la melancolía permanente que habitaba en sus ojos a que no podía ver el mar. Era una grácil palmera transplantada en la montaña.

El profesor Theodoridis estuvo antes que nadie en la puerta de su hotel esperando el bus. Se subió de primero y se sentó tras el conductor. Al cruzar el Puente de las Américas y ver el mar, sintió una punzada en el corazón.

Las curvas para llegar al Valle marearon a varias turistas canadienses, a pesar de que el guía repartió hojas de limonero para que las estrujaran entre sus manos y las olieran. Theodoridis desesperaba, porque reconocía el sinuoso camino que lo llevaba de vuelta a su pueblo. Al llegar, el bus se estacionó frente al Mercado Artesanal. Theodoridis sonrió al ver la estación de gasolina en diagonal, y la iglesia unos metros más allá. Todo concordaba. Abandonó el grupo sin decir una palabra. Giró a la izquierda en la casa de la viuda Basinas, y una vez más, cuando pasó frente a las caballerizas del Capitán Nikopolidis. En pocos minutos estuvo ahí. Una casucha con el hogar encendido, un árbol bajo el que jugaban dos pequeños y una gran piedra que parecía un asiento. Su corazón se aceleró.

Una joven mujer gona salió de la casa sin verlo. Se sentó a coser una mola en la piedra. Theodoridis cruzó la cerca de papos. Ella levantó la mirada y él reconoció la melancolía de no poder ver el mar.

- ¿Ana?, preguntó él.

- Soy Analida, ¿quiere tomarse una foto?, contestó ella confundiéndolo con un turista curioso. Tenemos molas en el

mercado de artesanías, allá está mi mamá con lo que hay, aquí no nos queda mucho.

- ¿Extrañas el mar?

Ella frunció el entrecejo y pareció atravesarlo con la mirada.

Él reconoció el gesto. Una palmera transplantada en la montaña. Se sentó a su lado y comenzó a vivir los primeros minutos de su nueva vida.

Carlos Oriel Wynter Melo. Nació en la Ciudad de Panamá, el 7 de agosto de 1971. Ingeniero industrial y Magíster en Desarrollo Organizacional, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (Guadalajara, México). Promotor cultural, editor, fundador de Fuga Editorial. Imparte talleres de cuento. En 1998 gana el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” de la Universidad Tecnológica de Panamá. En el 2007 fue seleccionado como uno de los treinta y nueve escritores, menores de 39 años, más importantes de Latinoamérica. Cuentos suyos aparecen en antologías nacionales e internacionales. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: “El escapista” (1999); “Desnudo y otros cuentos” (2001); “El escapista y demás fugas” (2003); “Invisible” (2005); “El niño que tocó la luna” (Leyendas, cuentos y narraciones (2006); “El escapista y otras reapariciones” (2007); “Cuentos con salsa” (2008); “Mis mensajes en botellas electrónicas” (2011); “Pecados” (2014). Novela: “Nostalgia de escuchar tu risa loca” (2013).

Un agujero de luz al final de un túnel de árboles

Si se mira el parque de frente, como si fuera a los ojos, y con algo más que los ojos, imaginándolo, en realidad, o relacionándolo con un recuerdo, se verá un túnel de árboles que acaba en un agujero de luz. Si la mirada está coloreada por alguna melancolía, esa mancha de luz sugerirá varias interpretaciones. Una podría ser que todo acaba.

En la esquina del parque, habrá hombres con sombreros níveos, niños con trajes domingueros y quizás una mujer que mire a ningún lugar.

A la derecha, más allá del parque, oteando el parque, habrá un hotel. Su edificio estará pegado a otros como si fuera un grupo de amigos que se abrazan por la espalda y miran desde lo alto. Al

nivel de la calle, amigos más pequeños, las tiendas de abarrotes y misceláneos, mirarán con sus puertas a todo abrir. El sol estará acostado al fondo, muy lejos, tras el parque y el poblado.

Los rieles del tranvía, como los trazos paralelos de un dibujante, darán la vuelta al parque por uno de sus lados. Las personas que están ahí, en la mera esquina, esperarán. Esperarán sin remedio. O creerán esperar. O en realidad esperarán la nada.

Ella espera, pero no espera, no cree esperar, cree esperar en vano. Él debería aparecer a la llegada del tranvía, pero ella no cree que lo haga. El amor ha sido una cuerda floja en los últimos tiempos.

Por eso no espera: hace como que espera. Deja que la inercia de los días le empuje y la lleve al día, a la hora, a esa esquina del parque, a la cita que no cree se haga realidad.

Mira el hotel casi atravesándolo. Mira las tiendas de abarrotes y misceláneos. Mira a quienes la flanquean: a los niños, a los hombres de blanco sombrero y a un par de mujeres con trajes recargados. Mira el túnel de árboles y la luz en su fin que poco a poco desaparece. Mira las líneas curvas y paralelas por las que ha de pasar el tranvía.

Pero, en verdad, no mira nada; los recuerdos la distraen.

Por un momento desea no tener razón, fallar; desea que a la hora pactada él aparezca y el tranvía continúe por sus rieles impertérritos y que el día siga sin sospecha de cambios.

Pero no, se desmiente, desconfía. Y es que traiciona para no ser traicionada; olvida para no ser olvidada. Y esa nostalgia próxima, profética, la colma de una muerte inevitable.

Imagina que años después, muchos años después, la esquina en la ahora espera, sus bordillos y bancas, han perdido la luz de la cal y tienen la sombra del moho. Imagina que el tranvía desaparece o es distinto: de metal y colores brillantes; y que los automóviles pasan por las que fueron sus pisadas de hierro y que ya nadie espera en la esquina que fue de sombreros blancos —ya no se usan sombreros blancos—, de niños y de mujeres con trajes enredosos.

Imagina que alguien sí espera, una dama, una mujer, que en esencia se le parece, una solterona a la que citaron a una hora precisa para un compromiso acordado y que no cree que se realice. E imagina que la mujer viste diferente de como ella

viste: imagina un pantalón holgado, unas sandalias, una camisa de lino.

Imagina que ella espera, pero no sabe a qué atenerse.

Y esa visión, esa certeza de que nada quedará –de que la nostalgia quedará–, le hace sentirse sola, sola hasta de sí misma.

Y comienza a desear con todas sus fuerzas que él llegue hoy, que sus promesas se cumplan hoy, que aparezca y se apeee del tranvía, que la abrace consciente de lo poco que les queda, antes de que el futuro dé los pasos necesarios para acabarlos tal como se conocen.

Pero ella no sabe si él llegará y eso es lo más terrible. Ella no sabe si él encuentre las mismas justificaciones, si habrá visto en ese parque – en su túnel de árboles y luz al fondo – lo que ella vio. Ella no sabe si alguna vez coincidieron o todo fue la ilusión de coincidir.

Imagina que la dama de pantalón holgado, sandalias y camisa de lino, espera, que espera con la mejor disposición, con los mejores deseos; que espera como si de su voluntad dependiera lo que va a ocurrir; que espera como rogando.

Y ella espera, pero algo la asusta, algo le hiela la sangre, y es que su paciencia se estire por años, morirse poco a poco, resignarse sin darse cuenta de que se resignó.

Entonces imagina que a la mujer la alcanzan las horas, que suenan las campanadas de la cita –persiste la iglesia a lo lejos, la misma que ahora da sus tañidos– y una última esperanza ilumina esos ojos inventados, pero la esperanza agoniza después de una hora, da sus últimos estertores después de dos, se acuesta y expira a la tercera.

Y ella vuelve a llenarse de nostalgia porque reconoce en su visión una inevitable muerte, una anticipada muerte, una omnipresente muerte, una muerte intemporal, que asolará ese parque, el túnel de árboles, los edificios, ese hotel, esas tiendas, a paseantes distraídos.

Y el tranvía se detiene y el estómago de ella se contrae como puño que se resiste, como un recién nacido que se vuelve caracol.

Y salen los pasajeros, uno por uno, uno tras uno, hasta que el transporte queda casi vacío. Y ella anticipa el dolor de la mujer imaginada, el dolor futuro de una mujer futura que, sin embargo,

se reproduce en sí misma, porque el tiempo no puede cambiar lo que realmente importa, el eje en torno al que hace círculos.

Pero un último pasajero sale del tranvía, él sale del tranvía, es el aliento final del tranvía cansado. Y él, en fin, sobrevive el paso del instante.

Y ella lo besa con entusiasmo y él no entiende su entusiasmo; no entiende su explosiva felicidad: el amor ha sido una cuerda floja en los últimos tiempos. Pero ella lo besa y está segura de que así resguarda ese parque, ese parque que jamás será el mismo.

Melanie Taylor Herrera. Nació en la Ciudad de Panamá, el 3 de enero de 1972. Escribe cuento, microrrelato, poesía y ensayo. Licenciada en Psicología con Maestría en Musicoterapia. Es violinista de la Orquesta Sinfónica Nacional de Panamá y docente en la Universidad Especializada de las Américas. Ganó el premio Rafaela Contreras de cuento en 2009, otorgado por la Asociación Nicaragüense de Escritoras así como el premio internacional Sexto Continente de Relato Breve dado por Ediciones Irreverentes, España, 2011. Últimas dos publicaciones: "Amables predicciones" (cuentos; 2005); "Microcosmos" (minificción; 2009) y "Camino a Mariato" (cuentos; 2009). Ha sido traducida al inglés, al francés y al polaco.

Agenesia

Viajar es incómodo. Pero como una no se puede quedar toda la vida como árbol, es decir, plantado, no queda más que sacrificarse. Primero está hacer la maleta. Menudo dilema. Puede uno empacar de más, con lo que se arriesga a pagar sobrepeso a la hora de la verdad en el aeropuerto, o se empaca muy poco y entonces está uno en casa del rayo, sin abrigo y muriéndose de frío, o en la playa sin vestido de baño. Luego de resolver este delicado asunto, balanceando futuras necesidades, confort y estilo, porque ir de viaje no es excusa para andar por ahí manga por hombro, en fin una vez saldado este asunto, está el hecho de la seguridad de la maleta. ¿Su maleta tiene candado? ¿Tiene el candado pero no encuentra la llave? Porque si la maleta no llega con usted a su destino y anda por ahí sin santo que la proteja... mejor ni pensarlo. Pasemos entonces a las revisiones. Sí, revisar si tiene todo en regla, el boleto aéreo, el pasaporte, la visa no vencida, los números telefónicos de emergencia y la llave de la casa. Ah, claro, y antes de irse, especialmente si vive uno solo, apagar todos los aparatos eléctricos, no vaya a ser que al

regreso la casa no esté en pie. Por último, despedirse de la familia y amigos para hacernos la ilusión de que nos extrañarán y la vida será diferente sin nosotros. Por fin está usted listo. Está allí, en el aeropuerto, con su maleta, sus documentos, su ropa cómoda de viaje, pasa todos los trámites, hace la fila con sus compañeros de viaje que han pasado por sus mismos suplicios, saludan a las azafatas y a los señores auxiliares de vuelo. Busca su asiento y entonces...

Marta buscó su asiento. Se alegró de no traer con ella ningún bolso. Se sentó y miró por la ventana entrelazando las manos. Los despegues la ponían nerviosa. Jugó un poco con la pulsera de oro en su mano izquierda. Tenía grabado el nombre de Eduardo. Sonrió recordando cuando Eduardo se la había obsequiado. Estaban sentados ambos en la casa de la playa. Atardecía y ella se mecía sola en la hamaca. Le parecía que ella y las olas se mecían al unísono. Volvían y venían una y otra vez. Empezó a sentir algo de sueño, sus ojos se cerraban cuando sintió la mano cálida en su vientre. Al abrir los ojos, ante ellos una cadena dorada resplandecía. Se incorporó riendo mientras Eduardo se la ponía en la mano. Zurda-- le dijo guiñándole un ojo-- para que te acuerdes de mí. Le dio un beso ligero en la boca y se alejó tarareando algo. Así era él y le encantaba. Lastimosamente no podía compartir la alegría de tenerlo en su vida. Era huérfana. No que sus padres hubiesen muerto realmente pero no los trataba desde que tenía quince años.

Irse de la casa fue un alivio. Había luchado por ser ella desde entonces. Algunas veces pensó terminar con todo pero la felicidad parecía estar en su camino. Un camino iluminado -pensó mientras observaba a las azafatas explicar qué hacer en caso de emergencia. A su lado un hombre alto y gordo, con lentes que parecían lupas enmarcadas, dormitaba. El hombre hacía pequeños gruñidos y cabeceaba. Se divirtió observándole un rato. El primer hombre con que había dormido también había hecho gruñidos pero no de sueño. Tendría entonces 16 años y todavía se acordaba del vestido que llevaba. Era de un rojo encendido, tan encendido como su deseo aquel día. A ese hombre le estaría siempre agradecida: la había considerado hermosa, a pesar de todo... Se levantó. El avión hacía rato que se había estabilizado. Más le valía ir al baño ahora antes

de que empezaran a repartir el almuerzo. Tuvo que despertar a su vecino para poder pasar. Este se sobresaltó un poco y se agarró las gafas que resbalaban por sus mejillas.

Mientras caminaba por el pasillo sintió con placer la mirada atenta de varios hombres. Cerró la puerta del baño al entrar y se observó un buen rato en el espejo. Su cabello rubio estaba perfectamente peinado, el maquillaje impecable le hacía resaltar sus rasgos de manera agraciada. Su cuerpo y su rostro habían sido esculpidos con dolor. Años de sacrificio y de creer en sí misma. Sus únicos compañeros constantes eran sus ojos verdes, ojos de mujer, de gata, de muñeca. Se sentó en el baño. Algo caliente salió de entre sus piernas y sintió alivio. Cuando tenía quince años su padre había abierto la puerta del baño sin tocar y la encontró así sentada con la falda puesta. Sus ojos verdes se encontraron con la mirada furiosa del hombre. La había agarrado por un hombro y la había estrellado contra la pared. Nunca había sentido tanto miedo en su vida. Tú, tú... decía su padre que casi no podía hablar. Las venas en la nuca gruesa y roja de su padre sobresalían iracundas... Salió del baño y volvió a su asiento. El hombre al lado suyo leía una revista. Disculpe –le dijo.

El hombre se levantó para dejarla pasar mientras su mirada lujuriosa resbalaba de sus senos a sus caderas terminando en sus piernas. Esperaba que no se pusiera impertinente. Algunas veces tenía que ponerse grosera con algunos majaderos.

Fue entonces que le sobrevino el presentimiento de que había olvidado algo. Trató de convencerse a sí misma de que era una tontería pensar algo así. Ella había revisado todo personalmente. Hizo un repaso mental: ¿la plancha? Sí, la había puesto dentro de la maleta. ¿Sería la medicina? No, no, si la llevaba en la cartera. Qué tontería --se dijo mientras sorbía una Coca Cola. El llanto de un niño perturbó por un momento el silencio. Niños... nunca podría tener niños. Eso la entristecía, pero Eduardo comprendía. Adoptaremos una docena, había dicho. Ansiaba tener niños pero no se puede tenerlo todo. Volvió a pensar que había dejado algo olvidado. ¿Sería el aire acondicionado? La cuenta le vendría altísima. Si Eduardo pasaba por el apartamento seguro lo apagaría. Se lo

había prometido. Después de todo ella estaría fuera casi un mes.

¿Un mes, Marta? –le había preguntado con extrañeza. Ella le había explicado que su amiga Patricia había tenido un aborto espontáneo, estaba muy deprimida y necesitaba ayuda. Tú eres un ángel, le dijo entonces besándole la mano galante. Sintió una punzada en el estómago. ¿Por qué siempre terminaba mintiendo? Pero sería la última vez. Ya no tendría que volver a ver al Dr. Stein, ni ir a Río. Todo estaría en el pasado como una película en blanco y negro. A medida que avanzaba el tiempo su vida se borraba a su pesar.

La punzada en el estómago volvió a repetirse. ¡Pero si ella no había olvidado nada! De seguro había pagado la cuenta del teléfono antes de irse.

-¿Desea pasta o pollo? –preguntó la azafata amablemente.

-Pasta.

Se metió un bocado caliente a la boca. La masa se deshizo jugosa en su lengua. Su vecino engullía rápidamente un pollo. ¡Sirven tan poco! –exclamó mientras se metía un pedazo de perejil en la boca. Al poco tiempo dormitaba nuevamente. Marta se limitó a observar el banco de nubes que atravesaban. Las nubes le recordaban el algodón de azúcar. De niña siempre le gustó. Una vez sorprendió a su madre mirándole con lástima mientras comía algodón. ¿En el fondo la comprendería? Nunca lo sabría.

El Dr. Stein estaba muy orgulloso de ella. Esta sería su última cita. Le traía una mola de regalo. La había mandado a hacer especialmente para él. Si su padre hubiese sido comprensivo como el doctor y no una retahíla de así no se come, así no se camina, así no se ríe, así no se habla. Pensar en él la alteraba. Se puso a hojear una revista de modas. Su atención en las últimas colecciones de primavera duró poco. Coño, ¿qué podía haber olvidado? ¿Los documentos? No. ¿La cartera roja para el conjunto floreado? No. ¿Apagar la cafetera? No. ¡Dios! ¡La cajeta donde tenía aquellos álbumes de fotos viejas!

¡¿Pero, cómo había sucedido?! Tenía el pasaporte guardado en la cajeta. Al sacarlo la noche anterior había olvidado volver a poner la cajeta en su lugar. Empezó a sentir un temblor en todo su cuerpo, la

revista se deslizó de sus manos. NO –dijo en voz alta. ¿Le pasa algo? --dijo su vecino mirándola extrañado. Nada, nada -musitó agitada. Las lágrimas le impedían ver.

Un día cualquiera llegaría Eduardo a regar sus plantas. Llegaría reído y luciendo elegante como siempre. Seguro le dejaría una tarjeta cariñosamente escondida debajo de una almohada en el sofá. Vería la cajeta en la mesa de la cocina y sentiría curiosidad. Abriría cada álbum despacio y vería las fotos de su infancia. Habría un hombre enorme con cara seria, una mujer de rostro triste y un niño con sus mismos ojos. Al pasar las fotos vería cómo el niño se hacía mayor hasta convertirse en un hombre. Y luego nada más vería fotos de ella y ataría cabos. Porque esos ojos verdes, ojos de mujer, de gata, de muñeca, sólo podían ser los ojos de Marta.

Tomado de: Melanie Taylor Herrera. *Amables predicciones*, UTP, 2005.

Pedro Crenes Castro. Panamá, 26 de marzo de 1972. Colaborador habitual en la revista otroLunes, y el suplemento literario Día D del periódico panameño Panamá América. Es autor del libro de cuentos El boxeador catequista, publicado por Foro/taller Sagitario Ediciones (Panamá, 2013) y de Microndo, publicado por la editorial Casa de Cartón (Madrid, 2014). Ha sido incluido en las antologías Los recién Llegados (2014, Panamá), en Lectures du Panama de la Universidad de Poitiers (2014, Francia) y en Puente Levadizo: veinticuatro cuentistas de Panamá y España (2015, España) en la que es antólogo de la sección española.

Este novio no es mi padre

*“No es que quiera cambiar el futuro. No es eso, es sólo...
que las ilusiones son inevitables...”
“Nueva” de Paula*

Mañana hará diez años que Fran murió, en silencio, con una sonrisa de ángel. Sufría una parálisis cerebral severa que lo había condenado desde el día que nació. También mañana salgo de cuentas y al niño que va a nacer sano, completo, le pondré su nombre, el de su tío, Francisco, Fran, aunque Mamá me dice que no tengo por qué hacerlo. Mi padre siempre lo llamó hermanastro, “no es tu hermano” me decía, “es el hijo del tipo ese que está con tu madre”. Me hacía daño mi padre pero eso ya da igual. No sé si pariré o no pero mañana sería un buen día. Sería como cerrar un círculo de ausencia, como saldar una cuenta pendiente o como poner brillo a una memoria que por triste se me antoja necesaria para no perder de vista la verdad de la existencia, su peso específico, su textura exacta.

Fran se mueve en mi vientre. Parece que nota la velocidad, la urgencia feliz con la que escribo en este “Diario de tu embarazo” que me regaló Marta, mi compañera de trabajo, y una de mis mejores

amigas en la editorial. Me dice siempre que siga escribiendo, que seguro un día de estos dejo mi puesto de correctora y me convierto en autora de éxito. No sé yo. Pero lo escribo todo aquí, en este diario, para que cada una de las sensaciones y de los recuerdos de estos nueve meses los pueda leer mi hijo cuando sea mayor, para que pueda ver por mis ojos a su tío Fran y aprenda que a pesar de todo, en este mundo, hay gente maravillosa.

Fran y su padre aparecieron por casualidad en nuestras vidas cuando yo tenía cinco años. Mamá se había quedado sola conmigo y la verdad es que recuerdo que no era muy feliz en aquella etapa de su vida. Caminaba con pesadez, arrastraba un letargo de sombras que la asfixiaba y la estaba hundiendo. Lloraba mucho, sobre todo por las tardes. Quiso a mi padre, lo sé, pero después él se fue, “encontré al amor de mi vida” me confesó excusándose hace algunos años y aunque sé que me quiere, que nunca dejó de buscarme los fines de semana que le correspondían ni de pasarme la pensión, aquello me sonó muy traicionero. Yo no estaba allí, no sé qué pasó entre ellos y ya no me importa. Ni a Mamá tampoco, que después de aquel encuentro casual se convirtió en uno de los seres humanos más entusiastas y alegres que yo he visto nunca.

Mamá se topó con su felicidad un día de febrero, “el veintinueve, bisiesto” me decía él, y Mamá recordaba con alegría y un poco de vergüenza cómo ocurrió todo. Fuimos juntas al médico de cabecera por medicinas para la “depresión de caballo” (¿Por qué de caballo?, me preguntaba de niña) en la que cayó cuando mi padre la dejó por “la mujer de su vida” según él. Allí estábamos cuando un hombre empujaba una especie de cochecito para bebés con un niño mayor, tenía siete años, y se le veía “raro”, con una sonrisa babeante que nos llamó la atención a Mamá y sobre todo a mí. Se sentó enfrente de nosotras y yo enseguida crucé desde nuestros asientos hasta los suyos y miré a aquel niño directo a los ojos.

– ¿Cómo te llamas y por qué estás metido en ese cochecito?

–Soy Fran y tengo siete años– contestó la voz de Manuel, el hombre con el que se encontró Mamá un día de febrero.

El niño me sonrió, se le achinaron los ojos, y yo estaba sorprendida (eso me decía Mamá cuando recordaba la primera vez

que le vi). Ella intervino disculpándose con aquel hombre por la impertinencia de su hija.

– Es muy curiosa y sociable, perdone.

Mamá me decía, y Manuel me lo confirmaba siempre, que en aquella época hablaba como una psicóloga de poca monta, como un libro de autoayuda, con muchos términos vacíos que solo le señalaban “realidades” que ella vivía pero no comprendía.

–No se disculpe –respondió bajito Manuel–, a Fran le gusta hacer amigos, ¿verdad Fran?

El niño volvió a sonreír y los ojos se le achinaron de nuevo. Estaba contento. Pero eso lo aprendí después.

Mamá y Manuel hablaron hasta que lo llamaron a él primero y luego a nosotras. Tardaron un buen rato en salir y Mamá no dijo nada. Salieron y Manuel se sentó para preparar a Fran antes de irse. Nos llamaron.

–Bueno, nos vemos –se despidió Mamá levantándose.

–Sí, nos vemos, di adiós Fran –y se le volvieron a achinar los ojos al niño.

Manuel me decía que mi madre lo miró como quien pide a otro que no se vaya, que necesita que le esperen un minuto más. A Mamá esto le daba vergüenza, no pretendía parecer desesperada, y ella decía que no lo estaba, pero él, ellos, se cruzaron en su camino. Mamá dice que ese día vio súbitamente la luz al final del túnel y supo que no era la de un tren que se le echaba encima para atropellarla sino la salida, o la entrada, a la vida.

Al salir nosotras con sus pastillas ellos estaban allí, Fran riéndose y Manuel hablándole a su hijo. Estaban contentos, plenos. Disfrutaban de su mutua compañía y parecían no tener prisa ninguna, el mundo, el tiempo, la vida, les pertenecía. Cuando pienso en la felicidad, recuerdo esa vaga imagen saliendo de la consulta y viendo el espectáculo de la dicha de tener a alguien de verdad para ti en este mundo.

Manuel le preguntó a Mamá por lo suyo y ella luego de advertirme que no molestara al niño se marcó un discurso nervioso con todo lujo de detalles sobre su vida gris y el efecto de las pastillas sobre su depresión. Mamá seguía hablando y Manuel la escuchaba sereno, con atención, mirándola a los ojos y así ha sido siempre.

Yo le cogí las manos a Fran que, a pesar de ser mayor que yo, era un niño pequeño, tal vez lo intuí, o quizá esa sabiduría que tenemos cuando somos niños y que vamos perdiendo a medida que nos hacemos mayores me lo dijo. Le acaricié, me recuerda siempre Manuel, su padre, “y tu madre te dijo: ten cuidado, no le hagas daño al niño, y siguió contándome su vida”, se reía al recordarlo. No podría haberlo hecho nunca y nunca lo hice.

Manuel paró en seco a Mamá. “¿Seguimos hablando mañana a la hora de la merienda? Habrá que merendar ¿no?”. Mamá se disculpó por el tiempo que le había hecho perder a ese pobre hombre y él dijo que no, que no se preocupara y que quería verla mañana, “los cuatro”, él invitaba y Mamá que no, “pues invitas tú” y Mamá aceptó sonriendo. Mamá feliz, una novedad que bien valía una merienda.

Pensé en ese momento en la madre de Fran pero nunca pregunté por ella. Me enteré mucho tiempo después que aquella mujer que le parió se había marchado un buen día y no quería saber nada de ese niño. Manuel repitió en más de una ocasión que sus palabras textuales fueron: “no puedo esclavizarme así”. Él dejó todo y se convirtió en la madre de aquel ser humano maravilloso.

Fran se mueve, me da pataditas otra vez mientras escribo que la madre de su “tíastro” (debería llamarle así siguiendo el rencor verbal de mi padre), le había dejado. Mi hijo me previene para que no lo deje pase lo que pase. ¿Le dejaría yo? No, no después de ver cómo aquel niño abrazaba a mi madre, cómo la veneraba con sus ojillos achinados de contento, cómo balbuceaba un ruido gutural, que venía a ser algo así como un “mamá”. Se quedaba dormido cuando le acariciaba el pelo, cuando Mamá le arrullaba como hizo conmigo. Manuel y yo la mirábamos ejercer un papel tan hermoso del que solo podíamos participar como meros espectadores. “Tienes una madre maravillosa”, me decía Manuel. Y yo me quedaba en silencio mirándola, orgullosa de que ella sí fuera capaz de amar a aquel niño, de que fuera capaz de no abandonarlo ahora que lo había recibido.

Después del encuentro del hospital y la primera merienda vinieron otras citas “a cuatro”, con los niños de por medio (más meriendas y algún que otro desayuno los sábados), “no fueran a

sospechar el uno del otro”, recordaban juntos, cómplices. “Es que a la niña le gusta jugar con Fran”, decía Mamá y Manuel argumentaba que a Fran le gustaban las niñas “sociables”, se reía de Mamá y los cuatro tan contentos, tan familia poco a poco.

Fue por aquellos días, a los pocos meses de conocerse, cuando Mamá se ofreció a echarle una mano a Manuel con su vida y se enteró de que este contaba con la ayuda de su familia: su madre, sus hermanos, la gente del Ayuntamiento que se volcaron con su caso. Aun así, a pesar de estar tan asistido, Manuel dejó que Mamá y yo fuéramos a visitar a Fran en su casa. Fue en una de esas visitas esporádicas en la que me quedé con la abuela de Fran en su casa, habilitada para atenderle perfectamente, que Mamá se fugó con Manuel. A las horas volvieron reídos y yo miré a Mamá con un mohín de reproche, según me cuenta, aunque, creo yo, que ni me percaté de su ausencia.

La cobardía y el miedo nos privan de las mejores cosas de la vida, nos tiñen la existencia de gris oscuro y uno pone pies en polvorosa para huir de lo que es lo mejor aunque, muchas veces, tantas veces, las cosas buenas vengan envueltas en sacrificio, en cierta rudeza vital. Cuando nazca Fran, se lo he dicho a su padre, tenemos que enseñarle a ser valiente. No sé cómo se enseña eso, pero seguro que tiene que ser algo muy parecido a lo que hizo Manuel, algo parecido al amor. Se mueve otra vez, puede que sienta las palabras o le moleste lo rápido que late mi corazón mientras escribo todo esto.

Mañana nacerás, y no sé cómo podría dejarte después de haber contado cada minuto de estos nueve meses, cada día, cada semana con sus náuseas y sus dudas, cada mes con sus ilusiones y sus desvelos de madre primeriza. No podría dejarte como dejaron a tu tío, tan frágil, tan futuro, tan mañana.

Pasó un año largo, casi dos, cuando Mamá y Manuel me dijeron que pensaban casarse. “Una boda, como en los cuentos”, pensé y eso sí que lo recuerdo como si fuera ayer. Me dijo que seríamos una familia, los cuatro, y que podría cuidar de Fran y jugar con él todos los días. Me dijo Mamá que sería mi hermano y que tenía que quererlo mucho. “Ya lo quiero”, le contesté. Me abrazó y me dijo que era muy feliz y que tendríamos que ir haciendo “planes”.

En ese año y pico largo de relación vi a Manuel ir y venir con su hijo al médico, a rehabilitación, lo vi traerle y llevarle al parque, o a la cabalgata de Reyes o irse de excursión con el colegio especial donde le ayudaban. Le vi sonreírle a su hijo, con el optimismo suficiente para esperar cada día como el primero sin olvidar que también podría ser el último. Admiré en él la voluntad titánica e insumergible de disfrutar de ese niño, de vivir su circunstancia con la alegría justa reservada para esas experiencias. Y es que ver a un hijo en esas condiciones, saber que su fin está próximo y es irremediable, deja un margen muy pequeño para ser feliz. Manuel lo era con Fran a pesar de que en cualquier momento podría sobrevenir el fin. De eso me enteré tiempo después.

Los “planes” de Mamá pasaban por gestionar primero la venta del piso donde vivíamos, la mitad era de mi padre, al que a pesar de vivir con “la mujer de su vida” según él, le fastidiaba un poco que ella quisiera rehacer su vida. Siempre que podía empañaba su alegría y me hacía pagarlo a mí: “no es tu hermano, es el hijo de...” Vendido el piso, con ese dinero, comenzaron los preparativos para el gran día. Viviríamos todos juntos en casa de Manuel. Mi hogar y mi vida estarían allí instalados, y me fui haciendo poco a poco a la idea de convertir en recuerdos lo que siempre había sido mi casa. No me dio tiempo a echarla de menos, con Fran en la nueva casa, la realidad reclamaba toda mi atención y mi cariño. La familia de Manuel, sobre todo la abuela, estaba muy contenta y hasta parecía más joven.

Fui con Mamá varias veces a una tienda en Madrid para escoger un vestido. La abuela de Fran, Angelita, nos acompañó también. Decía que Mamá era un regalo para Manuel, que se le notaba a Fran que había una mujer en su vida y que ella ya podía morirse en paz, que llevaba mucho tiempo sufriendo por su hijo y por su nieto. Mamá le decía que no hablara así y ella se echaba a llorar más y le daba las gracias. Mamá y yo tardamos en escoger el vestido. No quería un traje de novia cualquiera, quería algo menos pomposo que lo usual, sobrio como la relación que llevaba con Manuel. Mamá me contó muchas veces toda la historia de aquel ir y venir buscando el vestido perfecto mientras mirábamos las fotos. Estaba feliz.

Manuel fue a buscar su traje en una buena sastrería, especializada

en novios. Mamá quería que estuviera muy guapo y que Fran se vistiera igual o parecido. En la tienda les tomaron medidas. Entre Manuel y sus hermanos ayudaron a que el sastre tomara las medidas para que padre e hijo estuvieran a punto para el gran momento. Todos estaban conmovidos por la historia de Manuel y de Fran. Ambos irían de chaqué, cambiarían los colores del chaleco y las corbatas. En la sastrería fueron sumamente delicados con ellos. El jueves antes del gran día recogieron sus trajes con la promesa de volver con las fotos. Manuel se llevó una gran alegría porque allí nadie puso cara de sorpresa o de asco o de pena por Fran.

El gran día llegó. Mamá y yo nos vestimos juntas. Estaba muy guapa. El blanco roto de su vestido era todo un símbolo, no de pureza sexual sino de la comprensión de que incluso los más luminosos días felices llevan una leve grieta gris por donde se filtran dudas, tristezas y presagios no siempre halagüeños. Mamá brillaba. Fuimos en el coche de uno de los hermanos de Manuel y entramos de la mano, ella llorando y yo con muchísima vergüenza, casi sin sonreír. Había gente del trabajo de mamá, algunos viejos amigos (los de verdad) y algunos padres del colegio. Fran y Manuel nos esperaban vestidos con sus flamantes chaqués. Fran tenía los ojos achinadísimos, estaba muy guapo, muy emocionado y al vernos entrar comenzó a moverse, emitiendo ese sonido gutural que quería decir “Mamá”. Se casaron. No comimos perdices pero por el video y las fotos la comilona fue de campeonato. En el video, siempre nos reímos cuando lo vemos, uno de los hermanos de Manuel grita, un poco *contento* por el vino, mirándome con alegría etílica mientras yo estaba sentada junto a Manuel y apoyada la cabeza en su hombro por el cansancio fiestero: “¡Viva el novio que es tu padre! Yo repliqué muy digna, levantando la cabeza: “¡Este novio no es mi padre, es Manuel!” y las carcajadas tronaron en la noche más feliz de Mamá.

¿Cómo enseñas a un ser humano como Fran que esa no es su madre? El niño respondía al amor, a la ternura, al afecto, a las caricias de Mamá, sus regaños, sus cuidados eran lo que Fran entendía que era una madre. Acostumbrado a ver el heroísmo paterno contrastado con la presencia materna de los otros chicos de su colegio, la llegada de Mamá supuso para él un complemento necesario.

Anoto estos recuerdos como si fueran míos para que luego sean de mi hijo. Me quedan pocas páginas en blanco. Fran me da más pataditas de inquietud o de ganas de presentarse ya en la vida y su padre me dice que me vaya a la cama pero tengo que terminar. Luego estaré muy ocupada con Fran. Siguen las pataditas. Mañana salgo de cuentas y en mi vientre la vida pide paso, mi hijo pidiendo independizarse de mí y comenzar a respirar y vivir por su cuenta. Qué pronto comenzamos a ser independientes. Aunque mi hermano nada más nacer, nada más independizarse, enfermó. Los detalles son lo de menos: le diagnosticaron una posible parálisis cerebral que después se corroboró. Luego la independencia de su madre y el amor de su padre.

Fue meses después de la boda que Mamá me dijo que Fran no iba a estar siempre con nosotros, que un día iba a morir por causa de su enfermedad. La oí una tarde hablando sobre el tema con Manuel. Pregunté y me lo contó. Parecía una crueldad pero Mamá quería estar segura de que entendía todas las cosas para que no me sintiera engañada o algo parecido. “Tenemos que querernos mucho”, me dijo levantándose la cara sujetándose por la barbilla. “No estés triste, vamos a querernos, vamos a disfrutar de tu hermano todo el tiempo que esté con nosotros”. Cuando dijo “tu hermano” me conmoví, lloré muy alto y Manuel me llamó. Me abrazó y me dijo que me quería mucho y que era muy importante para él. “Gracias por querer tanto a Fran”.

Fueron cinco años de felicidad completa, no exenta de sus crisis en el estado de salud de Fran, momentos de adaptación entre Mamá y Manuel y mi propia asimilación de toda esa nueva vida. A pesar de lo felices que éramos, aquellos años tuvieron sus reveses rencorosos y molestos cuando mi padre hacía sus comentarios y sobre todo cuando “la mujer de su vida” comenzó a no serlo tanto. Cinco años de viajes, cumpleaños, navidades y aniversarios de bodas. La abuela Angelita murió y nos pareció, por lo menos a mí, una especie de ensayo final antes del día fatídico que todos sabíamos que llegaría.

Comienzo a pensar que no son pataditas nada más, hijo. Comienzo a sentir lo que la matrona me explicó que son las

contracciones. Un momento más, Fran, tengo que terminar de escribir esto. Si tu padre se entera no me deja concluir la historia. Está como loco con tu nacimiento. Es mañana, hijo, no te adelantes, por lo menos hasta que termine de contarte todo.

Mamá fue hasta el instituto la mañana en que Fran se fue. Llevaba hospitalizado dos semanas. Ya no sonreía. “Se está apagando”, decía Manuel al que nunca había visto tan angustiado. No por estar advertidos la muerte de un hijo es más fácil. Me mandaron a llamar, salí de inmediato. No hizo falta que Mamá dijera nada: la mirada, el gesto.

– ¿Se fue? –pregunté.

– Sí –me dijo ella y me eché en sus brazos.

– Parece un ángel- me dijo al oído mientras lloraba en silencio.

Al volver a mi clase por mis cosas la profesora dejó de hablar de literatura, me miró y también lo supo todo. Mi hermano (hermanastro, me decía mi padre con ridículo ataque de celos cuando lo iba a visitar los fines de semana) murió cuando estaba más o menos previsto, a la edad de catorce años. Volvimos a casa a recoger algunas cosas antes de irnos al hospital. Pasé por su habitación y miré desde el umbral: allí estaba instalado el silencio, se había pausado todo para siempre. Manuel vino y me abrazó y se me echó a llorar y me abrazaba tan fuerte que comprendí que de verdad me amaba y que desde ese día más que nunca, y a pesar de que yo no podría jamás sustituir a mi hermano, yo tenía que ser su hija.

Mamá decidió vestirlo con su traje de novio, como el de su padre. Ella quería verle así de guapo. Manuel no le dijo nada a Mamá que vivía ese dolor como si de verdad ese niño fallecido fuese suyo y nadie se atrevería a decir que no lo era. Ella estuvo con él todos esos años tan felices y tan difíciles. Nadie hubiera imaginado en la tienda de trajes para novio que aquel chaqué junior iba a ser también el último traje de aquel niño tan especial. Nunca les llevamos las fotos.

Creo que ya vienes, voy a llamar a tu padre para irnos al hospital pero no es hoy, hijo, es mañana el día. Tal vez no quieras hacer coincidir fechas, tal vez quieras dejar la memoria de tu tío sola en

el calendario para que la alegría de tu llegada no la empañe. Leí un poema que llegó a la editorial y este verso me viene a la mente, hijo mío: *“No es que quiera cambiar el futuro.*

No es eso, es sólo... que las ilusiones son inevitables...”

Sea como sea nos vamos al hospital, además acabo de llenar el último folio en blanco con esta memoria que ahora es tuya para siempre.

Tomado de: Pedro Crenes Castro. *El boxeador catequista*,
Foro/taller Sagitario Ediciones, 2013.

Roberto Pérez-Franco. Nació en Chitré el 26 de abril de 1976. Crece en la Heroica Villa de Los Santos, la cual lo designa hijo meritorio en 1999. Escritor desde la adolescencia, ha publicado cinco colecciones de cuento: “Cuando florece el macano” (Chitré, 1993), “Confesiones en el cautiverio” (1995), “Cierra tus ojos” (2000), “Cenizas de ángel” (2006), y “Catarsis” (2008). Merece diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”, organizado por la Universidad Tecnológica de Panamá, en 2005. Ha publicado cuatro compilaciones de su obra: “Cuentos selectos” (2008), “Textos escogidos” (2008), “Textos selectos sobre la Heroica Villa de Los Santos” (2008) y “Tinta seca” (2012). Egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2001, es el primer panameño en completar Maestría (2004), Doctorado (2010) y Postdoctorado (2011) en Logística y Administración de la Cadena de Suministro en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Reside en Massachusetts.

La intrusa

*«What a wicked thing to do to make me dream of you»
Chris Isaak*

Reconozco que nunca acepté como normal el hecho de que, tras dos décadas, todavía soñase con frecuencia con una antigua novia de mis días de adolescente. Tuve muchas otras mujeres durante los años de soltería que siguieron a nuestra separación, incluso más hermosas. Hace diecisiete años me casé con la mejor de ellas, y construí a dúo un hogar feliz, con hijos y todo. Sin embargo, ninguna otra mujer se entrometía en mis sueños, sólo aquella novia del pasado.

Ya la habría olvidado por completo, si no fuese por sus inoportunas irrupciones. No habría queja si al menos hubiese permanecido tranquila, en una esquina del sueño, sin molestar hasta

el amanecer. Pero ella porfiaba en tomarse el centro del escenario: aparecía desnuda ya y haciendo el amor conmigo, sin juego previo o consentimiento de mi parte. Lo cual es extraño, porque nunca tuvimos relaciones cuando éramos novios. Aquellos tiempos eran distintos, y nosotros éramos más tímidos que el promedio, y muy jóvenes. He ahí el otro problema: ella retenía en mis sueños las formas de su juventud: las piernas firmes y los senos turgentes, en punto de caramelo.

En cierto momento del coito onírico –cosa curiosa– aparecía en mí el vago recuerdo de que los años habían pasado y yo era ahora (si es que la palabra *'ahora'* tiene algún sentido en este contexto) un padre de familia, con una esposa y un hogar bajo mi responsabilidad. Pero mis argumentos no lograban convencer a la chica del sueño de que debíamos respetar la santidad de mi matrimonio, ni tampoco conseguía –o peor: no quería– zafarme por mi cuenta de su abrazo, para irme a pastar en prados más castos.

Lo que me molestaba no era haber experimentado alguna vez un sueño de tal corte. Me parece que es, si no justificable, al menos comprensible. Lo que empezó a preocuparme fue que estos sueños habían reaparecido varias veces cada año. Hubiese ido donde un psicólogo, si no me pareciera demasiado vergonzoso confesar semejante cosa ante un extraño, especialmente dada mi edad y estatura social.

Hace unos años vi de lejos a la intrusa. No quise saludarla, porque yo estaba junto a mi esposa en un lugar público. Pude sin embargo verificar que, como era de esperarse, el calendario había surtido efecto sobre su belleza de antaño. Sentí una urgente necesidad de acercarme y preguntarle: «¿Tú también sueñas conmigo?», o simplemente implorarle que hiciera en el futuro un esfuerzo por mantener su espejismo al margen de mis sueños. Pero no hice nada. Ella siguió caminando, sin haberme visto siquiera. Mi esposa miraba alguna otra cosa, y yo marchaba en silencio, disimulando. Luego me sentí como un cobarde, por pretender achacarle a ella la culpa de mis desvaríos.

El peor escenario se materializó una noche, no hace mucho. En medio de uno de aquellos sueños sexuales, sentí que una mano me

agarraba el hombro. A mitad de camino entre el sueño y la vigilia, el nombre antiguo se me escapó de los labios físicos. Jamás olvidaré los ojos de mi mujer mirándome a mí y a mi erección, preguntándome a quién estaba llamando dormido. Le confesé, sin poder esconderlo más, lo que había venido ocurriéndome.

– Si es solamente en sueños y no lo puedes controlar –dijo ella–, entonces no es tu culpa.

Pero cuando me rehusé a consultar a un psicólogo, se molestó. Como no logré convencerla arguyendo pudor y vergüenza propia, ensayé presentando el inconveniente de revelar a un tercero un detalle tan delicado sobre un personaje público. Cuando insinuó que tal vez yo quería conservar a la susodicha disponible en mi «cerebrito sucio» para entretenerme con ella en las noches, comprendí que la discusión iba por mal camino y decidí callar.

Con la tensión del tema pendiente, seguimos con problemas durante varios meses, hasta que al fin algo cambió: leí una mañana en el periódico que –gracias a Dios– mi antigua novia había muerto. Más bien, la habían asesinado. Su marido, de hecho, fue el autor del crimen: le pegó un tiro en la cabeza mientras ella dormía. Confieso que respiré aliviado. «Ojalá esto ponga fin a mis sueños –dije, entre ruego y sarcasmo–, y que muerto el perro, se acabe la rabia». No se lo comenté a mi esposa, pues la simple mención de aquel nombre catalizaría nuevas y apocalípticas discusiones.

Para mi gran sorpresa, esa misma noche, ya entrando la madrugada, ahí estaba ella de nuevo: mi antigua novia, en la cúspide de su juventud, con los redondos pechos de adolescente brincando como conejos, cabalgándome cual amazona fiel a los consejos de Ovidio. Al igual que en cada episodio anterior, disfruté los primeros minutos sumido en una dulce amnesia, hasta que la conciencia –que siempre llegaba de segunda– me recordó la realidad. «Soy una persona casada, y tú también –supliqué –; y para colmo estás muerta. Déjame dormir tranquilo». Pero ella se negaba con una sonrisa pícaro y me mandaba a callar, sujetándome por los hombros y meneando sus caderas con mayor rapidez y fuerza.

Entonces sucedió algo que, por alguna razón, no había pasado en los sueños anteriores: llegué al clímax, y cedí completamente a la

fantasía, gimiendo su nombre. Ella sonrió ampliamente y, sin cejar en su faena, me indagó: «¿Sabes que tu mujer te está mirando?»

Algo iba a responderle, cuando me sacudió un estruendo terrible. Tras un fulgor que lo inundó todo, vino una oscuridad de abismo. En él vislumbré el cuerpo sudoroso de mi amante, que no se detuvo en ningún momento, envuelto en un tenue resplandor como de ángel, su piel se hizo más tibia y su galope más agresivo. «¡Relájate, hombre! —dijo riendo— Ahora estaremos juntos siempre».

Cuentos españoles

Tomado de: Roberto Pérez-Franco. *Cenizas de ángel*, UTP, 2006.

José María Merino
Juan Pedro Aparicio
Cristina Fernández Cubas
Ángel Olgoso
Hipólito G. Navarro
Javier Sáez de Ibarra

Ángel Zapata
Eloy Tizón
Juan Carlos Márquez
Pilar Adón
Patricia Esteban Erlés
Marina Perezagua

José María Merino (A Coruña, 1941). Hijo Adoptivo de León, se dio a conocer en 1976 con Novela de Andrés Choz. Su novela La orilla oscura fue galardonada con el Premio de la Crítica en 1986. Ha recibido entre otros premios el Nacional de Literatura Juvenil (1993), el Miguel Delibes de Narrativa (1996), el Gómez de la Serna de Narrativa (2004) y el Torrente Ballester (2006). En Historias del otro lugar (2010) se recogen sus libros de relatos publicados hasta 2004. Luego ha publicado otros libros de cuentos: Las puertas de lo posible, 2008, El libro de las horas contadas, 2011 y La trama oculta, 2014. Su microficción completa se recoge en La glorieta de los fugitivos (2007). Ficción continua (2004) y Ficción perpetua (2014) reúnen sus ensayos. En 2013 recibió el Nacional de Narrativa por la novela El río del Edén. Ocupa el sillón "m" de la Real Academia Española.

Los libros vacíos

Aquel fue un verano muy caluroso y las noches apenas conseguían aliviar el agobio de los largos días ardientes. A las diez menos veinticinco de un viernes, cuando el calor empezaba a hacer sentir su implacable consistencia y hasta las sombras de los edificios iban perdiendo su inseguro frescor, entró un hombre en la librería dando voces. Aunque iba vestido con un pijama muy llamativo y llevaba los cabellos revueltos y el rostro sin afeitarse, Ignacio, que estaba junto a la caja, reconoció en él al propietario del caserón de la Madera, persona de pocas palabras y ademanes distantes, que viste siempre trajes oscuros. Visitante bastante asiduo de la librería, hojea muchos libros y compra alguno todas las semanas. Es al parecer el último vástago de una noble familia en el episodio final de una larga ruina. No quiere ser atendido por otro que no sea el propio Jesús, a quien se dirige en voz muy baja y con aire sigiloso, como si en lugar de estar interesándose por un libro lo estuviese haciendo partícipe de alguna confidencia.

Los que estaban en la parte de los libros técnicos, al oír las voces, imaginaron que algún borracho había irrumpido en la librería, pero cuando se asomaron a la sala principal lo oyeron claramente: “una novela”, pedía, “necesito una novela”, con el aspecto de quien se encuentra en un momento de verdadero apuro.

Ignacio reaccionó sin extrañeza, como si aquella petición angustiada fuese la cosa más natural del mundo.

- ¿Una novela?, esta misma, que acaba de llegar – dijo, y le alargó un libro de uno de los mostradores de novedades.

El hombre lo abrió y comenzó a leer a gritos, convirtiendo el texto en una salmodia disparatada.

-¡Esto parece una novela! - exclamó al fin, alzando la mirada con un brillo de esperanza en los ojos.

-Claro que es una novela – repuso Jesús- una novela muy interesante, según dicen los entendidos.

El hombre movió la cabeza dubitativamente.

-¿Pueden darme ustedes la primera parte de *En busca del tiempo perdido?*”, ¿y *El Quijote?*” - preguntó.

Ignacio y José Antonio, sin decir nada pero con una rapidez que sin duda espoleaba la curiosidad, buscaron en las estanterías los libros que pedía. El hombre dejó sobre el mostrador el que tenía en las manos y abrió uno de aquellos, hojeándolo con ansioso interés. Encontró al parecer lo que buscaba, porque lanzó un resoplido de excitación y estuvo leyendo un rato, esta vez en voz baja. Luego dejó aquel libro, tomó otro de los que le habían entregado y pasó también sus páginas, aunque con mayor calma, hasta romper a reír.

- Es cierto – decía - es cierto, son verdaderamente ellas.

En la risa del hombre parecía haberse disuelto el anterior tono angustiado y temeroso. Se puso a revolver entre las novedades, mirando un libro tras otro como si estuviese comprobando algo, hasta que, consciente de pronto de la expectación que había despertado entre la gente de la librería, desplazó sobre la concurrencia una mirada llena de cansancio y dijo que necesitaba sentarse.

-Me encuentro mareado - añadió, y le acompañaron hasta la oficina del ordenador, haciendo que se acomodase en una silla, entre las cajas de los pedidos desparramadas por el suelo.

-¿Se siente mejor? - le preguntó Alfonso al cabo de un rato.

-Mucho mejor de lo que puedan imaginarse- respondió el hombre, y suspiró. -Acabo de dejar atrás el peor trance de mi vida, una monstruosa deformidad en la que he permanecido casi veinticuatro horas.

-Bueno - dijo Marisa. -Me alegro de que haya mejorado.

- Escuche - repuso el hombre y en su voz había una renovada firmeza - siéntese y escuche, escuchen todos. Estoy empezando a salir de una experiencia que no puedo calificar sino como pesadilla grotesca, aunque los datos pareciesen demostrar que no se trataba de un sueño.

- Dijeron que tuvo un accidente - respondió Jesús.

- Lo tuve, sí, y ha sido paradójico que mi horrible experiencia haya sucedido precisamente ayer, pues el día comenzaba para mí bajo los mejores auspicios, de regreso ya del condenado sanatorio - dijo el hombre y lanzó un suspiro antes de continuar hablando.

-Tras casi tres meses de padecimientos, por eso no me han visto por aquí, primero el accidente, luego el hospital, con todas esas intervenciones y las noches de dolor, por fin el postoperatorio, con el cuerpo perforado, acribillado de agujas y de tubos, había regresado a casa y despertaba envuelto en una plácida sensación de bienestar. Abrí los ojos y, tras el desconcierto ante el cambio del lugar de mi costumbre más reciente, recuperé con alivio la familiaridad del conjunto de mi alcoba y sus objetos, hay un pequeño espejo veneciano, unas cortinas para quitar la luz y el ruido, un icono antiguo, un barómetro, y me sentí muy aliviado, el cuerpo sin molestias y en paz, no sé si habrán vivido alguna situación semejante.

-Tampoco es ninguna tontería que te hayan quitado esa muela que te estaba martirizando y despertar al día siguiente después de haber dormido sin dolores - dijo alguien.

La intención burlona del comentario no alcanzó a vencer la intensa veracidad de las palabras del hombre, que alzó la vista desconcertado, con aire de no haber entendido, pero que continuó hablando enseguida sin titubeos.

-Sentía una languidez como esa que sigue a las enfermedades de la infancia, cuando recién mudadas las sábanas que estaban empapadas de sudor, sin fiebre ya, permanecía absorto, escuchando entre la penumbra de la habitación los sonidos que daban testimonio de la vida doméstica, como un eco modesto de eso que se llama la armonía de las esferas, un tintineo de vasos, el crujido suave de las puertas, las escobas que arrastraban su vaivén en la lejanía de los pasillos. Y recuperé entonces también, sin ser todavía consciente de su origen, aquella metáfora sobre las almohadas como mejillas. Las almohadas son otras mejillas, ¿no lo recuerdan? Deberían recordarlo, no se olvida si se ha leído el libro, las almohadas son otras mejillas, y me dejé enredar, sin otra prisa que la de satisfacer mi propio gusto, en la curiosidad de recordar la procedencia de la metáfora, y la definición del tacto de las almohadas como mejillas que tocan las tuyas, evocado en algún libro, hizo más sólido el recuerdo de aquellas tardes de convalecencia, eran como mucho dos o tres, en las que la pringosa calentura y el malestar de las anginas o de la gripe, ya superado, tenía como recompensa limonadas y lecturas en la cama. Yo le pedía a mi madre los libros que me interesaban, novelas de aventuras, *Las Mil y Una Noches*, *El Libro De Oro De Los Niños*. ¿Saben si siguen editando *El Libro de Oro De Los Niños*?

Alfonso se encogió de hombros y dijo que creía que no, pero que podían consultarlo en el ordenador en aquel mismo momento, si quería, pero el otro volvió a dar un respingo de sorpresa, mostrando que sus aparentes preguntas no eran en realidad sino circunloquios del discurso. Luego sus ojos recuperaron el aire ausente y continuó.

-*El Libro De Oro De Los Niños* o unos tomos muy grandes de una enciclopedia que se llamaba Universitas donde, entre muchas otras, venía la historia de Sigfrido, con una ilustración que yo no me cansaba de contemplar, en la que se veía al héroe inclinado sobre un manantial, extendiendo una mano para recoger el agua, en actitud de quien se dispone a beber, mientras a sus espaldas, subido en una roca, el traidor Hagen alza en un brazo la lanza con que, atravesando el pequeño zurcido que señala el único punto vulnerable del héroe, va a quitarle la vida. Yo encontraba

un enorme atractivo en aquella imagen: la amenaza implacable y sin embargo detenida, como una contradicción en la propia sustancia del destino.

Quedó en silencio, perdido acaso en las imágenes que su recuerdo había convocado, y la atención de sus oyentes comenzó a dispersarse. Marisa se levantó y alguien pidió un cigarrillo. Entonces el hombre alzó los brazos y exclamó “silencio, escuchen, no he terminado”, y cuando el pequeño auditorio recuperó la quietud continuó su relato.

- Por fin, tras rechazar la remembranza de diversos libros, el lugar se encendió claramente en mi memoria: Combray.

El hombre se puso en pie y miró con intensa fijeza a los concurrentes, mientras hablaba apoyando sus afirmaciones con sacudidas verticales del dedo índice de la mano derecha:

- Es al recordar aquellas duermevelas de la niñez cuando el autor habla de las mejillas de las almohadas. Eso pensé y creí recordar también que Proust llama a las almohadas mejillas de la infancia. No estaba seguro, aunque ahora sí lo estoy, pues acabo de comprobarlo. Pero entonces, la sospecha de que aquella podía ser una exageración mía de la metáfora hizo que me obligase a vencer mi pereza, así que me levanté de la cama y me dispuse a buscar el libro para disipar definitivamente mis dudas.

El hombre se sentó otra vez y bajó la voz como los narradores que llegan al primer punto dramático de su cuento.

- Después de tantos días del mundo frío y despersonalizado del hospital, mi casa se me ofrecía con la misma apariencia sosegada de la alcoba. En las librerías, que se extienden por casi todas las habitaciones, los libros se ordenaban unos junto a otros, sin que la súbita disparidad de un solo lomo rompiera la alineación de los volúmenes, porque en eso reconozco ser bastante estricto. Y aunque los fondos de mi biblioteca están bien clasificados, conservo en la memoria la colocación de casi todos los libros, de modo que me dirigí directamente al lugar donde deberían encontrarse los distintos tomos de la obra, regresé a la cama con el primero de ellos y comencé a hojearlo, seguro de que era en las páginas iniciales donde se encontraba esa imagen de las almohadas como mejillas. ¿Pueden darme un vaso de agua?

Yolanda le alcanzó el botijo y el hombre, tras observarlo con gesto de poco agrado, lo alzó y bebió un par de sorbos, con tan poca pericia que se mojó el pijama.

- Un vaso, por favor - pidió, devolviendo el botijo e intentando sacudirse el agua de la ropa.

En la librería había entrado un cliente y, atraído por aquel grupo que se reunía al fondo, fue acercándose allí con lentitud furtiva.

-Les hablaba de la búsqueda de la metáfora - continuó el hombre, sentado otra vez. -En aquella búsqueda tuvo origen mi desasosiego y el horror que me invadió hasta que he podido echar un vistazo a las novelas que ustedes me han dado. Con ello, el día más placentero que había creído tener ante mí tras tantos meses de sufrimiento se convirtió en el escenario de una pesadilla. Sin embargo, ninguna deformidad de pesadilla había en la apariencia de las cosas que me rodeaban y me encontraba sin duda en la realidad de la vigilia, donde los objetos tenían una consistencia táctil y los sonidos de la calle eran certeros testimonios de que estaba bien despierto y que el motivo de mi horror, que no anticiparé, no se correspondía a los embelecados de lo imaginario. Dije que había regresado a la cama con el libro y que estaba intentando localizar la metáfora, pero que mis esfuerzos resultaron inútiles. Al cabo de un rato, molesto por mi torpeza, decidí releer la primera parte de la novela, no tanto para ordenar mi búsqueda como por la extrañeza que me produjo el atisbo de algunos fragmentos, mientras pasaba las páginas al azar: pues aquel libro no parecía el mismo que yo creía haber recordado. ¿No me pueden conseguir un vaso?

Yolanda musitó algo y desapareció en el almacén, mientras el hombre esperaba.

- ¿Quería algún libro? - preguntó José Antonio al cliente, pero este se encogió de hombros como dando a entender que no tenía prisa, acaso desazonado por haberse convertido de pronto en el punto de interés de la reunión.

- Aquí hay un vaso - dijo Yolanda alegremente y vertió en él agua del botijo antes de alargarlo al hombre, que lo bebió con ansia, de un tirón.

- Gracias - dijo luego el hombre - tenía la boca seca. Además, a

mí me conviene beber mucha agua, porque sufro de cálculos renales. Les hablaba de que aquel libro no parecía el mismo que creía haber recordado. Ni lo parecía, ni lo era. Lo examiné minuciosamente y descubrí que el libro recopilaba un cúmulo de recuerdos personales, no sólo privado de cualquier intención literaria, sino escrito precisamente con cuidado de no parecer novelesco. Como saben, lo más interesante de ese libro consiste en que, gracias a la maestría del autor y por haber conseguido hacer vibrar de nuevo la sustancia temporal de relaciones, sentimientos y actitudes del pasado, la evanescencia de los hechos evocados se convierte en una realidad precisa, más verdadera al resultar recreada por la obsesión del recuerdo. Pero aquello había desaparecido del texto y mi estupor descubrió luego que ni siquiera el título era exactamente el mismo, pues el libro que yo tenía en mis manos, escrito también al parecer por un tal Marcel Proust, no se titulaba como el libro famoso sino escuetamente *Memorias*. Se trataba de un libro que, se lo aseguro, no había estado antes entre los centenares de volúmenes que componen mi biblioteca, aunque pareciese idéntico en todas sus características físicas al de mi recuerdo, formato, ilustración de la portada, tipo de letra, y apareciese publicado por la misma editorial. Mi sorpresa recibió una insidiosa confirmación cuando, tras levantarme apresuradamente y buscar el resto de los tomos, comprobé que ostentaban el nuevo título y que en ellos tampoco se desarrollaba un proyecto novelesco, sino la crónica plúmbea, elaborada por un cotilla pretencioso, de banales minucias en la vida de un grupo de gentes de la alta burguesía francesa, a finales del siglo pasado. ¿Qué les parece?

Aquella vez nadie dijo nada y la actitud atenta de la concurrencia mostraba que el relato había conseguido suscitar el interés de todos.

- Como pueden ustedes suponer, el sorprendente hallazgo me llevó a revisar mi biblioteca, pues súbitamente sospeché que entre mis libros, que yo creo conocer uno a uno por la vista y por el tacto, podrían encontrarse otros textos tan extraños como aquellos. Todavía en la sugestión de mis divagaciones, busqué algunos de los libros preferidos de mi niñez y muy especialmente *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson. Y resultó que *La isla*

del tesoro de mi biblioteca, conservando todas las características externas del libro de mi recuerdo, consiste en una historia árida, insufriblemente prolija, de la piratería inglesa de los siglos XVI a XVIII, con un repertorio de los puntos de encuentro y refugio de los delincuentes que la practicaban, acompañada de diversos apéndices, entre otros del testimonio de un John *alias* Silver, que antes de ser ahorcado manifestó su arrepentimiento y relató ante un escribano sus escalofrantes fechorías bajo las órdenes de un tal Flint. ¿Comprenden?, ¡una historia de la piratería!

Uno de sus párpados se puso a temblar, ocasionándole un involuntario guiño.

- Era media tarde y mi bienestar se había vuelto tribulación. Devolví el libro al estante y busqué con temor los demás libros que, en aquellas horas de la niñez, me ayudaron a recorrer esos mundos que están hechos solamente de palabras. Pero toda la sustancia novelesca y fabulosa, esa vibración especial que da vida verdadera a una simple serie de palabras escritas, había desaparecido de ellos. Los ejemplares eran idénticos en su aspecto material, como les dije, y cuando se trataba de los que he conseguido conservar a través de tantos años, presentaban la misma apariencia de deterioro que ocasionó en ellos la sucesión de innumerables lecturas fervorosas. En ellos figuraban los mismos autores y los mismos traductores, cuando no se trataba de versiones originales. Los motivos de la cubierta, la clase de papel, la disposición tipográfica, eran los mismos, pero el contenido novelesco había sido sustituido por descripciones de la pura realidad, pertenecientes al campo de la historia, de la sociología o de la psicología. En una metamorfosis que no sé si serán capaces de imaginar, Heidi, Tom Sawyer, Robinson Crusoe, Antoñita, un tal Hans Pfaall, Ivanhoe, d'Artagnan, el capitán Nemo y todos aquellos personajes habían dejado de vivir aventuras y peripecias más o menos dramáticas para sustituirlas por una especie de inanes testimonios, como los escuetos atestados de la guardia civil. Más agua, por favor.

Las manos de los concurrentes llevaron hasta él el botijo y le sirvieron agua con el cuidado que se pone en la ejecución de los gestos litúrgicos. El hombre apuró el vaso con avidez, antes de continuar.

- Pensé en ello, sí, reflexioné durante bastante tiempo sobre el

asunto y al fin decidí buscar la novela que podría devolverme algo de tranquilidad o dejarme perdido en aquel delirio, que todavía no sé hasta dónde hubiera podido conducirme. Tomé con verdadero miedo una de las ediciones que tengo. La obra era aparentemente la misma, pero no se titulaba como el libro inmortal, sino *Vida de don Alonso Quijano, llamado el Bueno*. Al parecer narraba, con detalle meticuloso, la vida ejemplar de un hidalgo devoto que, a finales del siglo XVI, hizo una fulgurante carrera eclesiástica y murió en olor de santidad, tras fundar un famoso hospital de locos. Tal descubrimiento acabó con los últimos restos de aquella tranquilidad que había comenzado a renacer en mí tras el accidente y las interminables jornadas del hospital, llenas de pesadillas. Y aunque temía que todos mis esfuerzos pudieran dar como resultado parecida decepción, en las horas siguientes repasé muchísimos libros de mi biblioteca, que han quedado desparramados por el suelo de mi casa como restos de algún cataclismo. Comprobé que no había ninguno que pudiera ser considerado como novela, del mismo modo que no había ningún libro de poemas, ninguna pieza teatral. Todo eso que se llama ficción literaria había desaparecido. Se mantenían los libros, como les he dicho antes, pero vaciados totalmente de su sustancia imaginaria. No me dio tiempo a repararlos todos, pero creo que ninguna invención fabulosa permanecía en aquellas estanterías. Para calmarme, decidí descansar unas horas y poner en orden mis sentimientos. Analicé entonces la posibilidad de que se tratase de un sueño, pero como les he dicho, la solidez de todo lo que me rodeaba carecía de ese fulgor inconsistente, vaporoso, de las cosas que se sueñan. Por fin me pareció comprender, mientras intentaba conservar el equilibrio del juicio, que por alguna razón que desconocía, en ninguno de mis libros se encontraba ya lo que yo había conocido bajo la forma de fabulación literaria. Y eso, teniendo en cuenta que cada libro no es sino un individuo de una gran familia de seres idénticos, me hizo sospechar que tal fabulación había desaparecido súbitamente del mundo o que, por causas que no podía imaginarme, relacionadas acaso con mi accidente, había venido a parar a un mundo donde la ficción literaria no existía. En la razonable secuencia de tal hipótesis, vine luego a temer que todo

lo que yo llamaba literatura no fuese sino el producto de sueños y desvaríos de mi razón, una compleja engañifa de mi mente. Pensé que quizá había soñado que existían tales ficciones, que estaban impresas en los libros, y lo que, con toda lógica, eran únicamente testimonios y documentos que reflejaban la simple realidad, habían sido en mi sueño historias inventadas y narradas de una manera peculiar. Pero descarté al fin tal objeción, pensando en los naturales límites que, de existir, debería tener mi locura. Pues por ese camino de alucinación pudiera haber imaginado algún libro como aquellos, fabuloso y ficticio, pero no ese cúmulo que me llenaba la cabeza y centelleaba simultáneo en mi memoria. Me pareció inverosímil atribuir a la quimera o al desvarío, no solo las tramas y los estilos, sino tantos y tan diversos asuntos como la clasificación y denominación de los géneros o todo lo que se me ocurría de pronto en materia de historia y crítica literaria. Y me pregunté cómo serían las cosas, si había venido a despertar en un mundo sin literatura. Pues en mi mundo habitual, en este en el que ahora parece que sigo estando, buena parte de mi ser se plasmaba y guarecía en las novelas y en los poemas, y la literatura había llegado a convertirse, por encima de las leyes, las culturas y las fronteras, en una pacífica vía de conocimiento y de comunión con los otros, en un sólido refugio. La literatura nos había acostumbrado a la imaginación, nos había enseñado a conocer nuestros sentimientos, había sido un escudo contra la fatalidad de los dogmas y había hecho más soportable la sangrienta y brutal realidad, haciéndonos presentir la posibilidad de una realidad diferente. ¿No están ustedes de acuerdo conmigo?

Por un momento pareció que Ignacio iba a decir algo, pero se mantuvo en silencio, como los demás. El hombre siguió hablando.

-Me puse a contemplar la calle desde el balcón y me pareció encontrar un aire amedrentado en las figuras solitarias que se apresuraban entre la lividez del amanecer. Decidí que, cuando fuese de día, intentaría encontrar la explicación del cambio o despertaría acaso de mi sueño, si de eso se trataba. Pensé que, si mi temor se confirmaba y la literatura no existía en el mundo al que había venido a parar, debía plantearme de inmediato la reconstrucción de todas las ficciones de mi recuerdo. Pues del mismo modo que esa imagen

de Proust cuyo sentido exacto ya nunca podría recuperar, toda la literatura que había conocido iría borrándose de mi memoria, y llegaría un momento en el que creería que nunca había existido sino en la insegura frontera de mis ilusiones. Así resolví que, por lo menos, intentaría transcribir, con sus asuntos y una explicación de la forma que su autor les dio, una idea certera de las ficciones que conozco, todas esas que ya nunca podría releer. Me senté a la mesa de mi estudio y fui anotando en un folio la referencia de los libros que iba a comenzar a reseñar: la historia de Odiseo, la de Lázaro de Tormes, la de Don Quijote, la de madame de Rênal, la del Capitán Ahab, la de Tirante el Blanco, la de madame Bovary, la de Edmond Dantès, la de los Snopes, la de Gregorio Samsa, la de Hans Canstorp, la de Pedro Páramo, la del marqués de Bradomín, la de Juntacadáveres. Escribía febrilmente, pero de pronto sentí un enorme desánimo al considerar lo difícil de aquella labor, pues la mera anécdota no es sino un espectro de las historias, y al faltar el texto preciso las historias quedarían también vacías. Entonces los ruidos de la calle me hicieron comprender que había comenzado la vida de la ciudad. Recordé la librería y salí corriendo de casa para comprobar si también aquí había tenido lugar la terrible metamorfosis.

-Pues parece que aquí los libros siguen siendo como siempre-dijo José Antonio.

Era uno de esos días de verano en que los clientes son más escasos y menos madrugadores, y casi todos habían permanecido escuchando con interés aquella extraña confesión.

-Permítame que siga comprobándolo – respondió el hombre.

Se levantó y, después de entrar en el almacén, empezó a merodear entre las estanterías y se pasó el resto de la mañana sacando libros y leyendo en voz alta largas parrafadas.

A la una y media, Alonso entró a decirle que iban a cerrar, para el almuerzo. Salieron a la calle y el hombre, con su pijama y el pelo alborotado, tenía un aspecto a la vez estrambótico y desvalido.

-No me atrevo a ir a mi casa -dijo con la voz quebrada. -Tengo miedo de esos libros.

-Yo le acompaño, no se preocupe -dijo Jesús.

Cuando volvieron a abrir por la tarde, la gente le preguntó a Jesús por el hombre de la absurda historia de la mañana.

-Dice que en esa casa vivieron Quevedo y Boccherini - contó Jesús. -Tiene un patio que parece un vertedero. Por lo que toca a los libros, yo no he visto tantos centenares como él dice. Algunas estanterías en varias habitaciones, eso sí, tres armarios de madera de esos antiguos, con puertas de cristal, un par de Quijotes, lo de Proust, mucha cosa de aventuras y fantástica. Pero el hombre se ha quedado completamente tranquilo, porque todas las novelas son otra vez novelas. Hay que ver las cosas que uno llega a oír en la vida.

Juan Pedro Aparicio (León, 1941). En 1975 publica su primer libro, El origen del mono y otros relatos. Con su novela El año del Francés (1986) consigue un amplio reconocimiento, confirmado con el Premio Nadal en 1989 por Retratos de ambigü. Su última novela Nuestros hijos volarán con el siglo (2013) tiene como protagonista a Jovellanos. Del resto de su obra habría que destacar La forma de la noche (1994) o su díptico de microrrelatos La Mitad del Diablo y El juego del Diábolito. Su libro de viajes El transcantábrico ha inspirado la creación de un tren turístico con el mismo nombre. Premio Setenil de Cuentos 2005 al mejor libro de relatos publicado ese año por La vida en blanco. Parte de su obra ha sido traducida al chino, ruso, inglés, alemán y otros idiomas. Acaba de publicar el libro de microrrelatos London Calling.

La miel de Oxaca

Doña Antidia era la casera de mis abuelos; ella vivía en el segundo piso; mis abuelos, en el tercero. Se trataban de usted, lo que a mí me chocaba siendo un niño, pues yo a mis abuelos les decía de tú y también a doña Antidia, cuando ocasionalmente la visitaba, algo que me gustaba mucho hacer, pues doña Antidia tenía un loro. A veces bajaba a su piso con mi tía o con mi abuelo y mientras le pagaban la renta en mano, que así se hacían entonces las cosas, con muy poca intervención de los bancos, yo le preguntaba al loro “¿qué es esto, lorito?” y le enseñaba mi cartera de colegial o alguna de mis canicas; y el loro contestaba de la misma manera siempre, indiferente a lo que se le enseñara:

-Es pera, es pera- decía y luego añadía el nombre de su dueña.

Aunque la conocí ya anciana, algo mayor incluso que mis abuelos, doña Antidia, como es natural, no había sido siempre anciana. Primero fue una niña, hija única y muy querida por su madre, la primera doña Antidia antes que ella, que yo sepa, y luego una joven huérfana, bellísima y algo rara. La madre murió joven y muy rica. Doña Antidia,

ésta de la que hablo, fue, pues, doña Antidia por herencia también, como si al recibir la fortuna de su madre, viuda muy temprana, heredase al mismo tiempo ese tratamiento que le confería un punto demasiado prematuro de solemnidad.

Aseguraban que la madre había sido muy guapa, pero que la hija la superaba con creces. Mi recuerdo de ella es muy vago. La veo más bien como una silueta sin rasgos concretos, casi como esas tallas de madera de las iglesias, cuya antigüedad se mide por leves desconches en la policromía.

Según supe luego, mi abuela no acababa de ver con buenos ojos que mi abuelo bajase a pagarle la renta personalmente, ni siquiera cuando iba en compañía de mi tía Josefina, su hija. Creo que llegó a decir que esa mujer tenía fuego en el cuerpo por más que pareciese una barra de hielo. Mi abuelo se reía con ganas, y mi tía y yo nos reíamos también; yo, porque ellos reían.

-O sea como la tierra, con su núcleo incandescente -decía mi abuelo, con picardía.

A la muerte de la madre, un tío suyo fue nombrado su tutor hasta que cumpliera la mayoría de edad, que por entonces estaba en los veintitrés o veinticinco años para la mujer. Don Anselmo era propietario y director de un colegio de enseñanza media en la ciudad. Con fama de severo y escrupuloso, cuidó de ella y de su fortuna con una ejemplaridad y perseverancia, que muy probablemente no prestó a sus propios asuntos, colegio, hacienda e hijos incluidos, que tenía cuatro. Eso le hacía también ser muy exigente con la joven, aunque, para sorpresa de todos, le permitió el capricho o la excentricidad, según se mire, de continuar sola en la casa donde había vivido con sus padres; acaso don Anselmo escondía, tras aquella concha de dureza, un corazón melancólico; aunque algunos llegaron a decir que consintió para evitar mezclarla con sus cuatro hijos varones.

La portera de la finca, Catalina, viuda también temprana y con un solo hijo, precisamente de la misma edad que Antidia, subía a la vivienda de la joven dos veces al día para hacerle la casa y la comida y en fin atenderle en todas aquellas cosas que pudiese necesitar, lo que realizaba con generosa dedicación y meticulosa puntualidad.

Un día Catalina no subió, sino que lo hizo su hijo Armando, un chico algo tímido, rubio y de muy agradable trato. Un fuerte lumbago había atacado a la madre que había aguantado sin tratamiento durante más de dos semanas; eran otros tiempos naturalmente y esas tareas domésticas no se consideraban propias de varón. Armando barrió y fregó el suelo e hizo la cama de la joven, eso sí, colorado como un tomate y sin levantar la vista del suelo.

Antidia sintió no sólo vergüenza sino también un sorprendente sentimiento de injusticia, y no porque Armando fuera varón, sino porque fuera pobre o no fuera rico como ella, algo que no había experimentado antes, cuando Catalina barría y fregaba.

-De ninguna manera -dijo-. Eso es algo que debo hacer yo. Y no quiero discutirlo contigo ni con nadie.

Pero Antidia, que también era tímida, lo era más con Armando y no fue capaz de imponer su autoridad. Se impuso naturalmente la de Armando, con la obstinación del tímido también.

- De ninguna manera. Esta es obligación de mi madre, y por tanto mía -contestó.

De modo que, mientras Armando enrojecía, estirando y arremetiéndole las sábanas de la cama de Antidia, ésta, en el vértice del pasillo, desde el que se dominaba parcialmente su dormitorio, enrojecía también, mirándole a hurtadillas. Y su rubor era una revelación indeseada, por lo que descubría de sí misma y por lo que se descubría a sí misma, rubor de mujer a la que el deseo sorprende como una lluvia súbita.

-Adiós, hasta mañana -se dijeron luego los jóvenes, acabada la faena de Armando.

Fórmulas de cortesía, tan indiferentes, que, de no ser por un pequeño trémolo en la voz que uno y otro percibían recalcado no sólo en sus oídos sino en todo su cuerpo, nada hubieran significado.

Un día Armando le subió un tarro de miel que él mismo había recogido en la casa de sus abuelos en La Montaña de Lot, era una miel del color del pelo de Antidia y Armando se lo dijo, tan turbado como si le estuviera confesando su amor.

-Dice mi abuelo que con esto puedes subir a la montaña sin volver la vista atrás. Esto es como el sol embotellado. Te sentará bien.

Y al decir todo esto enrojeció mucho más que cuando le estiraba las sábanas a Antidia para hacerle su cama.

Antidia le dio las gracias, con el tarro de miel en sus manos. Lo levantó a la altura de los ojos para ver el color y, súbitamente arrepentida, lo bajó hacia su regazo; luego, creyendo que ese gesto podía desairar a Armando, lo volvió a subir, pero enseguida lo volvió a bajar, para dejarlo esta vez sobre la mesa y en seguida volverlo a tomar.

Catalina, ya repuesta de su lumbago, volvió a ocupar el lugar de su hijo, que sólo una o dos veces más subió a la segunda planta, siempre con un tarro de miel entre las manos. Un día Armando no regresó a la segunda planta, y tampoco a su casa. Desapareció. Si su madre llegó a conocer su paradero nunca lo mencionó.

-Volverá rico o no volverá- le dijo a Antidia en un tono de leve despecho, entre agresivo y orgulloso, como si la culpara de algo.

Hubo además algún rumor por el vecindario, un rumor antipático, que no le hacía justicia a don Anselmo, el tutor de Antidia, ni tampoco a Armando. Lo que opina una ciudad es una destilación de emociones no siempre benévolas ni sanas. Mi misma tía oyó un comentario en la tienda de ultramarinos sobre una queja de don Anselmo, de quien se aseguraba que no gustaba una supuesta familiaridad entre los jóvenes. A Antidia probablemente nunca le llegaron estos rumores, pues ella siguió con su vida recogida, por más que la ciudad percibiera cómo crecía en ella, desde la partida de Armando, con la mórbida insistencia de un tumor, un rastro de melancolía.

Antidia, que ya había empezado a ser doña Antidia, nunca abandonó ese retraimiento. Se casaron sus cuatro primos, a los que hizo un regalo espléndido; estuvo en sus bodas y bailó con su tío y con cada uno de ellos, con nadie más. Tenía el cabello dorado y muy abundante, una mirada franca y los ojos de color azul marino. Sólo tuvo una amiga de las consideradas íntimas: la hija de un relojero próximo a su casa, que había aprendido el oficio de su padre y se pasaba las horas en el obrador, sentada a una estrecha mesita frente al escaparate que se abría a la calle con una lupa de doble cristal pegada al ojo y las minúsculas herramientas en la mano escudriñando el vientre abierto de los pequeños artefactos.

Un día, en que su amiga la acompañaba en casa, se presentó en ella un hombre ya maduro, que se denominó a sí mismo un regresado de la aventura americana. Contó que estaba enfermo del pulmón y que, camino de su tierra para morir en ella, traía un obsequio para doña Antidia, un regalo anónimo, el nombre de cuyo remitente no estaba autorizado a revelar. Se trataba del loro que yo conocí de niño, con su correspondiente jaula.

El hombre, antes de despedirse, enseñó a doña Antidia cómo hablarle al loro para que éste contestase, según los deseos expresos del anónimo remitente:

*Campanita, campanera,
blanca por dentro,
verde por fuera,
si no lo adivinas piensa y espera.*

Inmediatamente el loro decía:

-Es pera, es pera, Antidia.

Murió don Anselmo, quien había sido su tutor, murieron sus primos, murieron incluso algunos de los hijos de sus primos ya mayores y en la ciudad se decía, yo mismo lo oí:

-Doña Antidia se ha casado con un loro.

*Si no lo adivinas,
piensa y es pera*

Murió su amiga la relojera. Murieron mis abuelos y mis padres, pero no doña Antidia, que muy difícilmente se dejaba ver, al cuidado de una inmigrante peruana de nombre María Piedad del Camino Grande.

Y un día ocurrió lo que ya parecía imposible: Doña Antidia murió también. Tenía más de cien años, ciento doce según parece, pero su muerte fue tan extraña que tuvo que intervenir la policía y la inmigrante peruana fue detenida como sospechosa de asesinato. La peruana, a decir de la mayoría de los vecinos, era una mujer cariñosa y de toda confianza, que, la cuidaba como a una madre, mejor, como a una abuela. Pero toda esa buena fama no sirvió de nada y María Piedad fue procesada. "Nos ha engañado a todos; María Piedad sólo quería el dinero de la anciana", se decía.

Podía ser, porque en la vida ocurren esas cosas y la excesiva

longevidad de la gente ha traído una nueva forma de delinquir entre esas personas que se dedican a cuidar de los ancianos. Muchas muertes sospechosas no llegan siquiera a los juzgados, por pereza o por desidia, al fin y al cabo se piensa que después de los ochenta no queda más que irse con sigilo, sin dejar trabajo aquí para los vivos.

El caso de doña Antidia fue especial, sin embargo. Doña Antidia había muerto, si es que había muerto, sin dejar una sola nota escrita de última voluntad. No había ni un leve legado, ni una manda, nada que favoreciera los intereses económicos de la pobre inmigrante peruana. Pero además, y esto es lo determinante, tampoco había cadáver.

La falta de cadáver exoneraba a la peruana de la acusación formal de homicidio, pero no del acrecentamiento continuado de las sospechas. María Piedad del Camino Grande declaró a la policía que vio morir a doña Antidia, que la vio consumirse de súbito como una mecha de pólvora, de un solo fogonazo más acústico que visual, puuum, dijo ella, o sea sin fuego, pasando de su estado natural a cenizas.

Pero eso lo declaró muchos días más tarde, porque, según dijo en comisaría, de ningún modo se atrevió a denunciar tan extraordinaria muerte, y huyó muy asustada de la ciudad, aunque la policía la encontrara muy fácilmente en Barcelona tres días después de haber abierto el piso de doña Antidia a instancias de unos vecinos alarmados porque nadie había salido ni entrado en los últimos veinte días.

La policía parece que pudo determinar que las cenizas procedían de la combustión de materia orgánica, pero de ahí no pudo pasar. Es cierto que al abrir el piso se encontró con una casa reluciente, ordenada, limpia como los chorros del oro, limpia como sólo acreditaba el reconocido quehacer doméstico de María Piedad del Castillo Grande; con sólo dos anomalías o dos imperfecciones entre tanta pulcritud de sacristía: el compacto montoncito de polvo que había en la jaula del loro, cerrada pero vacía y las cenizas que se derramaban por el suelo desde uno de los sillones de lo que doña Antidia y mis abuelos llamaban la galería.

María Piedad del Camino Grande declaró también que el día de

su muerte, se había presentado en la casa de doña Antidia un joven moreno, con un aire exótico muy agradable. Venía de México.

Fue la peruana quien le abrió la puerta.

-Verá -dijo el joven- Este es un recado para Antidia Ramos. Era una joven que vivía aquí sola hacia 1942 o 1943.

Doña Antidia, desde el vértice del pasillo, tuvo que sentarse a medio desmayar.

-Un joven le trae esto para usted- dijo la peruana, ofreciéndole un tarro de miel.

-Es de Oxaca -dijo el joven desde la puerta, si se la toma no necesitará mirar atrás para subir a la montaña. Es como sol embotellado.

La peruana se detuvo aquí, incapaz de continuar con su declaración. Así que no es fácil averiguar lo que pasó después. Ni la propia María Piedad del Castillo Grande era capaz de dar una sola versión de los hechos. En una ocasión manifestó que doña Antidia le pidió al joven que abriera el tarro, que luego tomó con la punta de un dedo un poquito de la miel y que se la llevó a la boca, que finalmente, cuando pareció querer abrazar al joven, se convirtió en cenizas. Pero volvió a contradecirse, contando otra vez que doña Antidia, tras probar la miel, llegó a abrazar al joven, y que luego, vuelta a su sillón de mimbre, se disolvió en el aire, como cenizas volátiles, como motas de un polvo grisáceo, casi negro.

-¡Cosa del diablo, señor! -exclamó la peruana con el mismo susto del primer día.

¿Y el loro, también probó de ese tarro? -le preguntó un policía, en son de burla.

-No lo puedo recordar, señor -contestó una muy compungida María Piedad del Castillo Grande.

La policía analizó el tarro para concluir que la miel de Oxaca era de una calidad excelente. Lo que nadie hizo fue compararla con la que a veces le traía de la colmena de sus abuelos aquel joven Armando que se perdió en las Américas, aquel que había dejado un rastro de tristeza creciente en Doña Antidia.

Sin embargo las contradicciones en que incurría la peruana

no eran sustantivas. Y en algo, se mantenían invariables. Siempre relacionaba la miel, esa miel que untada en la punta de su dedo había probado doña Antidia, con su transformación súbita en cenizas, como si el fruto de una combustión antigua hubiese esperado ese preciso momento para hacerse visible.

Muchas veces he recordado las palabras de mi abuela. “Un fuego interior la consume”, decía hablando de doña Antidia. Sin duda intuía la naturaleza ardiente de una personalidad retraída y deseosa, consumida por una lenta combustión que se manifestó de repente en el final de sus días, mejor dicho, en el último instante de su vida. El fuego del amor incumplido, prometido, esperado, que no llegó, o que llegó tarde, a través de un heraldo que no podía traspasar las barreras del tiempo.

Pero, ¿por qué ocurrió lo mismo con el loro en su jaula? Nadie lo sabe.

Cristina Fernández Cubas (*Arenys de Mar, 1945*). Su primer libro de cuentos, *Mi hermana Elba, apareció en 1980. Luego Los altillos de Brumal (1983), El ángulo del horror (1990), Con Aghata en Estambul (1994), Parientes pobres del diablo (2006, Premio Setenil del mismo año). En 2009, Todos los cuentos, que reúne toda su obra hasta esa fecha, recibió los premios Ciudad de Barcelona, Salambó, Qwerty y Tormenta. Es también autora de las novelas El año de Gracia y El columpio y de la obra de teatro Hermanas de sangre. Su libro de memorias narradas, Cosas que ya no existen obtuvo el Premio NH Hoteles para Cuentos de 2001. La habitación de Nona (2015) es su libro más reciente.*

El ángulo del horror

Ahora, cuando golpeaba la puerta por tercera vez, miraba por el ojo de la cerradura sin alcanzar a ver, o paseaba enfurruñada por la azotea, Julia se daba cuenta de que debía haber actuado días atrás, desde el mismo momento en que descubrió que su hermano le ocultaba un secreto, antes de que la familia tomara cartas en el asunto y estableciera un cerco de interrogatorios y amonestaciones. Porque Carlos seguía ahí. Encerrado con llave en una habitación oscura, fingiendo hallarse ligeramente indispuerto, abandonando la soledad de la buhardilla tan sólo para comer, siempre a disgusto, oculto tras unas opacas gafas de sol, refugiándose en un silencio exasperante e insólito. «Está enamorado», había dicho su madre. Pero Julia sabía que su extraña actitud nada tenía que ver con los avatares del amor o del desengaño. Por eso había decidido montar guardia en el último piso, junto a la puerta del dormitorio, escrutando a través de la cerradura el menor indicio de movimiento, aguardando a que el calor de la estación le obligara a abrir la ventana que asomaba a la azotea. Una ventana larga y estrecha por la que ella entraría de un salto, como un gato perseguido, la sombra de cualquiera de

las sábanas secándose al sol, una aparición tan rápida e inesperada que Carlos, vencido por la sorpresa, no tendría más remedio que hablar, que preguntar por lo menos: «¿Quién te ha dado permiso para irrumpir de esta forma?». O bien: «¡Lárgate! ¿No ves que estoy ocupado?». Y ella vería. Vería al fin en qué consistían las misteriosas ocupaciones de su hermano, comprendería su extrema palidez y se apresuraría a ofrecerle su ayuda. Pero llevaba más de dos horas de estricta vigilancia y empezaba a sentirse ridícula y humillada. Abandonó su posición de espía junto a la puerta, salió a la azotea y volvió a contar, como tantas veces a lo largo de la tarde, el número de baldosas defectuosas y resquebrajadas, las pinzas de plástico y las de madera, los pasos exactos que la separaban de la ventana larga y estrecha. Golpeó con los nudillos el cristal y se oyó decir a sí misma con voz fatigada: «Soy Julia». En realidad tendría que haber dicho: «Sigo siendo yo, Julia». Pero ¿qué podía importar ya! Esta vez, sin embargo, aguzó el oído. Le pareció percibir un lejano gemido, el chasquido de los muelles oxidados de la cama, unos pasos arrastrados, un sonido metálico, de nuevo un chasquido y un nítido e inesperado: «Entra. Está abierto». Y Julia, en aquel instante, sintió un estremecimiento muy parecido al extraño temblor que recorrió su cuerpo días atrás, cuando comprendió, de pronto, que a su hermano le ocurría *algo*.

Hacía ya un par de semanas que Carlos había regresado de su primer viaje de estudios. El día 2 de septiembre, la fecha que ella había coloreado de rojo en el calendario de su cuarto y que ahora le parecía cada vez más lejana e imposible. Lo recordaba al pie de la escalerilla del jumbo de la British Airways, agitando uno de sus brazos, y se veía a sí misma, admirada de que a los dieciocho años se pudiera crecer aún, saltando con entusiasmo en la terraza del aeropuerto, devolviéndole besos y saludos, abriéndose camino a empujones para darle la bienvenida en el vestíbulo. Carlos había regresado. Un poco más delgado, bastante más alto y ostensiblemente pálido. Pero Julia le encontró más guapo aún que a su partida y no prestó atención a los comentarios de su madre acerca de la deficiente alimentación de los ingleses o las excelencias incomparables del clima mediterráneo. Tampoco, al subir al coche, cuando su hermano se mostró encantado

ante la perspectiva de disfrutar unas cuantas semanas en la casa de la playa y su padre le asateó a inocentes preguntas sobre las rubias jovencitas de Brighton, Julia rió las ocurrencias de la familia. Se hallaba demasiado emocionada y su cabeza bullía de planes y proyectos. Al día siguiente, cuando sus padres dejaran de preguntar y avasallar, ella y Carlos se contarían en secreto las incidencias del verano, en el tejado, como siempre, con los pies oscilantes en el extremo del alero, como cuando eran pequeños y Carlos le enseñaba a dibujar y ella le mostraba su colección de cromos. Al llegar al jardín, Marta les salió al encuentro dando saltos y Julia se admiró por segunda vez de lo mucho que había crecido su hermano. «A los dieciocho años», pensó. «¡Qué absurdo!» Pero no pronunció palabra.

Carlos se había quedado ensimismado contemplando la fachada de la casa como si la viera por vez primera. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha, el ceño fruncido, los labios contraídos en un extraño rictus que Julia no supo interpretar. Permaneció unos instantes inmóvil, mirando hacia el frente con ojos de hipnotizado, ajeno a los movimientos de la familia, al trajín de las maletas, a la proximidad de la propia Julia. Después, sin modificar apenas su postura, apoyó la cabeza en el hombro izquierdo, sus ojos reflejaron estupor, el extraño rictus de la boca dejó paso a una inequívoca expresión de lasitud y abatimiento, se pasó la mano por la frente y, concentrando la vista en el suelo, cruzó cabizbajo el empedrado camino del jardín.

Durante la cena el padre siguió interesándose por sus conquistas y la madre preocupándose por su mal color. Marta soltó un par de ocurrencias que Carlos acogió con una sonrisa. Parecía cansado y soñoliento. El viaje, tal vez. Besó a la familia y se retiró a dormir.

Al día siguiente Julia se levantó muy temprano, repasó la lista de lecturas que Carlos le había recomendado al partir, reunió las cuartillas en las que había anotado sus impresiones y se encaramó al tejado. Al cabo de un buen rato, cansada de esperar, saltó a la azotea. La ventana de su hermano se hallaba entornada, pero no parecía que hubiese nadie en el interior del dormitorio. Se asomó a la balaustrada y miró hacia el jardín.

Carlos estaba allí, en la misma posición que la noche anterior,

contemplando la casa con una mezcla de estupor y consternación, inclinando la cabeza, primero a la derecha, luego a la izquierda, clavando la mirada en el suelo y cruzando abatido el empedrado camino que le separaba de la casa. Fue entonces cuando Julia comprendió, de pronto, que a su hermano le ocurría *algo*.

La hipótesis de un amor imposible fue cobrando fuerza en los tensos almuerzos de la casa. Una inglesa, una rubia y pálida jovencita de Brighton. La melancolía del primer amor, la tristeza de la distancia, la apatía con la que los jóvenes de su edad suelen contemplar todo lo que no haga referencia al objeto de su pasión. Pero eso fue al principio. Cuando Carlos se limitaba a mostrarse huraño y esquivo, a sobresaltarse ante cualquier pregunta, a evitar su mirada, a rechazar las caricias de la pequeña Marta. Tal vez, en aquel momento, debía haber actuado con firmeza. Pero ahora Carlos acababa de pronunciar: «Entra. Está abierto», y ella, armándose de valor, no tenía más remedio que empujar la puerta.

Al principio no acertó a percibir otra cosa que un calor sofocante y una respiración entrecortada y lastimera. Al rato, aprendió a distinguir entre las sombras: Carlos se hallaba sentado a los pies de la cama y en sus ojos parecían concentrarse los únicos destellos de luz que habían logrado atravesar su fortaleza. ¿O no eran sus ojos? Julia abrió ligeramente uno de los postigos de la ventana y suspiró aliviada. Sí, aquel muchacho abatido, oculto tras unas inexpugnables gafas de sol, con la frente salpicada de relucientes gotitas de sudor, era su hermano. Sólo que su palidez le parecía ahora demasiado alarmante, su actitud demasiado inexplicable, para que pudiera justificarlo en lo sucesivo a los ojos de la familia.

–Van a llamar a un médico –dijo.

Carlos no se inmutó. Siguió durante unos minutos con la cabeza inclinada hacia el suelo, entrechocando las rodillas, jugueteando con sus dedos como si interpretara una pieza infantil sobre el teclado de un piano inexistente.

–Quieren obligarte a comer... A que abandones de una vez esta habitación inmundada.

A Julia le pareció que su hermano se estremecía. «La habitación», pensó, «¿qué encontrará en esta habitación para permanecer aquí

durante tanto tiempo?» Miró a su alrededor y se sorprendió de que no estuviera todo lo desordenada que cabía esperar. Carlos, desde la cama, respiraba con fuerza. «Va a hablar», se dijo y, sofocada por la agobiante atmósfera, empujó tímidamente uno de los postigos y entreabrió la ventana.

–Julia –oyó–. Sé que no vas a entender nada de lo que te pueda contar. Pero necesito hablar con alguien.

Un destello de orgullo iluminó sus ojos. Carlos, como en otros tiempos, iba a hacerla partícipe de sus secretos, convertirla en su más fiel aliada, pedirle una ayuda que ella se apresuraría a conceder. Ahora comprendía que había obrado rectamente al montar guardia junto a aquella habitación en sombras, actuando como una ridícula espía aficionada, soportando silencios, midiendo hasta la saciedad las dimensiones de la tórrida y solitaria azotea. Porque Carlos había dicho: «necesito hablar con alguien...». Y ella estaba allí, junto a la ventana entreabierta, dispuesta a registrar atentamente todo cuanto él decidiera confiarle, sin atreverse a intervenir, sin importarle que le hablara en un tono bajo, de difícil comprensión, como si temiera escuchar de sus propios labios el secreto motivo de su desazón. «Todo se reduce a una cuestión de...» Julia no pudo entender la última palabra pronunciada entre dientes, a media voz, pero prefirió no interrumpir.

Sacó un arrugado cigarrillo del bolsillo y se lo tendió a su hermano. Carlos, sin levantar la vista, lo rechazó.

–Todo empezó en Brighton, en un día como tantos otros –continuó–. Me eché en la cama, cerré la ventana para olvidarme de la lluvia, y me dormí. Eso fue en Brighton... ¿no te lo he dicho ya?

Julia asintió con un carraspeo.

–Soñé que había concluido los exámenes con gran éxito, que me llenaban de diplomas y medallas, que, de repente, deseaba encontrarme aquí entre vosotros y, sin pensarlo dos veces, decidía aparecer por sorpresa. Me subía entonces a un tren, un tren increíblemente largo y estrecho, y, casi sin darme cuenta, llegaba hasta aquí. «Es un sueño», me dije y, enormemente complacido, hice lo posible por no despertarme. Bajé del tren y me encaminé cantando hacia la casa. Era de madrugada y las calles estaban

desiertas. De pronto me di cuenta de que me había olvidado la maleta en el compartimento, los regalos que os había comprado, los diplomas y las medallas, y que debía regresar a la estación antes de que el tren partiera de nuevo para Brighton. «Es un sueño», me repetí. «Figura que he enviado el equipaje por correo. No perdimos tiempo. Luego, a lo peor, la historia se complica.» Y me detuve ante la fachada de la casa.

Julia tuvo que hacer un esfuerzo para no intervenir. También a ella le ocurrían esas cosas y nunca les había concedido la menor importancia. Desde pequeña se supo capaz de regir algunos de sus sueños, de comprender súbitamente, en medio de la peor pesadilla, que ella, y sólo ella, era la dueña absoluta de aquella mágica sucesión de imágenes y que podía, con sólo proponérselo, eliminar a determinados personajes, invocar a otros o acelerar el ritmo de lo que ocurría. No siempre lo lograba –para ello era necesario adquirir la conciencia de la propiedad sobre el sueño– y, además, no lo consideraba especialmente divertido. Prefería dejarse embarcar por extrañas historias, como si sucedieran de verdad y ella fuera simplemente la protagonista, pero no la dueña, de aquellas imprevisibles aventuras. Una vez su hermana Marta, a pesar de sus pocos años, le contó algo similar. «Hoy he mandado en mi sueño», había dicho. Y ahora recordaba de pronto ciertas conversaciones sobre el asunto con los compañeros del instituto e, incluso, le parecía haber leído algo semejante en las memorias de una baronesa o condesa que le prestó una amiga. Encendió el arrugado cigarrillo que sostenía aún en la mano, aspiró una bocanada de humo, y sintió algo áspero y ardiente que le quemaba la garganta. Al escuchar su propia tos se dio cuenta de que en la habitación reinaba el más absoluto silencio y que debía de hacer ya un buen rato que Carlos había dejado de hablar y que ella se había entregado a estúpidas elucubraciones.

–Sigue, por favor –dijo al fin.

Carlos, después de un titubeo, prosiguió:

–Era la casa, la casa en la que estamos ahora tú y yo, la casa en la que hemos pasado todos los veranos desde que nacimos. Y, sin embargo, había algo muy extraño en ella. Algo tremendamente

desagradable y angustioso que al principio no supe precisar. Porque era exactamente *esta casa*, sólo que, por un extraño don o castigo, yo la contemplaba desde un insólito ángulo de visión. Me desperté sudoroso y agitado, e intenté tranquilizarme recordando que sólo había sido un sueño.

Carlos se cubrió la cara con las manos y ahogó un gemido. A su hermana le pareció que musitaba un innecesario «hasta llegar aquí...» y revivió, con cierta decepción, la transformación a la que había asistido días atrás en la puerta del jardín. «De modo que era eso», iba a decir, «simplemente eso.» Pero tampoco esta vez pronunció palabra. Carlos se había puesto en pie.

–Es un ángulo –continuó–. Un extraño ángulo que no por el horror que me produce deja de ser real... Y lo peor es que ya no hay remedio. Sé que no podré librarme de él en toda la vida...

Los últimos sollozos la obligaron a desviar la mirada en dirección a la azotea. De repente le incomodaba encontrarse allí, sin acertar a entender gran cosa de lo que estaba escuchando, sintiéndose definitivamente alarmada ante el desmoronamiento de aquel ser a quien siempre había creído fuerte, sano y envidiable. Quizá sus padres estuvieran en lo cierto y lo de Carlos no se remediase con atenciones ni confidencias. Necesitaba un médico. Y su labor iba a consistir en algo tan sencillo como abandonar cuanto antes aquella habitación asfixiante y unirse a la preocupación del resto de la familia. «Bueno», dijo con decisión, «había prometido llevar a Marta al cine...» Pero enseguida reparó en que su semblante desmentía su fingida tranquilidad. Las gafas de Carlos la enfrentaron por partida doble a su propio rostro. Dos cabezas de cabello revuelto y ojos muy abiertos y asustados. Así debía de verla él: una niña atrapada en la guarida de un ogro, inventando excusas para salir quedamente de la habitación, aguardando el momento de traspasar el umbral de la puerta, respirar hondo y echar a correr escaleras abajo. Y ahora, además, Carlos, desde el otro lado de los oscuros cristales, parecía haberse quedado embobado escrutándola, y ella sentía debajo de aquellas dos cabezas de cabello revuelto y ojos espantados dos pares de piernas que empezaban a temblar, demasiado para que pudiera seguir hablando de Marta o del cine, como si aquella tarde fuera

una tarde cualquiera en que importaran Marta o la vaga promesa de llevarla al cine. La sombra de una sábana agitada por el viento le privó por unos instantes de la visión de su hermano. Cuando de nuevo se hizo la luz, Julia reparó en que Carlos se le había aproximado aún más. Sostenía las gafas en una mano y mostraba unos párpados hinchados y una expresión alucinada. «Es maravilloso», dijo con un hilo de voz. «A ti, Julia, a ti aún puedo mirarte.» Y de nuevo esa preferencia, esa singularidad que le otorgaba por segunda vez en la tarde, terminó con sus propósitos con inverosímil rapidez. «Está enamorado», dijo durante la cena, y comió sin apetito un plato de insípidas verduras que olvidó salar y sazonar.

No tardó en darse cuenta de que había obrado de forma estúpida. Aquella noche y las que siguieron a la primera visita a la buhardilla. Cuando se erigió en mediadora entre su hermano y el mundo; cuando se encargó de hacer desaparecer de su alcoba los platos intocados; cuando reveló a Carlos, como la fiel aliada que había sido siempre, el diagnóstico del médico —depresión aguda— y la decisión de la familia de internarlo en una casa de reposo. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Carlos acogió la noticia de su inmediato internamiento con sorprendente dejadez. Se caló las gafas oscuras —aquellas gafas impenetrables de las que sólo en su presencia osaba desprenderse—, manifestó su deseo de abandonar la buhardilla, paseó del brazo de Julia por algunas dependencias de la casa, saludó a la familia, contestó a sus preguntas con frases tranquilizadoras. Sí, se encontraba bien, mucho mejor, lo peor había pasado ya, no tenían por qué preocuparse. Se encerró unos minutos en el baño de sus padres. Julia, a través de la puerta, oyó el clic-clac del armarito metálico, el chasquido de un papel, el goteo del agua de colonia. Al salir le encontró peinado y aseado, y le pareció mucho más apacible y sereno. Le acompañó hasta su cuarto, le ayudó a echarse en la cama y bajó al comedor.

Fue algo después cuando Julia se sintió súbitamente asustada. Recordó la cerradura de la buhardilla arrancada de cuajo por su padre hacía ya unos días, la preocupación de su madre, el gesto significativo del médico al declararse incompetente ante los dolores del alma, el clic-clac del armarito metálico... Un armario blanco

y ordenado en el que nunca se le había ocurrido curiosear, el botiquín, el orgullo de su madre, nadie en tan poco espacio podía haber reunido tal cantidad de remedios para afrontar cualquier situación. Subió los escalones de dos en dos, jadeando como un galgo, aterrorizada ante la posibilidad de nombrar lo que no podía tener nombre. Al llegar al dormitorio empujó la puerta, abrió los postigos y se precipitó sobre el lecho. Carlos dormía plácidamente, desprovisto de sus inseparables gafas oscuras, olvidado de tormentos y angustias. Ni todo el sol de la azotea que ahora se filtraba a raudales por la ventana, ni los esfuerzos de Julia por despertarle, consiguieron hacerle mover un músculo. Se sorprendió a sí misma gimiendo, gritando, asomándose a la escalera y voceando los nombres de la familia. Después todo sucedió con inaudita rapidez. La respiración de Carlos fue haciéndose débil, casi imperceptible, su rostro recobró por momentos la belleza reposada y tranquila de otros tiempos, su boca dibujó una media sonrisa beatífica y plácida. Ahora ya no podía negar evidencias: Carlos dormía por primera vez desde que regresara de Brighton, aquel 2 de septiembre, la fecha que ella había coloreado de rojo en su calendario.

No tuvo tiempo para lamentarse de su estúpida actuación ni para desear con todas sus fuerzas que el tiempo girase sobre sí mismo, que todavía fuera agosto y que ella, sentada en el alero del tejado, esperase ansiosamente, junto a un montón de cuartillas, la llegada de su hermano. Pero cerró los ojos e intentó convencerse de que era aún pequeña, una niña que durante el día jugaba a las muñecas y coleccionaba cromos, y que, a veces, por las noches, sufría tremendas pesadillas. «Soy la dueña del sueño», se dijo. «Es sólo un sueño.» Pero cuando abrió los ojos no se sintió capaz de continuar con el engaño. Aquella terrible pesadilla no era un sueño ni ella poseía poder alguno para rebobinar imágenes, alterar situaciones o lograr siquiera que aquel rostro hermoso y apacible recuperase la angustia de la enfermedad. De nuevo la sombra de una sábana agitada por el viento se señoreó unos instantes de la habitación. Julia volvió la mirada hacia su hermano. Por primera vez en la vida comprendía lo que era la muerte. Inexplicable, inaprehensible, oculta tras una apariencia de fingido descanso. Veía

a la Muerte, lo que tiene la muerte de horror y de destrucción, de putrefacción y abismo. Porque ya no era Carlos quien yacía en el lecho sino Ella, la gran ladrona, burdamente disfrazada con rasgos ajenos, riéndose a carcajadas tras aquellos párpados enrojecidos e hinchados, mostrando a todos el engaño de la vida, proclamando su oscuro reino, su caprichosa voluntad, sus inquebrantables y crueles designios. Se restregó los ojos y miró a su padre. Era su padre. Aquel hombre sentado en la cabecera de la cama era su padre. Pero había algo enormemente desagradable en sus facciones. Como si una calavera hubiese sido maquillada con chorros de cera, empolvada e iluminada con pinturas de teatro. Un payaso, pensó, un clown de la peor especie... Se asió del brazo de su madre y una repugnancia súbita la obligó a apartarse. ¿Por qué de repente tenía la piel tan pálida, el tacto tan viscoso? Salió corriendo a la azotea y se apoyó en la balaustrada.

–El ángulo –gimió–. Dios mío... ¡he descubierto el ángulo!

Y fue entonces cuando notó que Marta estaba junto a ella, con uno de sus muñecos en los brazos y un caramelo mordisqueado entre sus dedos. Marta seguía siendo una criatura preciosa. «A ti, Marta», pensó, «a ti todavía puedo mirarte.» Y aunque la frase le golpeó el cerebro con otra voz, con otra entonación, con el recuerdo de un ser querido que no podría ya volver a ver en la vida, no fue esto lo que más la sobresaltó ni lo que le hizo echarse a tierra y golpear las baldosas con los puños. Había visto a Marta, la mirada expectante de Marta, y en el fondo de sus ojos oscuros, la súbita comprensión de que a ella, Julia, le estaba ocurriendo *algo*.

Ángel Olgoso (Granada, 1961), es autor de numerosos libros de relatos, entre los que destacan *Cuentos de otro mundo* (1999), *Los demonios del lugar* (2007), *Astrolabio* (2007), *La máquina de languidecer* (2009), *Las frutas de la luna* (2013), galardonado con el *Premio Andalucía de la Crítica*, y *Breviario negro* (2015). *Los líquenes del sueño* (2010) recoge los cuentos escritos entre 1980 y 1995. Ha publicado el poemario *Ukigumo* (2014), y se le considera uno de los maestros del microrrelato. Su obra, traducida a varias lenguas, está incluida en las mejores antologías de narrativa breve. Es miembro de la *Academia de Buenas Letras de Granada*, y fundador y Rector del *Institutum Pataphysicum Granatensis*.

Contraviaje

Eran las primeras horas de una luminosa mañana de junio. La camioneta, enorme, de un rojo descolorido por los años y la intemperie, circulaba por la estrecha carretera comarcal que dividía una plenitud verde y ocre de campos despejados. El calor, a esas horas, no tenía aún su grávida consistencia, no era todavía una eclosión de vidrio o un coágulo candente sino algo tibio y límpido, como de savia joven hinchando el corazón del mundo.

Del remolque del vehículo sobresalían numerosos bastidores, dispuestos en vertical y cubiertos a medias por una lona sobada. Pintado sobre uno de los laterales de la cabina, con letras negras algo descabaladas, podía leerse el rótulo “Unidad de Ensamblaje y Despiece”. Ocupaban los asientos dos hombres vestidos con monos de faena que tenían zurcidas burdamente, a la altura del corazón, unas pequeñas etiquetas de tela con sus nombres y cargos: Tibor, montador jefe, y Ferenc, ayudante.

Habían salido a la hora reglamentaria, cuando comienza a clarear, y continuarían aquel trabajo especial hasta donde les alcanzara la

noche, turnándose para conducir, pues se trataba de cubrir la mayor distancia posible. Sin embargo, avanzaban morosamente, como si no les urgiera sacar un buen jornal o su cometido no fuera más que un despreocupado viaje veraniego a la costa. Y la camioneta, que a juzgar por su tamaño debería levantar una considerable polvareda y resonar con el estruendo de un bufador infernal, se abría paso tersa como el azogue y no producía un ruido propiamente dicho sino, más bien, un zumbido plácido y prolongado semejante al soplo de la brisa.

El conductor detuvo el vehículo al borde de la carretera, en un altozano desde donde podía divisarse, con gran nitidez, un panorama que resplandecía y se diluía al fondo: la llanura en flor, huertecillos y alquerías de trecho en trecho, un robledal y las estribaciones de las lejanas montañas. Los dos operarios saltaron de la camioneta. Eran robustos, tenían la piel curtida por el sol y el frío y las uñas de sus ásperas manos estaban aplastadas. Llevaban una taleguilla de cuero con herramientas colgada en bandolera, se sujetaban los pantalones con una lía a la altura de los tobillos y calzaban esparteñas de horma ancha, toscamente reforzadas en talones y punteras. También poseían la mirada mansa y leal de las almas simples; y aunque había cierta indolencia en sus movimientos, no carecían de la precisión y confiada solidez propias de los que han realizado la misma labor, de manera sistemática, durante incontables años y se les aprecia por ello.

Tibor y Ferenc se separaron y caminaron en direcciones opuestas. Fue al llegar a cierta altura, a unos tres tiros de piedra, cuando ambos se detuvieron en seco. Las siluetas de sus monos gris oscuro rompían contra el dilatado azul. Tan pronto como los cuatro brazos, sincronizados en la distancia, comenzaron a maniobrar y a desatornillar las bisagras de pernio ocultas, se iban soltando los invisibles goznes que mantenían unidos por los bordes los distintos paneles transparentes. De inmediato, sin chirridos ni sacudidas, a lo sumo con una delicada y líquida reverberación, como si se hubiera abierto un inmenso vano en el aire o descolgado un tapiz de las alturas, una parte del cielo se movió hasta desprenderse con el brevísimo relámpago de un cristal girado al sol. A medida que Tibor

y Ferenc tiraban conjuntamente del panel del decorado desde la posición de cada uno, arrastraban consigo una finita y centelleante porción de paisaje que contenía parte del cielo, la llanura en flor, los huertecillos, las alquerías, el robledal y las estribaciones de las apartadas montañas, enlazando los colores puros de la lejanía y dejando tras de sí un rectángulo negro, compacto y estrellado.

De igual modo que fueron ensamblados por los mismos menestrales hacía ya mucho tiempo, los descomunales paneles se retiraban con facilidad pese a su magnitud. Después de sujetarlos por los bordes, plegaban y reducían aquellos formidables y levísimos telones al tamaño de un cuadro mediano para sujetarlos a continuación, mediante trabillas, a los bastidores en la bandeja de carga de la camioneta, bajo la lona despellejada. Y de tal quehacer, con el avance de las horas, a los dos le culebreaban borrones de lodo en los brazos nudosos y se les llenaba el pecho de mojaduras y de rastros de grama y azafrán.

Tibor y Ferenc recorrían el mundo con parsimonia a la vez que determinación. No se les notaba ir y venir, no se detenían a repostar, no necesitaban orientarse ni tampoco sentirse confortados por un almuerzo caliente o un cigarrillo recién liado, por un buche de agua o un descanso entre sol y sombra bajo la copa de un árbol. A diferencia de la Unidad de Hincado de Bionda y Poste -cuyos zánganos penduleaban acá y allá con gesto hosco y perdían el tiempo sesteando en chamizos, persiguiendo perros, largando humo de cigarrillos perennes, rebuscando nidos de codorniz y tirándole muerdos a cualquier cuscurro con manteca mientras decían “Esto lo despachamos en seguida”-, el servicio de la Unidad de Ensamblaje y Despiece debía completarse ineludiblemente y sus funciones no les dejaban amplias iniciativas. No estaban permitidas, en suma, ni la impaciencia ni la picazón del cansancio. A pesar de la proximidad y del tiempo que pasaban juntos, a pesar incluso de que Ferenc acabó por llamar jocosamente a su compañero “patrón”, y Tibor por motejarlo a él de “mago”, apenas si conversaban ya entre ellos con su voz llana y vibrante y, cuando tenían la fortuna de descubrir alguno nuevo, solían arrastrar los temas para que duraran. Acostumbrados a la escasez diaria de incidencias, condenados como estaban a su

mutua presencia, la frescura de la amistad había ido secándose de modo natural y no quedaban más que antiguos vestigios de bromas, de risas y ligereza, unos cuantos gestos rutinarios y el silencio cómplice de una tarea inmemorial.

La camioneta, bajo cuyas ruedas crepitaba el borrajo esparcido en la carretera, salvó el repecho de la montaña, donde volvieron a la brega con consumada eficacia. Se tenía la impresión de que las siluetas de Tibor y de Ferenc estaban suspendidas en la bonanza del cielo cuando desacoplaron el imponente panel de aquel ámbito salvaje y misterioso, cuando sus flexibles brazadas empezaron a plegar las primeras altas cumbres arrollando con ellas masas erizadas de crestas y peñascos, unas pocas nubes, dos tercios de la olorosa malla de pinos, una onda fugitiva de viento fresco, los chillidos de algunas aves y las estelas de sus vuelos.

Poco después bajaron de la montaña, atravesaron el valle, atacaron la siguiente y repitieron la operación a dos aires; y continuaron así el plegamiento de grandes tramos diurnos, de amplísimos velos, pálidos o agrestes, arenosos o lavados, rodando de un confín a otro por los derroteros de la Tierra, deteniendo y emprendiendo otra vez la marcha, concienzudamente, como si corrieran tras un horizonte inalcanzable. El propio trabajo les había fijado una pauta que vino a ser perfeccionada en el transcurso de innumerables campañas. Tenían conocimiento de todos los atajos, de todos los túneles, de todos los hitos, de todas las rutas que les impedirían ser zarandeados o retenidos demasiado tiempo por causa de cercas, baches, espesuras y barrizales: aún recordaban aquella ocasión en que llovió durante cuarenta días, y aquella otra en que el hielo cubrió el mundo y estaban imposibles los caminos. Por lo demás, en tanto hacían tránsito, en los intervalos entre el tableado de un lienzo translúcido de paisaje y otro, los rostros de Tibor y de Ferenc parecían dulcificarse con esa suave sonrisa de los que tienen buen fondo o conocen secretos designios, un amago de sonrisa sucinta y honesta con su asomo de resignación.

A lo largo de la jornada, los dos operarios fueron desguazando aquel mosaico imperceptible, aquel entramado de extensos paneles articulados y diáfanos dispuestos regularmente sobre la curvatura

del planeta. Tibor y Ferenc pronto alcanzaron los lugares más distantes; plegaron el amarillo de los desiertos y el añil de los océanos, la blancura respunteada de los pueblos y el vivificante verdor de las selvas, el espolvoreo de las islas y el parcelado de los cultivos. Y cada panel, además, se llevaba arrebujados, engranados entre las secciones maleables de sus dobleces, el traqueteo de los trenes, el desconsolado doblar de unas campanas, el rumor del tráfico, los llantos de los niños, el ronroneo de las fornicaciones, el clamor de las guerras; cada panel, desprevénidamente, envolvía y preservaba entre sus gigantescas duelas la tranquilidad de los hogares, la alegría esperanzada de los encuentros, el aperreo de las desgracias, los flagelos de los temores, debilidades y vilezas que poco antes se habían retorcido furiosos o fluctuado como medusas sobre las cabezas sometidas de los hombres.

Parecía que la tarde iba cayendo, que se afoscaba el cielo; sin embargo, si todo se teñía tenuemente de oscuro, si la luz se amortiguaba, si el mundo se sumía en un letargo gradual e inexorable era porque, tras el desprendimiento de cada panel clareado, allí donde antes acababa un paisaje que la vista podía abarcar comenzaba ahora una franja negra y sobrecogedora del espacio, un cuadro incompleto de tiniebla sideral, un cegado abismo, como si alguien desconectara de forma paulatina los focos que incidían sobre un colosal diorama.

Mientras Tibor y Ferenc, incansables, reanudaban su labor ambulante en la divisoria precisa de cada lugar, mientras enfrentaban cada nuevo lienzo y los hacía sudar cada nueva contorsión, mientras embridaban cada panorama al alcance de los sentidos, la intimidad con las referencias visibles de la superficie cuarteada de los continentes desaparecía; y la presencia familiar e irreductible del hombre, con sus espasmos de pasión, de aburrimiento y de locura, se desvanecía. En los paneles que incluían ciudades, eran plegadas, solapadas y empacadas miríadas de laberínticas travesías, de amazotados dominós de cemento, de termiteros de cristal y acero hormiguanes de luces, donde bullían hasta el delirio millones de vidas y de donde provenían, débilmente por lo lejano, canciones torpes y tiernas interpretadas en cuartos solitarios que hacían soñar con el amor y la grandeza.

A su paso, los dos menestrales dejaban una sensación de mudez de escenario vacío, de función aplazada o cancelada, de indefensión y silencio secular, un sentimiento de tregua finalizada que quizá albergaba promesas de renovación póstuma. Todo acababa ahí, profusamente, bajo el astroso entoldado de la camioneta roja, como desechos de una tramoya abandonados en la resaca de los días: las ilusiones desfondadas, los herrumbrosos odios, los ímpetus apagados, la polvorienta monotonía de recortes de pelo y uñas, la jaula vacía de la gloria, la copa rota de los recuerdos, los incalculables sacos de pensamientos inútiles, de deseos insensatos, de negligencias y desdenes, de infinitas historias nunca transmitidas. Todo acababa ahí, cinchado a los bastidores bajo la lona mugrienta y chamuscada, desde lo más ínfimo a lo más exorbitante, las cosas más peregrinas y los actos más distraídos, las somnolencias y las esperas, la fiebre de los horarios y de los litigios, las fotografías sin revelar, las tareas escolares detestadas, los ripios de enamorados, una bombilla que parpadea bajo la tulipa de un portal, la sombra de una piedra porosa sobre la rala hierba de un camino, los fogonazos y las germinaciones, las arrugas y las mariposas, las gemas y los miasmas, la triste y sucia osamenta de los barrios industriales, el crujido de una rama de fresno durante la tormenta, un cuchillo que desciende contra una verdura remojada o un animal muerto, las pavesas de un incendio, una rueda que derrapa apenas sobre la grava de una curva, los meandros de vapor mollar que se disipan tras el paso de un avión a reacción, una perspectiva inesperada y enigmática en un espejo, el pechar del oleaje contra el casco de los buques, un nudo de bramante consolidando un paquetito con libros, la deriva de una gota de suero hacia el torrente sanguíneo del enfermo, las rodadas que los sombreros van excavando con el tiempo en el pelo hasta afirmarlo sobre el cráneo, el silencio de un auditorio conmovido por un artista inspirado, el erizamiento repentino del vello en la carnación de las piernas sin medias de las mujeres, el arco de medio punto que dibujan los cuerpos de los labradores inclinados sobre los campos, los gritos de frío o de júbilo de los que acercaron sus pies al ribete grato y traicionero de las playas, el atroz tránsito del alimento en las vísceras de todos los seres, la mefítica colonización

por las bacterias del infusorio de las charcas, todas las huellas, los ojos de los peces y el brillo del pedernal, las pompas de lluvia y las volutas de humo, los ademanes bruscos y las babas de caracol, las estalactitas y los rescoldos, los lazos familiares, el tabaleo simétrico de los cereales en los sembrados, las derrotas y las victorias, el relevo de las estaciones, la fruición de los besos, los despojos en los nichos, el timbre de los despertadores y los gemidos de las sirenas, los fósiles y las posibilidades, el caos y la belleza, todo aquello que atesoraban las piezas de este vasto puzzle viviente era acarreado, embalado y guardado con sigilosa eficiencia por el montador jefe y su ayudante en la angostura de la camioneta.

Desde el momento en que Tibor y Ferenc, con la taleguilla de herramientas en bandolera y los uniformes de trabajo tiznados a ráfagas con manchones de verde vegetal y de azulete submarino, habían fruncido todos y cada uno de los paneles que armaban el decorado del globo terrestre -un santuario que no era más que una roca transitoria de hermosa piel, abigarrada, eso sí, con inagotables formas, atributos y mutaciones, que sobrenadaba en espuma de sal y se mecía perdida en un rincón del firmamento-, no quedó paisaje alguno de antes o de después del hombre, o de cuando el sol estaba en su cénit; no había movimiento ni ruido, no había dominios ni contornos, no había latidos ni memoria, y la única luz que irradiaba aquel fondo negro y gélido provenía de la leve fosforescencia pulsante de los astros.

La camioneta roja había quedado aparcada en un punto del plano apaisado, un punto que parecía ser todos los puntos de un plano cuyo centro parecía estar, a su vez, en todas partes. El vencimiento desaforado de lo oscuro sobre lo vagamente luminoso imposibilitaba distinguir el arriba y el abajo; y el mundo extinto, ya entre cuero y carne, se reducía ahora a la ubicua camioneta de la Unidad de Ensamblaje y Despiece, convergía en su rojo descolorido, en aquel rebujo de mercancía dispar que cubría a medias su lona desgarrada y enmugrecida con manchones de brea, sebo y pulpa.

Tibor y Ferenc no se demoraron. Deseaban rematar la intervención de un modo inequívoco, sin fallas, como acostumbraban a hacer en su decurso desde el comienzo de los tiempos. Los dos

operarios procedieron entonces, por fases, a desatornillar las bisagras de pernio ocultas de los paneles que representaban el espacio profundo. Desde una zona cada vez más estrecha, iban soltando los goznes que mantenían unidos los lienzos lustrales de la Creación, los telones de la luna menguante, de los meteoros, de los sistemas planetarios, de los bulbos espirales de las galaxias y los lentísimos airones de las nebulosas, de los veneros y anillos de gas, de los cúmulos estelares y los remotos cuásares, de los masivos agujeros negros y los chorros candentes de materia. Todos los cuerpos celestes, todas las órbitas y gravitaciones, todos los colapsos y vorágines, todas las inefables e inconcebibles maravillas que adornaban aquella instalación aparentemente ilimitada y sempiterna, estaban a punto de ser desalojados como un juego de espejos extraídos uno por uno de una galería, trasmudados en los bastidores de la vieja camioneta para regresar luego a su emplazamiento primigenio en un chiscón del almacén donde, confinados por ahora, se les estabularía en cajones con su correspondiente numeración. “El mundo se acaba, Ferenc”, dijo Tibor mirando alrededor y abarcando de un calmo vistazo el vértigo supremo, inmaculado y pavoroso de la verdadera noche. “Hasta nuevas órdenes, patrón”, concluyó Ferenc con un gesto de asentimiento, mientras le ascendía del corazón una melancolía de siglos. Tibor, que sabía de sus afectos, lo apremió: “Aligérate, mago, es casi la hora”. Y se dispusieron a desmontar, cautelosamente, la última pieza del Universo.

Tomado de: Ángel Olgoso. *Las frutas de la luna*, Menoscuarto, 2013.

Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961) es autor de una novela, *Las medusas de Niza* (Premios Ciudad de Valladolid 2000 y Andalucía de la Crítica 2001), y de los libros de relatos *El cielo está López* (1990), *Manías y melomanías mismamente* (1992), *Relatos mínimos* (1996), *El aburrimiento*, *Lester* (1996), *Los tigres albinos* (2000) y *Los últimos percances* (*Seix Barral*, Premio Mario Vargas Llosa NH al mejor libro de cuentos publicado en 2005). Sus relatos, traducidos a nueve idiomas, están recogidos en numerosas antologías del género en España y Latinoamérica. La antología *El pez volador* (*Páginas de Espuma*, 2008, Premio El Público de Narrativa), preparada por el escritor Javier Sáez de Ibarra, ofrece una cuidada selección de sus cuentos.

Con los cordones desatados, a ninguna parte

Cansado de pellizcar durante cinco horas diarias sobre la taza del váter las cuerdas de una guitarra adquirida dieciocho años atrás, Anselmo Flores abandona por un instante el manoseado instrumento sobre el bidet y regresa enseguida con el firme propósito de dar carpetazo definitivo a ese largo capítulo de sus mañanas. Unas más que generosas tijeras para el pescado, afiladas a conciencia y al efecto hace al menos tres lustros, y una presión ejercida desde la prima al bordón siguiendo el dictado de las leyes de la física –punto de apoyo idóneo, fuerza y aceleración proporcionales– le ofrecen a Anselmo la seguridad de un estudiado corte de cirujano, limpio, que sesga los diferentes timbres de las cuerdas con un intervalo entre ellos prácticamente invisible, infinitesimal, el mismo con el que se abalanzan las liberadas tensiones a su rostro para chicotearle en seco la mejilla y dar paso enseguida a un alegre paralelismo de sangre temerosa, seis arañazos apenas, un instante después borbotones incontrolados mejilla abajo. Sin hacerse esperar, todavía en el primer

compás del susto, un sonoro goterón rojo percute en la madera del instrumento mudo, poniendo así el punto final a una aventura de lento y madurado naufragio.

No se interprete pues esta decisión de guillotina fruto de una emoción o arrebató súbitos, sino más bien como el corolario final de una serie de constataciones acumulada durante más de una docena larga de años, casi desde el comienzo mismo del rito de las acústicas de azulejo y sanitarios, el sustituto pervertido de un enamoramiento echado a perder de puro imbécil.

En la demora frente al espejo, una vez atajada la séxtuple hemorragia y contemplando aún atónito el dibujo de los cortes que cruzan la mejilla izquierda en el cristal –la derecha de su carne–, puede Anselmo Flores llegar a una conclusión última con un grado de acierto sumo: la clausura de las cinco horas diarias de composiciones desdichadas durante dieciocho años sin interrupción merece como poco esa dolorosa rúbrica en su piel, una argumentación física patente de los besos y caricias de que ha estado huérfano su rostro. Definitivamente, los seis latigazos bien marcados lo azuzan al fin –treinta y ocho recién cumplidos asoman a la primavera nuevas exigencias– a recomenzarlo todo donde había quedado y dejar los conciertos de cuarto de baño en el rincón más imposible de la memoria.

De la mejor de las maneras combina entonces colores de indumentaria, acierta a bajar el mínimo escalón del baño sin el trapiés acostumbrado y sale a una urgente mañana de luz que apresura a las nubes a un noroeste lejano de tormentas. Puede decirse que en el rostro atravesado de Anselmo Flores se impone con más descaro que la herida la amplitud de una sonrisa, y que amortigua el agujijón dos veces triple de las punzadas rebuscando en el recuerdo algunos nombres olvidados y en sus pasos las calles y locales donde había dejado en suspenso su otra historia desde hacía tanto. Busca, es evidente, algún perfume de mujer, o más fácil en principio, algún alcohólico alimento. Bien está ya de hacer el gilipollas.

Avanza por una gozosa travesía de nuevas diagonales, apartándose de los caminos de la anterior rutina y terquedad rebosante de placer, como nuevo. Esa iluminación del gesto, la alegría imponiendo

vergonzosas retiradas a una actitud muscular que incomodó la mirada durante años, un cigarrillo en la boca al estilo Bogart, deben despistar la atención de Waldo, que lejos de caer en el comentario pertinente (hostias, ¿y ese corte, Anselmo?) lo saluda hasta con abrazo y en el café mismo de la esquina le echa la primera cerveza de un tiempo que acaba de nacer. Waldo, el penúltimo amigo en la agenda con los números de teléfono –de Zambrano hace años que no sabe nada–, le añade a la cerveza dos nuevos chistes, una encarecida recomendación de cartelera y la apabullante euforia de sus negocios. Conversaciones hay que quitan el dolor, que acortan las esperas. Que Waldo no se percate del crucificado rostro que tiene enfrente confirma en Anselmo Flores las expectativas, le anima a otra cerveza, a un nuevo chiste incluso. Luego lo deja irse otra vez a los negocios, y sonrío viendo desde la ventana a un Waldo también feliz que atraviesa la calle sorteando con gracia los excesivos coches y se instala en la parada del 17 al final de una cola bien nutrida.

Como todavía han de pasar de largo dos 17 hasta la bola, tiene Waldo tiempo de observar a su amigo allá en el bar e incluso contagiarse de eso insultantemente feliz que lo rodea. Qué es no lo sabe, aunque sí que ha eclipsado incluso la visión de los seis arañazos en la mejilla; recién entonces se da cuenta. Sigue pensando en ello ya en el autobús: gato, amante, yilet. Dos paradas después entra la chica con el libro y ocupa el asiento frente al suyo. Una cara hermosa para anuncio de cosméticos. Waldo Ruiz lo piensa casi todo en márketing, está más al tanto que su socio, por eso después de la ruptura su agencia patina menos que la otra, acaricia campañas políticas de más envergadura, publicita a clientes arriesgados, vende –es la frase– hielo a los esquimales. De últimas está el lío bien resuelto de los huevos, el beneplácito de los de Bruselas: hacer publicidad en las cáscaras. Dos pujantes empresas de yogures le han aprobado ya los presupuestos de escándalo, inevitables si en verdad quieren observar el código alimentario de la comunidad. Las tintas para imprimir en los huevos –tintas láser indelebles y fijas,

incapaces de traspasar las cáscaras y membranas— costarán eso, la sutil maquinaria para la impresión costará más aún. Si los ingleses han sellado desde siempre sus huevos con un león escamoteándole las vueltas a la salmonelosis, por qué no van a poderse incluir docenas de mensajes de último diseño en un soporte tan redondo y tan perfecto. Waldo le ha ganado la partida a su socio (una empresa descabellada, Waldo, una empresa suicida, conmigo no cuentas, le había repetido hasta el hartazgo) y ya sólo puede ver la cara de la chica sentada enfrente impresa en cientos de docenas de huevos prometiendo cualquier cosa. Waldo Ruiz va camino de poner en apuros a medio mundo, a que se lo piense antes de hacer la tortilla: no se casca así como así una cara bonita. Lo ve de pronto: cosmético de clara de huevo empaquetado (packaging es el término) en su natural recipiente, con esa cara de la chica que lee impresa en pura suavidad.

Ella, en efecto, lee. Lee sin ostentación, forrado en blanco el libro para ocultar a la curiosidad del autobús sus preferencias. Muy de vez en cuando levanta una mirada azul al lugar en el trayecto o a una insistente y desnudadora observación de otro pasajero. Para esas veces que abandona la lectura está allí Waldo como agazapado, imaginándola en los huevos. Waldo va aún más lejos en su felicidad publicitaria: más proyectos descabellados, arruinar la industria del marfil, la abolición de ese comercio, suplir el oro blanco del mundo con más duraderas y ecológicas resinas sintéticas, aprovechar la coyuntura para fijar esa cara tan hermosa en un soporte menos efímero que un huevo, verla llena de destellos antes de empujarla con el taco hacia la mejor carambola del billar.

En ese estado eufórico —el nuevo nacimiento de Anselmo Flores es poca cosa comparado con él—, Waldo Ruiz no puede advertir cómo ella señala con un delicado e insuficiente pétalo el fin de la lectura, ni cómo le deja una sonrisa sobre el pelo cuando está sobre él, antes de bajar.

Sin embargo ella, Ana, sí se lleva consigo, en esas fugaces escapadas de una lectura absolutamente enmarañada con los ojos de Waldo, la insultante felicidad que él ha estado irradiando

sin darse cuenta. Como ha bajado por error en la plaza de Lemures, después de saltarse dos paradas de la suya, no tiene otro remedio que desandar con ciertas prisas el camino, urgida más que por la espera de Felisa por mantener —llegar en media hora antes a una cita ya le parece tarde— el rito quisquilloso de su puntualidad. Avanza a grandes pasos por las aceras repletas de gente todavía envuelta en las cálidas miradas de ese desconocido del autobús, imaginando que la sigue en secreto a cierta distancia para completar una felicidad ya bien inmensa con lo que aún no conoce de su persona: un argumento de rizos rubios en cascada hacia una cintura de 60 y una escueta falda en tubo para el nacimiento de unas piernas más que maricler. Es su juego favorito. Amores invisibles, duendes, lobos de mar con pipa y pelo blanco a veces. No puede evitar sin embargo esconder a la estrategia de su juego una de las normas más estrictas, y así como al descuido, lanzando la exuberancia de rizos hacia un lado, se atreve a buscar en los rostros más anónimos que la siguen ese que imagina, ya alejado en la fantasía del primero aquel de Waldo. No le preocupa la ausencia, saberlo lejos ya en el autobús. Con el mismo movimiento de su pelo hacia adelante, de regreso al encuentro con Felisa, sabe que instala detrás de su figura el aliento tan querido de sus duendes, cientos, miles de ellos, de uno en uno. Una felicidad más entre otras muchas, no menor que leer en el autobús o adelantar en media hora las esperas de sus citas y suponer atuendos, actitudes o humores de los citados.

En la seguridad de que Felisa tardará todavía un poco en asomar sus prisas por la esquina de Arrayán, puede Ana empeñar su tiempo en varios juegos: interesante que lee en despiste entre las palomas de la plaza y enreda su balanceo de piernas con los pensamientos de los que cruzan, solicitudes de fuego para unos cigarrillos de papel violeta y filtro azul, recuento de jóvenes, niños y viejos y obtención de medias aritméticas para un duende resultado de la combinación de las partes elegidas de cada uno de los integrantes en el muestreo. Felicidades simples, ñoñas; gigantescas por otro lado, comparadas con la ansiedad de reloj de pulsera de un individuo desesperando en otra espera.

Tras comprobar Félix el alargamiento inverosímil de los minutos en un reloj que le viene atrasando hora y tres cuartos por cada veinticuatro, contento de no haber esperado a nadie haciendo como el que espera, ofrece su fuego de yesca –otro regalo más del abuelo, junto al reloj– al insólito cigarrillo de colores que pavonea la chica y abre sus piernas al paseo de media mañana, en su ocio envidiable de profesor de instituto en versión nocturno. Su felicidad, hasta la hora del almuerzo en la misma cocina de la pensión, se nutre de una descansada observación de las prisas de la urbe, que va sedimentando luego en las siestas y al cabo de unos tiempos no excesivamente largos deposita en forma de aguadas de tinta en gruesos papeles. No ataca en abstracto con el pincel, pero tampoco se detiene en los detalles. Tan sólo a veces se demora en algún pasaje divertido de su observación, y con prolijas descripciones pone los acentos a un individuo de cierta edad portando un váter al hombro o camufla de rubia a su patrona contando el dinero de caja al finalizar la jornada.

Las clases de filosofía en el nocturno son un buen accidente que le proporcionan, en su edad, el regusto de la erótica de la educación, el engaño dulcísimo de acompañarse siempre de gente que parece estancada en los veinticinco, y la mejor manera de hacer tiempo para cobrar un buen talón a fin de mes. Un oficio accesorio, en definitiva.

Caminando sin prisas desemboca las más de las veces en un café con mucha azúcar junto al parque, en una terraza siempre soleada abundante en desocupados. Y es ahí donde con más fuerza se le manifiestan las observaciones que en el trayecto apenas han sido guiños, cuando no meras sombras. Pide el café y los dos sobres de costumbre, y enseguida algunas partes del rostro de la chica se le aparecen con una nitidez mayúscula, más que nada sus labios decorados en oscuro carmín atrapando el filtro azul. Sin embargo, si el reloj es exacto en su retraso, más de dos horas hace ya que ha perdido la más mínima oportunidad para fijar en el recuerdo el resto de detalles. Difícil va a ser pintarla.

Luego, bastante avanzados ya la mañana y el trabajo de reconstrucción de aquella mirada azul, una felicidad como de no creer lo inunda por completo, al recordar a una alumna de primero que bien podría sustituir el cuerpo apenas visto. Bastará sacarla al encerado cuatro veces para tomar el apunte de comienzo, y trabajar después con la improvisación de la memoria. Además, para la combinación de colores del cigarro y de los labios, o tal vez sólo de los labios, podrá valerle incluso la última paleta, la del dibujo de un camión volcado frente al instituto, con las cajas de cerezas estrelladas en la acera.

Deja entonces sobre la mesa el importe exacto del café –descuida siempre y a conciencia la propina, esa pequeña humillación al camarero– y componiendo ya sobre la marcha un primer boceto del dibujo cruza ensimismado y feliz los primeros semáforos camino del almuerzo y de la tarde y los pinceles, para sin darse cuenta multiplicar una vez más un cúmulo de proyectos que desde hace mucho adquiere una irreversible tendencia al infinito, pues será esa pintura de la chica un dibujo más a simultanear con el más reciente del camión de las cerezas, los diez autorretratos falsos en largo demorados, otro con un tablero de ajedrez cubierto de hormigas o insectos parecidos, el bodegón de cristales encargo de la patrona, un aula con los pupitres rotos y el mapa del continente desvencijado en la pared del fondo, sobre un único alumno dormido, él, Félix niño, y otros tantos dibujos inacabados, imaginarios, felizmente imposibles: la mujer del autobús que se cubre el rostro con un libro forrado en blanco, el artesano en su taller fabricando bolas de billar –docenas de colmillos de las bestias formando alrededor raros tapices–, la guitarra manchada de sangre con las cuerdas cortadas, y al óleo, por probar, en la penumbra junto al lecho, un viajero de escaso maletín, con los zapatos, puede verse bien, muy ostensiblemente desatados. Destacará si acaso para alguien avisado una leve inicial dibujada en oro sobre el ocre de ese maletín, una letra ejecutada con escaso o ningún interés, tal vez por ser la última del abecedario, esa que siempre nombra la página más inútil de todas las agendas.

Javier Sáez de Ibarra (Vitoria, 1961) es autor del poemario Motivos (2006) y de los libros de cuentos: El lector de Spinoza (2004), Propuesta imposible (2008) y Mirar al agua. Cuentos plásticos (2009), que obtuvo el Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. Su último libro de relatos: Bulevar (2013) recibió el premio Setenil. Su trabajo ha sido recogido en las más recientes antologías del género. Ha realizado estudios de algunos cuentistas actuales.

El lector de Spinoza

Para Carlos Serrano Vallejo

1. El lector de Spinoza vive en esta ciudad desde hace años. Proviene, al parecer, de un país del sur en donde la pasión intolerante de sus gentes obstaculiza la razón y niega los frutos del pensamiento libre; recibido con hospitalidad entre nosotros, en cambio, encuentra la discreción y la calma que necesitan sus trabajos. La vecindad está orgullosa de contar con él; imparte clases en el instituto y, a menudo, sus compañeros y alumnos lo buscan para conversar y consultarle acerca de todo un universo de cuestiones. Hasta los que discrepan reconocen el poder de su inteligencia y la claridad de sus argumentos. Por las tardes, se le puede encontrar en su casa a las afueras, solo –salvo que atienda a una visita–, aplicado al estudio o trabajando en el taller del ático. Es un consumado artífice de maquetas: construye barcos y aviones idénticos hasta el detalle a los reales; busca la perfección y, aunque dedica años a cada modelo –como si el tiempo no contase para él–, cuando termina los regala a sus amigos y vecinos. Está soltero, según se comenta, por deseo propio; en realidad, se ignora si hay alguna mujer en su vida, y él mismo no es dado a esta clase de confidencias. Quienes lo conocen

bien dicen que es algo tímido si bien estimulante conversador; prefiere los pequeños grupos, y los fines de semana suele reunirse con sus amistades con los que organiza animadas tertulias. Su talento y sus suaves maneras le han granjeado relaciones incluso de lugares lejanos –a las que atiende por correspondencia– y, en esta localidad, ejerce sobre algunas personas una singular fascinación.

2. Entre estas, sobresale el caso de una anciana que regenta una panadería junto a su domicilio. Cuando a mediodía va a comprar su pan, la mujer siempre lo espera con su sonrisa desdentada y la mejor barra de todas: bien cocida y crujiente, como a él le gusta, que le escoge de la última hornada. Apenas llega a la tienda, lo saluda con alegría, lo llama junto a sí y lo abraza cuando puede; le da conversación para ponerle al corriente del vecindario y preguntarle alguna minucia, o se lamenta con él de sus desgracias; a veces, le toma de las manos; sin pudor alguno, se las acaricia, y siempre se despide con un beso, como hacen algunas ancianas con los niños. A él, más bien lo incomodan esas deferencias; no falta a la cortesía, pero apenas responde a las palabras de la vieja y, si puede, evita su contacto. La mayoría comprende esa actitud, porque la señora tiene un trato excesivo y molesto para quien nunca le da pie y cuyo único propósito es comprar pan. Algunos achacan el celo de la mujer a la ausencia de su hijo, que la deja sola al cargo del negocio para ocuparse de sus asuntos y pasa mucho tiempo sin ir a verla. (En realidad, resulta extraño que no esté jubilada, cuestión sobre la que abundan las especulaciones.)

3. Pues bien, parece que esa extraña relación, cuyo origen es imposible precisar, llega a su término; desde hace poco, hay abierta una tahona junto al instituto y él ya no acude como antes a la tienda de la anciana; compra el pan en el tiempo de recreo y lo guarda en su taquilla hasta el momento de salir; de esta forma, se ahorra unos minutos y, sobre todo, se libra de sus zalamerías y sus quejas.

4. La vida de una persona sola no tiene por qué ser aburrida si se organiza bien; si se encuentra el aliciente de los pequeños placeres y se deja espacio para el cultivo de la amistad y de las aficiones. La felicidad, suele decir él, es posible en nuestro mundo; pero sólo para quien se empeña en su deseo y pone los medios a su alcance

en función de ese objetivo. Parando mientes, se entiende por qué tantas personas, que se ignoran a sí mismas y son devoradas por múltiples afanes, padecen la desorientación y la desgracia; mientras que envidian cómo él se libra de los vaivenes del tiempo, dichoso en su camino firmemente trazado. Fiel a su costumbre, cada día se dirige a la tahona; pide su pan, paga y se va. No hay por qué hacer complicado lo sencillo, dice, el mundo está bien hecho.

5. Una mañana se demora con los exámenes –tarea que siempre le desagrada– y no encuentra ocasión para comprar el pan; de manera que esta vez acude a la vieja panadería poco antes del cierre. Ya en la entrada, se le aparecen, como en una imagen, la presencia y los modos de la mujer; sacudido por cierto malestar, piensa en volverse cuando sus piernas, como por sí mismas, lo introducen. Lo recibe un hombretón de unos cuarenta años, calvo, con una gruesa cadena que asoma en su camisa abierta, quien lo observa un momento antes de ofrecerle sus servicios. Después de despacharlo, mientras recoge el dinero, le pregunta si conoce a la dueña de la tienda. Su mirada lo retiene y, al asegurarse de que es él a quien busca, le declara sin la menor afectación que la anciana es su madre y que se encuentra muy enferma; además, le hace saber que ella le pide por favor que vaya a visitarla. El hombre le dice que entiende su extrañeza y que rechace el ruego: no existen lazos de familia, no los une la amistad...; así y todo, apela a su comprensión. La entrevista concluye de manera abrupta y sin acuerdo. Fuera, en la plaza, unos niños se divierten con sus juegos antes de comer. De camino, el pan que acaricia le sugiere un trofeo ganado al enemigo; fantasía que desecha en cuanto llega a su hogar y se acomoda.

6. Los días siguientes transcurren anodinos, y sólo por un comentario de pasada en la tertulia se recuerda el incidente; uno menciona lo insólito del caso: una mujer que ofrece a un extraño el cariño que no quiere su hijo; otro, en cambio, considera que la situación no es nueva, y refiere algunos ejemplos; alguien piensa que si acude, entonces, de hecho, reconoce un vínculo con ella; se suscita una ligera controversia que termina diluyéndose, como es costumbre, en otras consideraciones de índole política. De vuelta a casa, y aunque no es de su agrado, resuelve ir a la panadería al día siguiente a interesarse por la mujer.

7. En cuanto el hijo de la panadera lo ve entrar, distrae la atención de una clienta y le indica que necesita hablarle. Cuando la tienda queda vacía, sale del mostrador, se aproxima hasta él y utiliza sólo un susurro de voz para decirle que ella se muere. Tiene que ir, debe ir, le suplica que vaya a verla porque su madre no cesa de recriminarle, pensando que no le insiste lo suficiente. Cree que es su último deseo y teme que se muera sin verlo satisfecho. La llegada de clientes interrumpe la conversación. Él se retira a una esquina, en tanto el vendedor no deja de mirarlo escrutando en su rostro qué va a suceder. Al encontrarse de nuevo los dos solos, vuelve con su petición: tan fácil de cumplir, es la última voluntad de una moribunda y puede darle a la mujer algún consuelo; ya sabe que ella lo adora, lo tiene siempre presente y no deja pasar la ocasión de hablar bien de él. El hombre parece empequeñecerse tras el mostrador, como abochornado por la necesidad de pedir y su remordimiento. Entre excusas, confiesa su culpabilidad por haberla abandonado, se ruboriza, se pone al borde del llanto; la escena se vuelve íntima y desagradable. Al final, por qué, acepta ir. El hijo, reanimado de pronto, responde deshaciéndose en elogios y prometiendo no sé qué satisfacciones; le entrega los datos del hospital y le obsequia con la mayor hogaza que hay en los estantes.

8. El hospital es una construcción antigua y sobria, adonde no acude bajo ningún concepto: se afirma que nada le disgusta tanto como la enfermedad y que jamás ocupa su pensamiento con la muerte, porque sólo las personas morbosas y las débiles se solazan en la constatación de esas miserias. Accede al edificio, quizá por vez primera, a través de un vestíbulo atestado en el que se habla a voces; entre el gentío, berrean varios niños, maldice un anciano, un matrimonio discute con gestos y unas señoras vigilan. El ascensor en que sube es amplio, pero se ocupa por completo; las gentes en él padecen por falta de aire y por la dificultad de organizar la salida en cada piso. Contrariado y confuso, llega, por fin, hasta su planta; sale a un recibidor que lo aboca a un largo pasillo; todo parece limpio y despejado; recorre un buen trecho, siguiendo la dirección que juzga conveniente y llega hasta una puerta; la franquea y avanza todavía varios metros sin la ayuda de indicaciones. Finalmente, un letrado

le descubre su error. Retrocede unos pasos y toma el camino de un pasadizo curvo que lo conduce hasta un laboratorio, entonces reconoce que está desorientado. Vuelve sobre sus pasos en busca del pasillo del principio, desde el que poder recomenzar; pero sólo consigue dar algunas vueltas y termina siempre en el mismo sitio; las galerías son idénticas y todas huelen igual: imagina el aire retenido en ellas por millones de gérmenes que se aferran con sus manos diminutas. Hace calor, se marea, transpira, no encuentra un solo banco donde descansar; imposible acordarse del camino de vuelta. Por fortuna, pasa un enfermero que lo auxilia; hay una salida por otro lado del corredor; pero también puede acceder a esa habitación a través de pasadizos interiores. El mismo enfermero lo anima a continuar y lo acompaña un trecho. En seguida toma la dirección correcta, un pasillo con numerosos recodos que da a varias salas, en las que se escucha un murmullo ininteligible y continuo. Más adelante, sigue un pasillo que se bifurca y desemboca en una escalera especialmente estrecha, muy larga, sin curvas, que puede apreciarse en toda su longitud y termina en lo alto justo con una puerta. Ésta, debido a una pequeña claraboya curva colocada sobre ella, está relativamente más iluminada, al contrario que el resto de la escalera. Antes de llegar, la puerta se abre y se asoma un hombre, sin duda otro enfermero, que lo invita a entrar. Está en la habitación de la anciana. El enfermero, un hombre joven y triste, expone la situación sin rodeos: la mujer agoniza, en cualquier momento puede sobrevenir el desenlace. Sin embargo, le permite quedarse si no es más que unos minutos; se retira, hasta ese momento, a una dependencia contigua.

9. Las paredes, el techo y las puertas de la habitación son de un blanco increíble; el suelo cuadrículado como un tablero de ajedrez y la única ventana, pequeña, cubierta con una cortina negra, les dan un contrapunto inverosímil; no hay adornos y el lecho, en el centro, parece colocado ahí para atraer todas las miradas. La mujer yace rígida, con la cabeza en alto y los ojos cerrados; lleva el cabello recogido y a él le parece, de pronto, que es hermosa. Sus brazos se distienden sobre la cama, libres al fin de las agujas; su pecho apenas se levanta y no se escucha el aliento, el profano puede pensar

que es ya un cadáver, si confunde esa calma con la quietud de la muerte. Resulta difícil acercarse en esas circunstancias, y está a punto de irse; sin embargo esa opción le parece la más absurda de todas, una vez que está ahí, y porque siente como un obstáculo la escalera de desmesurados peldaños por la que acaba de ascender. Aún junto a la cama, deliberando en silencio, la mujer abre los ojos, y las miradas se cruzan. Él contempla esos ojos por primera vez. En la oquedad rasgada, un brillo apagándose semeja las pupilas de un pez muerto; esos ojos, le parece a él, no corresponden a las de aquella anciana cuyo servicio esmerado y prolijo casi no recuerda; pertenecen a una mujer de la que nada sabe, ante la que ahora comparece como asistente a su muerte. Ella, en cambio, algo dice con su mirar detenido, obstinado, exasperante, que se adelanta a las palabras de blando reproche con que se dirige a él y lo señala. Que lo espera desde hace mucho tiempo, le dice, mientras se agarra a la colcha como a la última tierra; que no se explica su tardanza ni el olvido con que paga sus atenciones; le pregunta si no quedan en su memoria sus miradas y caricias, si el gesto cotidiano de escogerle el pan no merece su piedad; le confiesa que aún guarda los panes en su casa, aquellos panes únicos, apartados sólo para él. Y él los imagina apilados hasta el techo de una habitación, putrefactos por el moho y los gusanos que los van descomponiendo, ajenos al valor de símbolo que custodian (aunque el hedor que emanan no es espantoso para ella, sino perfume que le trae un recuerdo de alegrías, aroma que imagina cuando ya no puede sentirlo desde su cama de hospital); él piensa en la acidez de la putrefacción, en el viejo axioma de la caducidad de la materia. De pronto, la anciana se incorpora con un interminable esfuerzo, no quiere dejar la vida sin más palabras; lo reclama cabe sí, rostro con rostro, y su boca flácida con regusto a final le recuerda la constancia de su amor, y la traición a cambio; toma una bocanada de aire y lo repite, como queriendo hacer eterna su demanda, tú me traicionas. Todavía un ademán por retenerlo entre sus manos, pero estas no alcanzan y caen; un golpe de tos y su cuerpo entero se resume en un dolor que escapa al tiempo. El enfermero aparece entonces, se aproxima para comprobar el pulso, observa sus pupilas, palpa la carótida, por toda sentencia le cierra los

ojos con delicadeza. Después lo mira sin decir nada, lo acompaña hasta la puerta, él se va, y la cierra.

10. El edificio es una construcción sin alma que alberga un universo opaco; fuera, su misterio se distorsiona y se pierde como una voz a medida que se aleja.

11. Él se dirige a su casa de inmediato. Allí se desnuda, toma un baño, luego intenta comer incitando a su apetito, coge una revista y lee en páginas salteadas, se pone de pie, se dirige a la ventana, mira por ella hacia lo lejos, retrocede, contempla la habitación, se entretiene en colocar objetos desubicados, se atusa el cabello, observa el teléfono, se divierte con el cable enrollado, luego se perfuma, coge su chaqueta, se la coloca sobre el antebrazo, camina hacia el vestíbulo, lo examina y sale. En su automóvil, la ciudad que recorre le parece más grande y enigmática, acrecentada por calles que ignora y lugares inhóspitos que nunca visita; en su intención por encontrar los límites, se aventura hasta los barrios extremos, donde las gentes ocupan la calle e intimidan a los forasteros con su mirada inmóvil. Más allá, sólo despoblados hasta la frontera única del campo. En ella se detiene unos minutos, sin parar el motor, como queriendo saborear ese final antes de que otro camino lo devuelva a su mundo y lo salve. Reposta en un gasolinera donde lo atienden con hostilidad: la ciudad siempre está al borde de la sorpresa, suele decir, fruto del choque de sus gentes y el maremágnum de sus deseos, insufrible intercambio del que abstenerse. No hay, pese a todo, más caminos que los de asfalto, dispuestos en una red de direcciones sobre un plano abstruso donde los no enterados se extravían. Nada más.

12. Cuando llega a su piso y abre al encuentro de la penumbra y del silencio circundantes, rompe de pronto la calma el motor de un automóvil frente al portal. Se acerca a la ventana y ve salir del vehículo al hijo de la panadera. Este mira hacia lo alto, y él se esconde, con tiempo de observar que oculta las manos con un gesto y se dirige a la entrada. No hay nadie en la calle. Él corre por su casa, de habitación en habitación, roza una maqueta que no cae, y al fin se detiene al resguardo de un lugar desde donde escucha a ese hombre que asciende, muy ruidoso, la escalera. Imagina el trabajo de mover noventa kilos, su masa de carne impredecible y sudorosa; lo oye

detenerse en el rellano a coger aire –unos instantes infinitos–; pero no hay tregua, otra vez el escándalo de sus zapatazos acercándose. Su mano asoma, por momentos, en la barandilla (como la de un niño que empieza a caminar); desde arriba se escucha, en la cautelosa noche, el estertor de su esfuerzo. Cuando alcanza el penúltimo piso, vuelve a descansar; lo detiene la fatiga, o delibera qué hacer, o quizás prepara algo que cabe en un bolsillo. Con lentitud, sube los últimos peldaños y, cuando descubre que la puerta está entornada, lo inmoviliza el asombro: no sabe cómo interpretar esa señal, su intuición no le vale, siente miedo. Aún la confianza en su fuerza lo impulsa a seguir; se planta, solemne, en el umbral y pronuncia su nombre, le pide que salga. No se oye a nadie. Insiste en reclamarlo, ahora impaciente; al no obtener contestación, empuja la puerta y entra; su cuerpo obeso, su torpeza, el sonido de su voz que lo delata; en el vestíbulo, lo hechiza la figura de un navío que zarpa con su tripulación a bordo, el velamen desplegado, su banderín rojiverde que finge ondear al viento; no bien dirige su vista al interior y se desploma, empujado por un golpe de metal a la espalda. En el suelo, imagina la sangre que brota lentamente; pero no puede volver el rostro ni contemplar siquiera

13. la mano que lo hizo.

Ángel Zapata (Madrid, 1961) es profesor de escritura creativa en la *Escuela de Escritores* y autor de *La práctica del relato* (1997), *Las buenas intenciones y otros cuentos* (2001), *El vacío y el centro. Tres lecturas en torno al cuento breve* (2002), y *La vida ausente* (2006). Ha obtenido los premios *Ignacio Aldecoa de cuento*, *el Jaén de relato*, *el Ciudad de Cádiz*, *el Ciudad de Huelva*, y el *Premio de la Fundación Fernández Lema*. Su trabajo como cuentista ha sido antologado en *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español* (2002, 2010), *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (2010), *Mar de pirañas. Nuevas voces del microrrelato español* (2012) y *Cuento español actual 1992-2012*. (2014).

El valor

En un islote de Oceanía, un islote mezquino, pedregoso, dos náufragos caminan por la playa, como dos cormoranes heridos. Uno de ellos, Dámaso, es un hombre viejísimo, curtido como un trozo de mojama, con una barba blanca poblada de crustáceos que le muere en los pies, y una sombrilla mínima, hecha de andrajos, con palitos unidos por hojas de palmera. El otro, Roque, es un hombre de mediana edad, todavía fornido, que a cada poco hace visera con la mano para mirar el horizonte azul. Al llegar a un recodo de la playa, Dámaso alza la sombrilla, como queriendo resguardar a Roque, y coloca una mano temblona en el codo de su compañero:

—Roque, hijo ¿tú te acuerdas de las motocicletas? —le dice.

—No. No me acuerdo.

—¿Y quieres que te explique cómo eran?

—No. Para qué.

—Pues para hablar de algo, Roque. ¿Tú no sabes que hablando se hace el tiempo más corto?

Roque dirige al horizonte una mirada triste, casi acuciante, y

prefiere no contestar. El aire huele a sal y a dátiles maduros. Debe ser cerca del mediodía porque el sol cae a plomo sobre la playa. Allí, en la franja de arena donde se unen la tierra y el agua, el mar deposita miles de letras rojas: letras lisas, de piedra, talladas por el oleaje. Miles y miles. Un alfabeto innumerable, como las dunas del desierto, que a veces forma palabras simples, palabras como “Pepi”, “bici”, “Roma”, “anís”, y otras veces —los días de mar gruesa sobre todo— se disgrega en rebaños versátiles, y deja escritos sobre la arena mensajes apremiantes, misteriosos, mensajes que a cualquiera le quitarían el sueño, o por lo menos la tranquilidad: “Ramiro, si llegas antes de las cuatro le amansas la biela a Queipo. No te vuelvas loco buscando los hurones, que están donde siempre.”

Dámaso —que ha metido las piernas en el mar y se echa agua por la nuca, con las dos manos—, desbarata el mensaje con la punta del pie, muy despacio, según pisa la tierra firme. Luego desclava de la arena su sombrilla andrajosa; y echa a andar en dirección a Roque, que aún mira el horizonte inmóvil desde el recodo de la playa.

—Roque, hijo —le dice desde lejos—; tú sólo hace tres meses que has naufragado, y aún no puedes saber cómo se echa de menos una buena motocarro en este islote. Sé que no quieres que te lo diga, pero con una motocarro, Roque —por ponerte un ejemplo—, ya no sería preciso que nos diéramos estas caminatas todos los días, como dos cormoranes heridos, por esta manía tuya de ir agrupando en montoncitos las letras huérfanas, y de mirar el horizonte.

—¿Ha visto usted alguna letra huérfana?

—Ahí tienes unas cuantas —responde Dámaso. Y señala el mensaje que acaba de borrar con disimulo.

Roque se agacha junto a las letras rojas, y de un solo vistazo comprueba que están huérfanas. Después las va mirando una por una, con ojo experto, y las deja dispuestas en un montón. Es un montón armónico. Roque mira el montón con fijeza, lo mira bajo el sol del mediodía, y cuanto más lo mira más armónico le parece.

—Es un montón armónico ¿verdad? —le dice a Dámaso.

—Sí, hijo. Es un montón armónico.

Y entonces Roque se derrumba. Se hunde del todo. Allí, perdido hace tres meses en un islote desolado, ante un friso de rocas y

palmeras, con el mar a su espalda, siente que se le rompe el corazón. Trata de impedirlo con todas sus fuerzas, pero al final le vence el llanto. Lloro con unas lágrimas tan duras, que al caer en la playa forman hoyos hondísimos, hoyos inconfiables, casi humanos, a los que no se ve el final.

—¡Venga, Roque, venga! —le dice Dámaso. Y le da palmaditas en el hombro, con sus manos temblonas.

—¡Yo quería construir, señor Dámaso!

—Sí, hijo, sí.

—¿No lo ve usted? En estos montoncitos está la prueba. Yo era un ingeniero recién titulado. ¡Y quería construir!

—Venga, Roque, valor —le insiste Dámaso—. Hay que tener valor antes que nada. Tener valor es lo primero. Y lo segundo, perdona que vuelva a lo mío, es una motocarro, Roque. Sin una buena motocarro, la vida del náufrago no es más que un cúmulo de sinsabores, y lo mismo valdría para la vida de cualquiera.

—¡Por eso lloro, señor Dámaso!

—Naturalmente, hijo. Tú querías construir, ya lo sé. Y yo era sólo un mozalbete cuando me hice a la mar, porque necesitaba ahorrar dinero para una buena motocarro. Ya me ves. Ya te ves. Esto es la vida, Roque. Tú con tus montoncitos de letras huérfanas. Y yo aquí, sin nada, con la barba poblada de crustáceos, sin la ilusión siquiera de andar mirando el horizonte azul... porque también eso se pierde. El azul, la ilusión, el horizonte. Todo se va apagando con el tiempo. Ya lo verás.

—Caray, señor Dámaso, usted para dar ánimos se pinta solo.

—Yo te explico las cosas como son, Roque. Y por eso te decía al principio que el valor es lo más importante.

—¡El valor!

—Eso es. La energía del carácter, Roque. De eso depende todo... Y de una buena motocarro, naturalmente.

—¡Ya! —contesta Roque, con los últimos hipidos del llanto.

Luego Dámaso y Roque guardan silencio. Muy lejos, allí donde termina el horizonte, se divisa una hilera de nubes gordas, nubes audaces, nubes raudas, nubes mandonas y marisabidas, y un grupito de nubes más pequeñas, detrás, llevándoles el equipaje. El aire huele

a líquenes desde hace un rato, y suena igual que suenan los espejos cuando se rajan porque sí. Sentado junto al viejo náufrago, en el recodo de la playa, leyendo las palabras un poco repipis que ahora forman las letras del mar (palabras como “néctar”, “cornucopia”, “topacio”), Roque, por un momento, se siente en paz con casi todo. No exactamente consolado. Pero sí en paz.

Piensa que para un hombre como él, que seguramente nació sin bravura, esta paz que ahora siente porque sí —igual que luce el sol del mediodía o se parte un espejo— es una forma de coraje. Eso piensa. Vuelve a mirar sus montoncitos huérfanos, armónicos, con una gratitud recién nacida. Y después mira a Dámaso. Mira su piel amojamada, su sombrilla raquíta, hecha de andrajos, y su barba poblada de crustáceos, que le muere en los pies.

Entonces Roque tiene una idea.

Duda.

La idea insiste en su cabeza.

Vuelve a dudar.

Y así pasa un buen rato. ¿Cuánto rato? Mucho. Pasa un rato larguísimo, a qué negarlo. El mar va y viene, y viene y va, con esa tontería que tiene el mar de ir y venir. El caso es que el sol ha empezado a picarles en la espalda, cuando Roque, por fin, coloca una mano segura en el codo de su compañero.

—¿Yo a usted le serviría de motocarro? —le dice de repente.

—¡Hombre, Roque! Comprenderás que no es lo mismo.

—Ya. ¿Pero le serviría o no?

—Pues sí. Claro que sí. Me servirías de mil amores, desde luego.

—Bueno. Pues vamos a probarlo, venga.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Y tú vas a saber petardear como petardeaban las motocarros?

—Puede.

—¿Y vas a ser capaz de tomar las curvas como si fueras a desguazarte?

—Pues igual sí.

—Roque.

—Dígame usted, señor Dámaso.

—¿Tú te acuerdas de que las motocarros tenían hocico? Así: un hociquillo puntiagudo, mírame, igual que los ratones.

—Vale. Yo pongo hocico de motocarro. Usted no se preocupe.

—Roque.

—¿Sí?

—Nada, hijo. Eso. Que muchas gracias.

—No se merecen, señor Dámaso —le dice Roque. Y se agacha un poco, delante de él, a fin de que pueda montarse en su espalda.

Temblando de emoción, bajo el sol débil de la tarde, Dámaso se agarra como un jabato a los hombros fornidos de Roque, y cruza las piernas huesudas por delante de sus caderas.

Enfrente de los dos se ve el islote, el verde opaco de las palmeras, la piedra inhóspita y pelada, y detrás se ve el mar infatigable, yendo y viniendo, con sus mensajes caprichosos, sus letras huérfanas, su horizonte ilegible y vacío. Eso es todo lo que se ve. Y eso que se ve, es todo.

—Por mí, cuando tú quieras —dice Dámaso.

Y Roque pone hocico de motocarro.

Arranca.

Petardea.

Entra botando en la primera curva, como si fuera a desguazarse.

Tomado de: Ángel Zapata. *Las buenas intenciones y otros cuentos*,
Páginas de Espuma, 2011.

Eloy Tizón (Madrid, 1964), es autor de las novelas *La voz cantante* (2004), *Labia* (2001) y *Seda Salvaje* (1995), finalista del Premio Herralde; y de los libros de relatos *Técnicas de iluminación* (2013), *Parpadeos* (2006) y *Velocidad de los jardines* (1992). Ha sido incluido en una selección de los mejores narradores europeos en la antología *Best European Fiction 2013*, prologada por John Banville. Es uno de los autores de referencia de la narrativa hispanoamericana y maestro de narradores ampliamente elogiado por crítica y público.

La calidad del aire

Lo siguiente que sé es que salgo de la fiesta el lunes por la mañana. Salgo, me echan, no estoy seguro. Pasó aquello. La música se interrumpió con un graznido. Estoy fuera, con los nudillos rojos. Nada que hacer en la calle. En aquella calle. Me quedo así, un minuto y medio, dos, deslumbrado por el sol, el corazón en las piernas. Mis zapatos. Alzo la cara hacia el cielo o hacia el odio. Me echan. Quiero perderme.

Perderse no es tan fácil. Requiere superar grandes obstáculos, huir de los lugares comunes, de los hábitos que nos cercan, esquivar escrupulosamente las caras conocidas de amistades y familiares para las que significamos algo y tenemos un pasado que nos narra. Sobre todo eso, las caras. Nada que recuerde la carcoma de la costumbre, asomando su gran cuerno de rinoceronte. Elegir, entre dos calles, la peor, la más húmeda, la que tiene el suelo borracho y un aire de cremallera abierta. Calles con cara de cremallera, eso puede ser la solución. Perderse es una disciplina para la que se necesita valor y algo de entrenamiento.

El paisaje cambia, la mañana. Los olores de las calles son diferentes, no me reconozco en ellos. Nada me suena aquí. Hay una tapia resentida con una bicicleta aparcada, un busto de yeso,

coronas de flores al pie de las farolas donde alguien fue atropellado y perdió la vida. O un olor aplastado de carne y almacenes. ¿Dónde estoy? Doy vueltas al azar, por hacer algo. A base de internarme en zonas cada vez más remotas, consigo que mi mañana, poco a poco, vaya perdiendo su filo y aflojando su exigencia. Claro que todo esto sigue siendo demasiado teórico aún para mí, demasiado abstracto. Necesito, para reaccionar, una sacudida fuerte, sin miramientos, que me permita perderme. Compruebo con desagrado cómo, al detenerme en una esquina, siquiera escasos segundos, me siento menos perdido, más integrado en la corriente que me rodea. Formo parte de algo. Sin yo pretenderlo, todo se ordena en una secuencia coherente y el rojo de los árboles hace guiños al ojo irritado del semáforo que a su vez se compagina a la perfección con una nube que se sofoca en un cielo color sexo. A poco que uno observe algo con cierta demora, ese algo se convierte de inmediato en una coreografía.

—Fuera, fuera. Fuera con todo eso.

Me he dicho. Salgo huyendo de allí, decidido a mantenerme siempre alerta, al acecho. No debo olvidar mi objetivo, que sigue siendo perderme. Aun así, por momentos, la sensación de estar perdido se debilita, es frágil, solo consigo mantenerla fresca en la mente durante breves intervalos, a costa de una concentración insensata que me desgasta y ofusca.

La mano hinchada. Mi mano derecha cada vez más hinchada. Si no fuese por este dolor, hace horas que estaría muerto. ¿Qué es esto? Mis llaves en el bolsillo. ¿Qué es aquello de allí? Un ujier en su garita. Lleva, eso me parece ver, una especie de banda de académico que le cruza el torso en diagonal. Unas cuantas condecoraciones, incluso. Mide las baldosas de la acera mientras ruge al teléfono: «Sí señor. Sí señor. Eso desde luego. Tomaré las medidas oportunas para que no vuelva a repetirse. Desde luego, señor». La barba le zumba de satisfacción.

Necesito una pasión inservible. Ser yo quien tome la iniciativa y se adelante a los planes de la mañana, si quiero mantenerla a raya, después de lo que ha pasado en la fiesta. Nudillos rojos. Me quito el reloj y lo ato a la muñeca de una estatua. Eso parece ser algo,

un signo, porque carece de explicación. Lo dejo allí y me alejo sin volver la vista, más tranquilo y envalentonado. Me obligo a más. La fiesta. Dicen que hay suicidas que se tiran al mar y nadan hasta un punto tan alejado de la costa que saben que ya no podrán regresar. No tendrán fuerzas para alcanzar la orilla. Exhaustos, morirán en el mar. Ese punto. Ese instante de iluminación. Ese momento preciso en el que uno decide dar una brazada más, la definitiva, la que le llevará a un lugar sin vuelta atrás. Ese gesto último.

Saco del bolsillo la billetera y las llaves. ¿No será demasiado? Las contemplo con cariño anticipado, por un instante, mis llaves, mi billetera, cuánto las quiero, las aborrezco, yo que tanto os he amado y ahora. Me entran dudas, nunca he sido valiente, a la hora de la verdad me encojo. ¿Me atreveré a borrar mis huellas? El mar estará frío. Mis llaves abren mi casa, donde vivo con mis muebles y mis espejos que reflejan los muebles que hay en mi casa donde vivo yo, mi billetera tiene departamentos donde doblo mi dinero y tarjetas plastificadas que aseguran que yo sé conducir y tengo tales años y soy quien digo ser y no otro.

Dudo. Estoy en medio de una avenida sin tráfico, con la billetera y las llaves en la mano, nadie me mira ni me sonrío, aprovecha, sería raro no hacer algo con ellas, ya es demasiado tarde para no hacer algo con ellas. Una vez que las he sacado del bolsillo, me quedo mirándolas, estoy obligado a hacer algo con la billetera y las llaves, sería descortés guardarlas otra vez. Al final, no me queda más remedio que actuar, yo mismo me lo he buscado, me lo tengo merecido. Hago, pues, el gesto de rendición. Aterrado de mí, oigo cómo caen rebotando por la rendija de una alcantarilla. Al fondo se oye un vacío chapoteante de tubos y agua profunda. Me he quedado sin dinero, sin documentos, sin llaves para volver a casa. Estoy perdido, ahora sí. La mañana retrocede, humillada. No se esperaba esto de mí. *Esto* me provoca arcadas. Nunca me había sentido tan menoscabado. Es todavía peor de lo que imaginaba. Me noto, durante largos minutos, horriblemente fuera de lugar, enfermo, con taquicardia y ganas de llorar, sin derecho a la existencia, golpeado. ¿Qué has hecho, imbécil, qué has hecho?

Expulsado de la fiesta, expulsado de la risa. Después de aquello

(no fue culpa mía, yo solo pretendía pasarlo bien), el mundo ha vuelto a ser un lugar inhóspito y crucial, emocionante. Si un coche me atropellase ahora, sería un cuerpo sin nombre que yace en el depósito. Y en cierto modo, lo soy. No puedo demostrar que sé conducir, no puedo demostrar mi identidad, no puedo demostrar nada.

Es una sensación física rara, menos alegre de lo que parece. Basta con que nos falten la billetera y las llaves para retroceder mil años, qué digo mil años, cien mil años de evolución, por lo menos. La billetera y las llaves ocupan, en el espacio, unos 10 cm². Toda nuestra civilización depende de esos 10 cm². Siglos de cultura y gastronomía, escuelas artísticas, movimientos teológicos, avances y retrocesos científicos, investigaciones filosóficas, tratados morales y políticos, teoría económica, sutiles disquisiciones entre el bien y el mal, la razón y el instinto, el cero y el infinito, y al final todo se reduce a esto: un cuadradito de piel o tela con otros cuantos cuadraditos dentro. Si nos sustraen esos 10 cm², no somos nada, lo perdemos todo, volvemos a la antorcha y al grito, a los sacrificios humanos con grasa y pigmento, a la noche de piedra de los grandes reptiles y al apetito hacia la carne humana.

Ahora sí, ahora me doy permiso para echar de menos mi billetera y mis llaves con una nostalgia lumbar de paraíso perdido, inconsolable, como jamás eché de menos el cuerpo desnudo de Diana bajo el chorro de la ducha o mi infancia. Su tacto, su dulzura, su música secreta. Leche y miel en mis dedos. Doy unos pocos pasos conmovido, bailando el claqué del dolor en la acera, ciego y sordo, dejándome llevar, ahora empiezo a arrepentirme de la ligereza con que he actuado, mis piernas van volviéndose de mimbre, tengo un cesto de ropa sucia en la cabeza, respiro serrín, me odio. Acabo de traspasar un límite. Los límites no están fuera, sino en el interior del bolsillo. He conseguido lo que quería pero es un triunfo mezquino, a mi costa, que sabe a cotización bursátil.

¿Y ahora qué? (¿Cuánto costará una cobaya?, me pregunto. Puedes comprarte una y llevarla en el bolsillo, así al menos notarás un palpito caliente cerca de la entrepierna que te haga compañía. Busco, pues, una tienda de animales, aunque no pueda pagarla).

Me he quedado sin reloj, sin billetera y sin llaves para volver a casa. La calle es una piscina de árboles de colores oxidándose en un embudo de placas, de sombras, de gimnasios, tengo hambre, tengo sed, me rugen las tripas, la tensión arterial por los suelos, estoy cansadísimo y esto es solo el comienzo, lo sé. Me espera una odisea interminable. Avanzo mecánicamente, brincando un poco, eso sí, con movimientos espasmódicos.

La mañana espesa de oficinas, lenta de parvularios, arenosa de aparcamientos. De repente se oye un grito. Todos me miran. ¿Habré gritado yo? No me parece. Por si acaso, disimulo. A mi lado, de la nada, aparece una mujer exuberante que también me mira aunque de otro modo, una mujer sin atributos, prefiero no describirla, para evitar orientarme. ¿Desde cuándo lleva ella aquí, mirándome? Parece tan perdida como yo, o incluso un poco más. Solo diré que no lleva bolso, sino que ella es su propio bolso, un bolso negro, con un broche aparatoso como cierre, una sola asa.

Qué orgullosa está ella de su broche, de su cierre, esa mujer, su bolso es el eje del planeta. El faro encendido que mantiene el ritmo de las mareas de los océanos. Gracias a ese bolso la tierra sigue girando, las huertas producen remolachas y los aviones despegan y aterrizan más o menos puntuales. Aunque todo vaya de mal en peor en su vida, el cierre de su bolso siempre hará clic, no importa en qué circunstancia, eso debe de suponer un consuelo enorme para ella. Tu vida es un desastre completo pero tu bolso hace clic, para qué quieres más. Me sigue, es evidente, me sigue. Me pregunto en qué momento empezó a seguirme, cuánto tiempo llevará siguiéndome.

Esto lo cambia todo. Lo siguiente que sé es que camino por la calle, seguido por una mujer exuberante con un bolso. No evito su presencia, pero tampoco la fomento. Que haga lo que quiera, esta mujer exuberante, a mí qué puede importarme, si yo ya no tengo nombre ni carnet del videoclub. Me desentiendo de ella. Las casas son cada vez más lúgubres, pintadas de amarillo úrico, un barrio feo, semiasfaltado, con algunas plazas pueblerinas de arena con columpios donde unos cuantos niños juegan sus juegos prudentes, sin molestar a nadie. De mayores serán registradores de la propiedad o podólogos. Queda en el aire el vago temblor de una ambulancia

que quizá pasó hace exactamente veinte minutos y catorce segundos, o quizá por aquí nunca pasó una ambulancia. Es lo que yo digo.

La pintura amarilla de las casas es demasiado reciente, se nota mucho, aún no se han acostumbrado a ese color y se las percibe incómodas debajo de esa piel tirante, sin reconocerse bajo los disfraces de ese maquillaje explosivo que no pega (aún) con el tono ceniciento del cielo y los árboles. Con el tiempo, con el roce de los días y las muertes, todo se irá puliendo y descascarillando en una mordedura común, qué remedio, aprendiendo a tolerarse como la distancia entre las orejas y la nariz en el rostro de un recluso. La pintura quedará como un tesoro enterrado. Y el ojo, entonces, no verá nada.

Me sale al paso la terraza de una taberna con mesas fuera, con toldos aburridos, me apena tanto esta taberna que no resisto la tentación de sentarme allí, pese al frío, pese a los inconvenientes, pese a la bomba atómica que nos amenaza a todos desde un cielo nuclear. Soy el único cliente de la mañana, tal vez el único en semanas o meses. Todo es desangelado y extranjero, justo lo que prefiero. Será solo un momento, un breve respiro en mi misión, tengo una aventura por delante que no puede esperar. En la mesa quedan migas petrificadas de alguna consumición pleistocénica. En el interior de la taberna, tras el mostrador, el camarero de dientes podridos, ni joven ni viejo, enjuaga algo en silencio bajo el grifo o piensa en la paraplejía de su hija menor, qué fatalidad, el médico del seguro dice que no se puede operar, las prótesis ortopédicas son caras, hay que ver, cuántas complicaciones y la niña está en un grito. Justo ahora cuando parecía que las cosas empezaban a enderezarse. Él tenía sueños, tenía planes, la posibilidad de regentar su propio negocio de repostería erótica. Llevaba meses, ensayando en el horno, formas fálicas y rellenos voluptuosos. Y en lugar de eso tiene que conformarse con estar allí, parapetado tras aquel mostrador de cinc, manoseando vasos por hacer algo y viendo al único cliente de la mañana (ahora llega otra a sentarse a su lado, menudo incordio), instalado en la terraza, sin intención de consumir, cuánto vago suelto.

Volvamos a mí. Estoy pensando en la correa de mi reloj, atada a

la muñeca de una estatua, allá lejos, en un jardín o en el patio de una prisión, en mi antigua vida. Qué lejos queda todo, en eso pienso o respiro. Al cabo de un rato, sin pedir permiso, un cuerpo se desliza a mi lado, la reconozco, es ella, la mujer exuberante del bolso, la que me sigue a todas partes. Se sienta junto a mí sin hablar, no hablamos, mejor así, porque el diálogo acolcha y prefiero que nada mitigue la violencia de esta mañana única, ni me distraiga de su luz cavernosa. Lo que ocurre en el corazón, en el corazón se queda.

Entonces ella, yo diría que con delicadeza, aunque no estoy del todo seguro, pone su bolso frente a mí, y en ese bolso con broche que hace clic y sostiene el mundo ella empieza a rebuscar algo, entre recibos y píldoras. Un paquete. Envoltorios. Un inhalador para el asma. Se me ocurre la idea loca de que ella va a sacar de allí mis llaves y mi cartera, mágicamente recobradas del fondo de la alcantarilla. Pero no. Eso hubiera sido demasiado raro. Al cabo de un rato ella extrae, como si tal cosa, un huevo. Un huevo blanco, tan perfecto, casi la idea de un huevo.

La mujer lo deposita con suavidad sobre la mesa, un huevo suave. Deposita allí la blancura y el futuro.

Un huevo blanco, así escrito. Casi dan ganas de llorar, de tan enternecedor y tan huevo. El huevo sale del bolso del mismo modo que yo salgo de la fiesta. (¿Volver allí y disculparme por lo que hice? ¿Limpiar las manchas de sangre? Qué lejos está todo de mis nudillos). Ese huevo, allí tan solo, saliendo del bolso de la mujer exuberante que me sigue a todas partes, el bolso que hace clic, el huevo que hace clic, la gallina que hace cloc, la mañana que hace tanto dejó de ser mañana para convertirse en otra cosa para la que no tengo nombre ni lo deseo. ¿Qué puedo yo, un mortal, contra un huevo de gallina Leghorn? Contra ese laborioso acarreo del calcio y las estaciones, ese montoncito de blancura con su amarillo secreto dentro, su yema pálida, sofisticada por filas de incubadoras y por sartenes con fuego debajo. Ese huevo existía por anticipado antes de que yo lo mirase o imaginase que iba a encontrarme con él bajo el amparo de un toldo. Antes de esta mañana. Seguramente antes de salir de la fiesta hoy con una nueva inquietud en la mirada y ganas de algo así como perderme.

Se puede ver a través del cuerpo de las demás personas. No es tan difícil. Solo hace falta entrenarse un poco. Los órganos son transparentes. Las vidas son ectoplasmas al trasluz con ramificaciones de sangre, se enredan unas con otras, se enlazan, se separan, dejando a su paso, después de que todo termine, un rastro de luz removida.

La música se interrumpió con un graznido. Pasó aquello. Se dijeron cosas, saltaron algunos cristales. No sé por qué me empeño en seguir llamándolo fiesta. Fiesta no fue.

Estoy en el umbral de un barrio desconocido, en una terraza con migas, al alcance de una mujer exuberante que ha puesto un huevo en la mesa. No tengo dinero para pagar las consumiciones ni casa a la que volver. Quizá fuese esto lo que buscaba, no me atrevo a afirmarlo. Pienso que aún falta algo. No sé qué es. Echo de menos un poco de compañía. Ojalá que pronto otros hombres sin billetera, otras mujeres sin llaves, expulsados de otras fiestas, vayan sumándose a nosotros. Para rodear a nuestro huevo de ojos y de bocas, para abrigarlo quizá, para escribirlo. Un huevo manuscrito entre una multitud de naufragos. Esto, después de todo, no ha hecho más que terminar. Dentro de poco, si hay suerte, estaremos todos perdidos.

Juan Carlos Márquez (Bilbao, 1967) es autor de *Oficios* (Castalia), premio Tiflos de Cuento 2008; *Llenad la Tierra* (Menoscuarto); *Tangram* (Salto de Página), premios 'Sintagma' 2011 y 'Euskadi' de Literatura 2012; *Norteamérica profunda* (Ayuntamiento de Montijo 2008/Salto de Página 2012), premios Unión Latina y Rafael González Castell, Lobos que reclaman la noche (*Tropo*), con fotografías de Agurtxane Concellón, y *Los últimos*, finalista del Premio Celsius a la mejor novela de Ciencia-ficción escrita en español pendiente de fallo. En 2012 fue uno de los escritores que representaron a España en el festival cultural londinense Spain now! Es columnista habitual de la revista literaria *Quimera*.

Papá, mírame

El hombre se reconoce en el sueño aunque su apariencia física no es exactamente la misma. Se ve más alto. Un poco más grueso. La cicatriz de la barbilla se le ha desplazado hasta el nacimiento del labio inferior. El sueño comienza, o hasta ahí alcanza la memoria del hombre, en una carretera urbana, con él al volante de un coche del mismo modelo que el suyo pero de otro color, dispuesto a torcer a la derecha para entrar en un barrio que le recuerda a su barrio pero no es su barrio, porque en su barrio los días tienen otra luz (ni mejor ni peor, otra) y no hay palmeras emergiendo de los adoquines. En ese tris, durante la maniobra de giro, el hombre oye un estruendo, un golpe muy seco, y poco después un grito doloroso que le parece salido de la garganta de su mujer. Finalizado el giro ve un grupo de personas arracimadas en el límite de la acera con la carretera, más o menos a la altura de un edificio que sería el suyo si no fuera por la palmera que cubre parte de la fachada. El hombre deja el coche cruzado sin atender a las obligaciones de la circulación, sale aprisa y mira hacia lo alto. La mujer que el hombre cree su mujer tiene el cabello corto, mucho más que la suya, y camina fuera de

sí de un extremo a otro de la terraza. Su grito se ha quebrado en otros gritos, en rabia, en llanto, y a veces se confunde con las voces desgarradas que desde abajo le repiten que entre en la casa, que, por dios, no haga ninguna locura. El hombre corre hacia el grupo de personas para ver qué ha sucedido. Lo hace con la certeza de que, pese a las diferencias, la mujer, la terraza y el barrio son los suyos. Sin embargo, apenas consigue avanzar. Las zancadas se le vuelven lentas. Onerosas. Cuando, al fin, con lágrimas en los ojos y sin apenas resuello, está muy próximo a llegar, despierta, y lo único real del sueño son las lágrimas que le resbalan por las mejillas en la oscuridad del dormitorio.

Al hombre le dejaría más tranquilo compartir la pesadilla con su mujer, quien, con un ronquido leve, casi dichoso, yace a su lado a salvo de las miserias del mundo, pero se conforma con acercarse un oído al vientre encinto, con posar los labios en aquel altiplano y dejar que escape después entre sus dedos, a tientas, un mechón de pelo de la durmiente. El hombre sabe, lo ha sabido desde el instante en que despertó, que su sueño es de esos que ha de guardarse uno para sí, encerrado tras varias vueltas de llave, por eso agradece que su mujer duerma. De una manera inconsciente incluso lo celebra, porque eso mantiene alejada de él la tentación.

El bebé, no muchos meses después, mantiene al hombre entretenido en sus aprendizajes: la inclinación adecuada, entre 45 y 60 grados, del biberón para que la tetina esté siempre llena, las ingenierías del pañal, el *body* y los corchetes, las palmaditas en lo alto de la espalda que son mano de santo para los gases, el arrullo perfecto, la descodificación del llanto, las sonrisas apócrifas, el valor de los gorjeos, la guerrilla contra los cólicos, los despertares a deshoras, las regurgitaciones, los vómitos, los enrojecimientos, los sarpullidos, las primeras infecciones. El hombre tiene que aprenderlo todo con ayuda de su mujer y de los libros, porque carece, como carecen todos los hombres, de instinto maternal, de matriz. Ha de acostumbrarse a ese nuevo ser que le resultará al principio extraño, si no rival, con quien sus únicos lazos son un proyecto común de pareja (eso que los románticos llaman amor), cierto parecido físico y la ternura que inspira a los bien nacidos lo indefenso. Las mujeres

gestan nueve meses a los hijos, y los hombres han de gestarlos después tanto o más, ésa es la verdad incómoda a la que debe hacer frente el hombre, en silencio, a oscuras, con la misma prudencia con que enfrentó su sueño.

Sin que el hombre sea del todo consciente, el bebé le va, a medida que crece, robando los afectos. El olor a pan de la piel del pequeño, el ejercicio diario de egoísmo (eso que los románticos llaman satisfacción) que le supone mirarse en las pupilas de su hijo y verse proyectado hacia la eternidad, los parloteos alegres, la contemplación del niño dormido, enroscado en su cuna como una presencia celestial, el calor humano, casi febril, que despierta su cuerpo con el despertar reciente, el primer beso, ese roce torpe, sonoro, tierno y salivoso en la mejilla, los pasos titubeantes, el día insospechado en que al niño se le llena la boca con la palabra papá. En un lapso más o menos corto de tiempo, en el hombre se ha producido una revolución que ninguna ideología, moral, saber filosófico ni sentido del deber puede. Ha dejado de ser él para ser su hijo y él, ellos. El hombre acumula la energía de una vida doble, la suya y la de su hijo, que lo alimenta y lo consume a partes iguales. Es dos: la esperanza de dos, el temor de dos, pero ha tardado en dividirse o en multiplicarse (según se mire) más de un año. Y en ese momento, cuando ya había caído en el olvido el sueño, otro vuelve a sobresaltarle.

Esta vez no hay coche ni carretera urbana, nada que se asemeje en principio a la pesadilla primera. Hace, sin embargo, muchísimo calor, y los mosquitos campan por doquier, revolviendo el aire estancado con sus zumbidos. El hombre, quien en esta ocasión se reconoce íntegro en su apariencia, permanece sentado en el borde de una piscina con las piernas dentro del agua cuando de pronto mira su imagen en el agua y ve algo que le desconcierta. En lugar de su imagen ve la de su mujer, pero mucho más vieja, encanecida y arrugada, sin destellos de luz en los ojos, como si hubieran pasado sobre ella las hojas de muchos calendarios. El hombre, obedeciendo a un instinto, se arroja al agua o eso piensa él que hace, porque el agua y el rostro de su mujer desaparecen y lo único que queda en el fondo de la piscina es un círculo de zapatos desaparecidos alrededor

de un niño a quien no alcanza a ver la cara, que juega a hacer rodar un cochecito.

El bebé duerme. Sólo se oye el crepitar de la tetina de su chupete, la cual mordisquea cadenciosamente con sus dientes de leche. El hombre entrecierra la puerta, cruza el pasillo y regresa a la cama. Se acurruca junto a su mujer. Ella gruñe una de esas frases sin sentido que suelen decirse entre sueños y le da la espalda para seguir durmiendo. En cambio, al hombre le resulta imposible conciliar el sueño. Dentro de un par de horas a lo sumo tendrá que levantarse, y este tiempo precioso se le está yendo y viniendo sin dormir. Los minutos se le gastan en pasarse los dedos por la cicatriz de la barbilla y en arrimar el oído a la noche. Hace proyectos. Enreda las cosas. Mañana sin falta, al volver del trabajo, parará en la ferretería. Las ventanas y la puerta corredera de la terraza necesitan topes. El niño está creciendo mucho. Cada día es más ágil. Cualquier día descubrirá la proeza de subirse a una silla y dirá: "Papá, mírame".

El día sucesivo, en contra de la voluntad de su mujer, el hombre limita la apertura de las ventanas a un palmo escaso, lo justo para ventilar la casa, y bloquea una de las hojas de la puerta corredera y parte de la otra, de manera que actividades cotidianas como tender la ropa o asomarse a sentir qué tiempo hace llegan precedidas de estrecheces. El hombre inhabilita incluso los ventanucos translúcidos de los baños, a muchos centímetros aún del alcance del niño, y establece una serie de reglas de las que hace partícipe a su mujer. El niño no podrá permanecer solo a no ser que se encuentre en su cuna, tras los barrotes. Ocurra lo que ocurra nadie lo asomará, siquiera en brazos, a las ventanas o la terraza. Cuanto menos sepa el niño lo que hay ahí afuera, tanto mejor.

El hombre, aunque parece ver aliviado en parte su desasosiego con los nuevos controles, no tarda en vivir una vida prestada. Su mujer no respeta las reglas o, como ella aduce, se le olvidan, así que, para compensar esa desidia o esa divergencia de pareceres (el hombre no sabe bien cómo denominarla), él está vigilante en cualquier circunstancia. El ruido o el balbuceo más nimio lo soliviantan incluso si el niño permanece en compañía de su madre. Cada vez que oye el abrirse o cerrarse de una ventana, el hombre aparece en

un santiamén en el cuarto en cuestión y justifica su presencia con excusas inverosímiles. El chillido del muelle de un toldo que se recoge sobre sí mismo, una bocina, una persiana que sube o baja, el ladrido de un perro, cualquier eco del exterior hace que el hombre abandone lo que esté haciendo para supervisar el estado de todas las ventanas de la casa.

Una noche de sábado, con unas copas de vino encima, el hombre acorta la distancia que le separa de su mujer en la *chaise longue*, envuelve con sus manos las de ella y le dice que lleva tiempo dándole vueltas a algo. La mujer le presta atención. Hace semanas que él no le envuelve las manos y además la película está en los anuncios. El hombre le habla en un susurro de las incomodidades del barrio. Es una zona envejecida, llena de muertos vivientes, le dice, apenas hay colegios cerca, ni parques, el edificio en el que viven no tiene garaje ni trastero ni tampoco piscina y aquí, en esta ciudad de locos, el verano es caluroso y largo. Quizá sea hora ya de mudarse. A la mujer no le parecen mal los argumentos del hombre, en realidad los reconoce como suyos, pero cree que lo mejor será esperar unos años, dos o tres, los suficientes para que el niño necesite colegios y piscinas. Ahora es una buena oportunidad, insiste el hombre. Los intereses están bajos y con los sueldos de los dos pueden pagarse algo más caro en una zona mejor, más próspera. Un compañero de trabajo acaba de mudarse a una colonia residencial de las afueras con todas las comodidades y le ha dicho que aún quedan algunos pisos en venta. Hay un bajo a buen precio, de casi ciento cincuenta metros, con vistas a la piscina y a un parquecito con un tobogán y un columpio. El hombre ha quedado con su compañero para que le acompañe a verlo esta misma semana. La mujer arruga el ceño. Libera sus manos de las de su marido. ¿Un bajo? Los bajos son una mierda. Son oscuros. Un horno en verano. No corre la brisa. El ascensor dichoso funcionando al lado día y noche. Sobre los bajos cae la porquería de todos los demás pisos. Ella vivió muchos años en un bajo y no se mudaría a otro ni loca, concluye sobre el último anuncio previo a la película. El hombre calla, qué otra cosa puede hacer. No quiere que la razón verdadera que alienta esa voluntad de cambiar de piso abortada por su mujer le haga parecer un paranoico

a los ojos de ésta. Ahora, más que nunca, ha de ser juicioso. El niño pronto se subirá a la *chaise longue*, a una cama, a una silla. Sólo hay que aguardar ese trance, mostrárselo a su mujer o, en su defecto, conservar en la retina la imagen para ella, quizás añadir el detalle imaginario pero posible de que el niño ha empujado la silla con sus manos para arrimarla a la ventana. Lo que su sueño no puede ha de poderlo la realidad, lo que pudiera ser la realidad, porque eso pudiera ocurrir en cualquier ocasión. No en su casa, pero sí en otra casa cualquiera, la de algún amigo o, sin ir más lejos, la de los padres de su mujer, que hicieron oídos sordos a lo de los topes. El hombre, mientras se dice esto para sí, en el otro extremo de la *chaise longue* desde donde su mujer mira la película, apenas consigue ya diferenciar la imagen de su hijo de la de un acantilado. Son lo mismo. No existen uno sin el otro, al menos no hasta el siguiente sueño.

En esta ocasión el hombre no aparece en la pesadilla de forma visible ni se ve a sí mismo porque es quien mira, pero su visión es un sesgo a ras de suelo. Sólo puede ver y de manera un tanto borrosa un faldón, la parte inferior de las imágenes que le pasaron desapercibidas en su primer sueño y que coinciden con la escenificación de la muerte: un horizonte de ladrillos, el nacimiento del tronco de la palmera, una mancha de sangre que se abre paso entre las punteras de muchos zapatos, los rotos de piel, carne y vísceras adheridos a los adoquines. Lo único que el hombre, como si le estuviera vedado, no puede ver es el cuerpo, lo que queda del cuerpo, pero eso no ocurre por mucho tiempo, es más, ocurre durante un tiempo muy limitado. Pronto el hombre se ve obligado por su propia curiosidad a mirar lo que desea y no desea mirar. Se reconoce. Se ve roto. Eviscerado. Por debajo de la cicatriz le asoma una astilla de hueso. Sus labios, con el despertar muy fresco, sonrían a la noche mientras la mujer y el niño duermen.

El hombre, días después, se queda una tarde de sábado al cuidado del niño para que su mujer vaya con unas amigas al cine. Dedicar la jornada a practicar esos juegos que suelen jugar los padres con sus hijos: modela muñecos de plastilina que apenas se sostienen de pie. Completa, ante la exigencia del niño, más de diez veces un mismo

puzzle. Escucha quita tú. Así no. Yo sé. Se echa el niño a la espalda y trota el pasillo como un *pony*. Levanta torres que nunca parecen a su hijo lo bastante altas y que éste, con su inocencia salvaje, acaba derribando de un manotazo. Dice eso no. Ni se te ocurra. (Eso a lo que los románticos llaman comunicación.) A lo largo de esa tarde, en la que por la pantalla del televisor, con el volumen muy alto, desfilan organismos de colores chillones que parecen salidos de un pastillero y que llevan por nombre Piqui, Mo o Flu, el hombre sólo se ausenta un minuto para ir al baño. A su vuelta, el niño ya no se encuentra en el salón sino en la cocina. Sentado a lo indio, trata de quitarle el tapón con los dientes a una botella de lejía que acaba de sacar de un armario bajero. El hombre le arrebató la botella y devuelve en volandas el niño al salón. Lo deja sobre la alfombra, rodeado de camiones, grúas, ambulancias y excavadoras. Luego regresa a la cocina. Rebusca entre sus herramientas y saca tornillos, un destornillador de ranura y un pasador. Cuando lo fije a la puerta del armario el niño no podrá abrirla, al menos no en los próximos meses. Ya pensará algo para cuando crezca. Quizá trasladar los productos de limpieza a otro armario más alto. Ya verá. Ahora lo único importante es colocar el pasador, si bien se encuentra con un contratiempo. Los tornillos son de estrella y el destornillador es de ranura. Se le hace difícil trabajar así. El hombre no es especialmente mañoso. No vive de sus manos. No le queda otro remedio que ir por un destornillador de estrella a la terraza, donde guarda el resto de sus herramientas. Y tiene que hacerlo rápido, lo más deprisa que le sea posible, si no quiere que en ese lapso el niño vuelva a la cocina y coja lo que no tiene que coger. Así que el hombre corre, toma su destornillador. En nada está en la cocina, con el pasador recién atornillado, y vuelve al salón. Pero el niño no está. Están sus juguetes, pero el niño no. El hombre lo llama a gritos, lo busca por el resto de las habitaciones, mira en los armarios, bajo las camas, detrás de las puertas, pero el niño no aparece. El hombre regresa al salón. Y ahora sí. Ahora repara en que la puerta corredera de la terraza está abierta, cae en la cuenta de que con las prisas se la ha dejado abierta. Sale. El niño está sentado en el suelo. Las piernas le cuelgan al vacío por entre los balaustres de la barandilla. Le sonrío

al ir y venir de los coches, a las ramas de los árboles sacudidas por el viento, a las palomas que picotean los tejados. El hombre lo agarra con fuerza de los brazos y lo saca de allí. Lo aúpa. Con los ojos húmedos, lo aprieta contra su pecho. El niño también llora. No puede dejar de hacerlo. Lleva en los antebrazos los dedos de su padre marcados como estigmas.

Tomado de: Juan Carlos Márquez. *Llenad la tierra*, Menoscuarto, 2010.

Pilar Adón (Madrid, 1971) es escritora y traductora. Ha publicado los libros de relatos *El mes más cruel*, 2010, por el que fue nombrada Nuevo Talento Fnac, y *Viajes Inocentes*, 2005, por el que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa, así como las novelas *Las hijas de Sara*, 2003, y *El hombre de espaldas*, I Premio de Nuevos Narradores, 1999. Su poemario más reciente lo publicó en 2014, *Mente animal*, en la editorial *La Bella Varsovia*. Ha traducido obras de *Penelope Fitzgerald*, *Henry James* y *Edith Wharton*, entre otros.

Las ramas no son perfectas

Las ramas no son perfectas. No lo son. Tampoco son perfectas las voces ni es perfecto el sonido del viento entre las hojas de los árboles. Es un sonido incompleto, que defrauda, que comienza con tanta rabia que parece destruirlo todo a su paso, pero que en realidad no destruye nada. Las ramas con el sol se muestran retorcidas y móviles. Su actividad no cesa. Como el murmullo del viento que nunca se apacigua y que me agita los restos de la ropa contra la piel de la espalda. Esta es una buena postura. Y ahora el pecho no me duele demasiado. El suelo parece haber asumido la forma y ahora el pecho ha encontrado, por fin, un buen lugar para no doler. El viento me refresca la piel y, poco a poco, creo que voy dejando de sudar.

Alguien apagó la luz y cerró la puerta por fuera. Alguien que no sabía que yo estaba dentro. En un principio me hizo gracia y me eché a reír, bajito, aunque estuviera sola. Siempre bajito para no molestar. Pero la risa dio pronto paso a la oscuridad y, aunque no tardé en acostumbrarme y constaté que mis manos se movían entre los objetos de mi bolso para buscar un pañuelo, la risa dio paso a la preocupación y la preocupación a la congoja. Encontré el pañuelo

y lo pasé por la frente que sudaba. Me sentí mejor después, pero la sensación de soledad persistía y, con ella, la vulgaridad. Cómo podía estar encerrada en los baños. Esas cosas no le pasan a la gente encantadora y bien educada. Eran cosas que sólo les suceden a los pobres infelices que vagan buscando un pañuelo más sedoso o unos zapatos más cómodos, sin encontrarlos jamás.

- Tengo que salir de aquí –me dije secándome de nuevo la frente.

Pero ponerme a golpear la puerta como una loca era algo impensable. No podía montar un espectáculo a las doce de la noche. No en la casa de la señora Clara. Bajo ningún concepto. Si no entraba nadie, quizá me viera obligada a dormir allí, tenía que estar preparada para una circunstancia así. Tendría que hacerme a la idea de que, quizá, las luces no volverían a encenderse ni la puerta volvería a abrirse hasta la mañana siguiente, bien temprano, cuando los primeros clientes de la señora Clara comenzaran a bajar desde sus ya bien iluminadas habitaciones para asearse, desayunar, salir a la calle, tomar el sol...

Y, sin embargo, tenía que escapar de allí. Porque aquel encierro, aquel silencio extraño del vacío del agua en las tuberías de los lavabos, aquella vulgaridad, era mucho, muchísimo más de lo que podía soportar.

Las flores del campo son silvestres y por lo tanto no se pueden trasplantar a una maceta con tierra para plantas de interior. Son muy hermosas, con tantos colores y, dentro de esos colores, unas tonalidades tan variadas que, seguramente, no tienen nombre. Las flores del campo a veces dañan la piel de los dedos cuando se las intenta cortar con las manos para llevarlas a casa y guardar, de ese modo, algo de la belleza que se ha admirado. Pero es imposible. Del todo. Sus tallos son irregulares. A veces muy imperfectos. A mí me gustaba subir la cuesta que lleva al monasterio andando, rozando las flores con la punta de los dedos. En el monasterio ya no vive nadie, pero me gustaba subir para ver el paisaje desde lo alto de la montaña y luego bajar cansadísima, contemplando de nuevo las mismas flores, los mismos árboles que parecían haber dado unos breves pasos y haber cambiado de lugar. Aquello no era vulgar. Aquello

era brillante. Y el viento. El viento golpeándome la cara con fuerza, la ropa, los brazos que me temblaban a veces. Pero yo sonreía. En una ocasión me abracé al tronco de un árbol y el árbol me acogió. Sí. Me acogió. Sé que parece inverosímil que una acogida resulte tan espontánea. No suele suceder. La gente observa las caras y las manos. La disposición del cuerpo y, sobre todo, la ropa. Observan sin disimulo, desde los ojos hasta los zapatos, y luego su decisión es firmemente negativa. Estatua eres, no te acojo. La señora Clara me deja estar en su casa porque, de momento, recibe dinero por ello. Pero eso no significa que pretenda acogerme. Al menos no como el árbol lo hizo.

Me gustaba subir andando y a veces subían conmigo los turistas que deseaban, como yo, palpar el tronco del árbol, el tono sin nombre de la flor. Yo guiaba y venían detrás de mí familias con niños rubios y ruidosos, parejas tomadas de la mano, grupos de ancianos, demasiado ancianos en ocasiones para poder subir a pie hasta el monasterio. Yo abría el camino e iba anunciando cuánto tiempo iba quedando de ascenso. «Ya sólo falta una hora, más o menos.» Y escuchaba complacida los suspiros de agotamiento que se producían a mi espalda. Algunos no llegaban. Algunos decidían volverse antes de completar siquiera la mitad del trayecto. Algunos se quedaban mirando el paisaje como si no pudieran creer lo que estaban viendo. Como si aquello que tenían ante los ojos fuera del todo imposible. Un milagro o una maldición. La figura de un gato y, detrás, la inmensidad, el vacío, el viento impasible interpuesto entre los ojos del hombre y el horizonte azul del mar. El sonido irreverente del viento y la altitud del monte protector y fustigante, inaccesible pero, una vez vencido, oferente y, casi, sumiso. Algunos llegaban conmigo hasta arriba y esos, estoy segura, no me olvidarán jamás.

La tierra se hace a la forma de las caderas y a la forma del pecho. La tierra también da cobijo. La tierra se apelmaza y duele o se relaja y acoge. En la casa de la señora Clara comprenden lo que sucedió y por eso me permiten vivir en ella. La tierra no es consciente de nada porque los gritos no la perforan, porque no sabe nada de mandatos

ni de investigaciones ni de posteriores sanciones. La tierra sólo sabe de las agresiones que le causan a ella, pero de las agresiones de hombres a hombres sabe poco. Sólo que la sangre tarda más tiempo en desaparecer de su superficie que el agua. Sólo que los gritos duran lo mismo que la fortaleza de la víctima.

Alguien apagó la luz, quizá la misma señora Clara, así que tendría que dormir sobre el frío suelo de los baños utilizando mi bolso como almohada. Cuando subía andando al monasterio me gustaba llevar el pelo suelto para darle al viento la ocasión de enredarlo y agitarlo, y a veces daba saltitos. A veces movía las manos para dar palmadas por delante y por detrás del cuerpo. Los brazos se balanceaban entonces como impulsados por un viento alterno que los trasladaba rítmicamente. Como un mecanismo perfectamente sincronizado. Manos que se golpean ante mí, manos que se golpean tras de mí. Manos que se golpean ante mí, manos que se golpean tras de mí. Y siempre eran mis manos. Siempre las mías... Aquellos dos chicos extranjeros parecían lo suficientemente robustos como para ascender sin demasiadas paradas, sin demasiados suspiros ni quejas cuando yo advirtiera que aún quedaba algo más de una hora de trayecto. Parecían fuertes y sonrientes y con capacidad para asombrarse ante el vacío del paisaje. Ante el espectáculo de lo incomprensible.

- ¿Cobras algo? –me preguntaron.

Y yo me eché a reír con el pelo y mi falda blanca al viento tranquilo de la base del monte. No. No cobro. Ji, ji. Ji, ji. Me reía como una niña que busca la realidad del cuento fuera de la vulgaridad de los zapatos feos y la ropa vieja. Lo cierto es que estas cosas no les pasan a las personas sabias. A las personas que viven en casas de verdad y que caminan con tranquilidad y con el cuello estirado, la cabeza alta, los ojos fijos en un punto, a ellos no les pasan estas cosas. Pero las campanas no suenan de la misma forma para todo el mundo. El sonido no es el mismo cuando los sentidos quedan serenamente atontados y satisfechos ante una sonrisa. Yo me reía. Ji, ji. No cobro. Y emprendí el camino con esos dos chicos.

Que luego desaparecieron. Y los tallos de las plantas resultaron ser más deformes que nunca. El tronco de un árbol me golpeó con

fuerza en la cara y comencé a sangrar. Vi la sangre sobre un pelo que era el mío y que me caía sobre los ojos, abiertos hasta el dolor. El dolor que me dominaba mientras unas risas que parecían venir de muy lejos, de más allá del mar, más allá de todo lo que yo conocía, me oprimían y me empujaban, me zarandeaban y hacían conmigo lo que jamás viento alguno se había atrevido a hacer: atravesarme. Había balanceado los brazos buscando las palmas de las manos. Había caminado con decisión rozando con los dedos las plantas y las flores de distintos y preciosos tonos sin nombre, había mirado a aquellos chicos con la seguridad del que emprende, de nuevo, un camino conocido y, de pronto, sin el cobijo de ningún árbol, mi cuerpo encontraba la forma de la tierra pegada a él, una tierra que no escucha súplicas, una tierra que permanece y que no entiende el dolor de los gritos producidos por el asombro, por el absurdo.

Cuando la luz volvió a encenderse ya había amanecido y, ciertamente, había pasado la noche en el suelo de los baños, dispuesta a no molestar. Fue la misma señora Clara quien abrió la puerta. Al verme se sobresaltó y se llevó los dedos a los labios.

- Pero, criatura... –murmuró-. ¿Se puede saber qué haces ahí? Por el amor de Dios. Vas a coger una pulmonía.

Se me acercó y me pasó las manos por el pelo para intentar peinarme. Yo sonreí porque también me pasó las manos por la cara y luego me besó en ambas mejillas y luego me abrazó brevemente, como si deseara transmitirme algo de su calor. Así que yo sonreí y me dejé llevar por ella hasta la segunda planta de su casa, donde está mi dormitorio y donde está mi cama.

- No se preocupe –dijo-. Estoy bien.

Y ella, tomando una de mis manos entre las suyas, respondió que no. Que no estaba bien. Que cómo iba a estar bien después de haber pasado la noche en un lugar en el que no deberían dormir ni los perros.

- Vas a acostarte ahora mismo –dijo-. Te subo un desayuno, y duermes.

Entramos en mi dormitorio las dos. La señora Clara apartó la colcha de mi cama y me quitó el bolso para dejarlo sobre una de

las tres sillas de madera que conforman el escaso mobiliario de mi habitación. A continuación sacó el camisón que guardo debajo de la almohada y me ayudó.

- No creo que pueda dormir ahora –murmuré.

- Pues lo intentas.

Y eso hice. Intentarlo. Con la persiana bajada, el viento golpeándome en los oídos, los tallos imperfectos de las flores, y la suavidad limpia de mis sábanas, su aroma silencioso, acomodándose a la forma de mi pecho, de mis caderas. Como una tierra cruel y enfermiza que, a pesar de todo, ampara.

Tomado de: Pilar Adón. *Viajes inocentes*, Páginas de Espuma, 2005.

Patricia Esteban Erlés (Zaragoza, 1972), es autora de los libros de cuento *Manderley* en venta que obtuvo el Premio de Narración Breve de la Universidad de Zaragoza en 2007 y fue seleccionado en el V premio Setenil, como uno de los diez mejores libros de relatos editados en España en el año 2008. *Abierto para fantoches* (2008), obtuvo el XXII Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. En 2010 publica su tercer libro de cuentos, *Azul ruso*, finalista del premio Setenil de aquel año. Es autora también del libro de microrrelatos *Casa de muñecas* de 2012.

Criptonita

Hay ciertas cosas que sólo ocultamos para mostrarlas.
Montaigne

Hace unos años compré por internet un fragmento de criptonita. Antes de que ocurriera lo de mi gato Carygrant, aquella piedra supuestamente llegada de Kripton ocupaba siempre el mismo lugar en mi cajón de las bragas y podía verla nada más abrirlo, pegada a la esquina izquierda, ahí, justo encima del sobre de papel de estraza donde tengo por costumbre meter cada sábado la paga semanal del súper. A veces, sobre todo si había tenido un día especialmente atroz en el trabajo, me gustaba entrar en mi dormitorio, pararme ante el espejo de la cómoda con la blusa del uniforme medio desabrochada, abrir el cajón y buscarla a tientas. Me gustaba sentir su frío mineral entre los dedos, rozarme con ella el lóbulo de las orejas y la garganta, mientras el pobre Carygrant, tumbado sobre la cama, espiaba mi reflejo en el estañó carcomido, igual que un esposo paciente.

¿Que cómo descubrí que la criptonita existía? Pues de la forma más tonta y americana que uno pueda figurarse, la verdad. Sentada un sábado por la tarde en la penumbra de un cyber de mi barrio,

rodeada de amantes de la pornografía infantil y los videojuegos salvajes, di por casualidad con Kriptonya, la página de dos geólogos yankís de la universidad de Wichita, Wisconsin, llamados Parker Lewinston y Cole J. Bowles. La web contaba que doce meses antes aquel par de treintaeros de pelo pajizo que ahora mostraban impudicamente sus dentaduras caballunas mientras sonreían a cámara, abrazados como viejos amigos de la escuela y con esa expresión radiante de quienes han conseguido forrarse a una edad razonable, habían recibido una beca estatal para financiar su viaje al este de Europa y llevar a cabo una prospección experimental en la zona sur de Serbia. Seguramente, Lewinston y Bowles habían sido los dos hombres más felices del mundo durante aquella expedición, porque en Serbia todavía humeaban las hogueras de los últimos bombardeos y sólo las ventanas vacías de las granjas abandonadas que iban dejando atrás parecían espíarles con cierto aire censor. Lewinston y Bowles, acostumbrados a alimentarse con sándwiches de pavo y soledad de laboratorio, no echaron de menos su casi total ausencia de contacto con otros seres humanos durante el periodo que pasaron dinamitando el suelo serbio como dos nibelungos febriles. Qué va. Apenas hablaban entre ellos y tampoco parecía impresionarlos mucho aquel entorno fantasmagórico, donde de vez en cuando encontraban algún esqueleto de animal en el claro de un bosque, o un trozo de pierna infantil con los cordones de la bota todavía perfectamente anudados a la entrada de una aldea ennegrecida por el fuego.

Durante unos meses, Lewinston y Bowles habían seguido cavando agujeros por todas partes sin inmutarse hasta que al fin dieron con un pequeño pozo abandonado desde antes de la guerra. No fue necesario que utilizaran la fuerza en esta ocasión. Igual que una mujer desfallecida al pie del camino por culpa del hambre y el horror continuados, aquella mina se abrió de piernas para ellos sin ofrecer resistencia y dejó que los dos recorrieran excitados varias de sus galerías subterráneas y hallaran sus paredes recubiertas de un cristal semiopaco, sorprendentemente parecido en su tono verdoso y, según comprobaron luego, también en su composición química (hidróxido de sodio, boro y litio fusionado con flúor) al mineral

radiactivo que conseguía dejar fuera de combate al pobre Superman.

Continué leyendo. Kriptonya avalaba la autenticidad de cada pedazo de piedra extraída en aquel yacimiento serbio con un certificado firmado ante notario. Cómo resistirse. Yo al menos ya no pude hacerlo, cuando cometí el error de echarle una ojeada al catálogo de piezas de criptonita que se hallaban disponibles. Las había de todos los tamaños, formas y precios, un surtido infinito de galletas verde ojo de pantera. Al final, medio deslumbrada por la luz fría que emanaba de ellas, me decidí a comprar un guijarro pequeño, un fragmento redondo y algo más oscuro de lo normal, que era el único que podía permitirme con mi sueldo.

No me planteé, lo reconozco, que algo tan minúsculo pudiera resultar peligroso. La ciencia no lo había previsto, de hecho la página de Lewinston y Bowles aseguraba que la criptonita era inofensiva. Después de someterla a cientos de pruebas clínicas, sus descubridores ratificaron que se trataba de un compuesto que no poseía ni medio átomo de radiactividad, duro como el diamante, sí, pero perfectamente inútil si no fuera por su turbia belleza. Imagino que a muchos de esos ex niños de los años setenta que en su día habíamos acudido en manada al cine con anoraks y pasamontañas, y vimos sufrir al pobre Christopher Reeves un tremendo cólico de riñón cuando aquellos tres malvados que viajaban por toda la galaxia metidos en un prisma romboidal le acercaron al rostro un pedrusco made in Krypton, nos dio igual que la criptonita auténtica fuera tan inservible como el cristal de un culo de vaso. Aunque, en honor a la verdad confieso que a mí Superman me parecía mucho más irresistible sin el caracol engominado de la frente, cuando sentía que todos sus superpoderes se le evaporaban como por arte de magia a través del tejido interestelar de sus mallas azules sin que él pudiera hacer nada para evitarlo; cuando notaba, perplejo, que por primera vez en su vida le estaba saliendo sangre por la nariz tras recibir la soberana paliza de un camionero, una sangre de color café americano; cuando, en fin, miraba suplicante a Louis Lane tumbado en el suelo, como pidiéndole que por favor no lo abandonara en aquel bar de carretera aunque tuviera una pinta tan lamentable, con esas gafas torcidas de miope y la camisa afranelada de cuadros abrochada hasta

el último botón. No sé. Creo que a mí en el fondo me gustaba saber que un tipo tan formidable como Superman podía verse metido en apuros por culpa de algo en apariencia insignificante. La piedra de Krypton era un misterio de reducidas dimensiones y un alcance galáctico. Por eso, supongo, me gasté trescientos klanhams y pagué con la tarjeta de crédito mi rescoldo de criptonita, porque creía en ella y en sus poderes secretos, dijeran lo que dijeran aquellos dos bobos de Lewinston y Bowles. Recuerdo aún la emoción que sentí la mañana en que el cartero llamó al timbre y me sacó de la cama para entregarme un paquete de cartón, cuidadosamente precintado y mil veces más grande que el tesoro que contenía. Era como si de pronto me hubiera llegado por correo el manual de instrucciones de la perfecta mujer fatal, y yo pudiera decidir libremente si quería o no utilizarlo. En aquel instante elegí guardarla en el cajón de las bragas de mi habitación, y no enseñársela nunca a nadie, ocultarla como se silencian algunos adulterios prolongados entre vecinos de rellano o la extraña fijación a la ropa interior equivocada de un honorable padre de familia.

Nada de lo que luego pasó había sucedido aún y yo fantaseaba a veces, me imaginaba que en cuanto esa zorra de la señora Curski se dignara por fin a pagarme las horas extra de las últimas navidades, llevaría mi criptonita al bazar de baratijas y babuchas puntiagudas de la calle Trementine y le pediría al dueño, un pakistaní enorme y silencioso con manos de color estradivarius, que la engarzara en un colgante de plata oscura, casi negra. Pero la verdad es que nunca llegué a hacerlo, igual que nunca he sido capaz de dejar de morderme las uñas, por más que lo haya intentado. Después de un tiempo siempre acabo acostumbándome al sabor a azufre y al hedor de los remedios que me aconseja la rubia señorita Plenfes, que es la dueña de la farmacia que hace esquina con la calle Lenin. Sigo comiéndome las uñas, a pesar de que aúllo de dolor cuando friego los platos y de que me da mucha vergüenza enseñar las manos en ese estado de onicofagia crónica. Miro mis dedos en carne viva, encojo los hombros, y opto por meter las manos en los bolsillos del abrigo o por esconderlas detrás de la espada. Me resigno, del mismo modo que cuando al final la zorra de Curski accedía a abrir la caja fuerte

de la oficina refunfuñando y saldaba su deuda con un puñado de billetes mugrientos. Para entonces yo ya necesitaba invertirlos en un par de medias, en un recibo atrasado del agua o en un frasco de champú especial para gatos albinos. Aun así, pese a las promesas incumplidas, mi pequeña criptonita me alegraba cada regreso a casa y me gustaba tanto el solo hecho de poseerla como atravesar descalza las baldosas frías del pasillo con Carygrant enredado entre las piernas, o comer a cucharadas una tarrina de helado de plátanos y nueces, robada por la tarde en la tienda de la bruja Curski, sentada a oscuras en sofá, frente al viejo televisor en blanco y negro, con el cebreado de una película muda arañándome el rostro.

Sí, ahora lo sé. Éramos felices así, mi criptonita, mi gato blanco Carygrant y yo, al menos lo fuimos hasta que un viernes, casi a la hora del cambio de turno, Grandísimo Hijo de Puta apareció al final de una larga cola en el supermercado, con su paso lento, su pelo rojo y sus pestañas abrasadas. Llevaba puesta una viejísima camiseta gris que me recordó sin saber por qué a un pulmón enfermo, y en la mano sostenía un tomate bien colorado. Sólo uno. Al llegar junto a la caja hurgó en el bolsillo de su pantalón hasta encontrar dentro una moneda tan pelirroja como él, que dejó sobre el mostrador. Miré sus uñas mordisqueadas, sus dedos huesudos de músico mal alimentado. Y por primera vez hice caso omiso del reglamento de la casa que nos obligaban a cobrar las bolsas de papel a los clientes que compraban artículos por un importe menor a seis klanhams, y le tendí una para que metiera dentro su tomate.

Como era de esperar, Grandísimo Hijo de Puta agradeció el gesto y volvió otras muchas veces por el súper a hacer su monocompra. A veces se llevaba una manzana reineta, otras un paquete de spaguettis o una lata de cerveza barata. Nuestras manos se rozaban, parecidas a las cabezas de dos patos de guiñol, cuando le entregaba su bolsa de papel. Por lo que pude observar, él continuaba supliendo las carencias alimenticias de su dieta mordiéndose las uñas. Los momentos en que nuestros dedos se tocaban eran cada vez más largos, y sentí que el suelo se volvía flan bajos mis pies la tarde en que él clavó sus ojos desnutridos en la placa con mi nombre escrito dentro en la pechera de la blusa, y se despidió musitando un *gracias de nuevo*,

señorita Mascu, como si le apeteciera comérselo antes de despedirse musitando un gracias de nuevo.

¿Debo dar detalles de lo que ocurrió luego? Pues espero que no, porque en realidad, no podría hacerlo. De aquello guardo tan solo unas cuantas imágenes apenas entrevistas: el mismo tipo flaco, recostado contra un coche negro a la hora del cierre del súper un día de entre semana, sin viernes, ni tomate, ni manzana esta vez, pero con una medio sonrisa de dientes tiznados por la nicotina asomándole torpemente a los labios. Mi cara de sorpresa cuando comprendí que era a mí a quien esperaba, mientras una voz maldecía desde las paredes de mi estómago la facha que tenía esa tarde, con la coleta medio deshecha y el uniforme lleno de manchas de fruta. Una calle en sombras y el crujido de vinilo acompañando a nuestro pasos cuando comenzamos a caminar sin que ninguno de los dos precisara adónde íbamos. Y tras una pequeña elipsis, dos pares de pies asomando al final de una sábana, ajenos al sendero de zuecos dislocados, pantys, vaqueros, falda de tergal, converse mugrientas y camiseta gris cáncer de pulmón que habíamos dejado reptando por el suelo de mi cuarto. Él y yo con los ojos clavados en nuestros pies, como esperando que nos contaran otra versión de los mismos hechos. Y de fondo, el sonido lastimoso de las garras suaves de Carygrant, que rascaba la madera de la puerta desde el otro lado, sin entender muy bien qué hacía pasando una noche (la primera de 72, en realidad) fuera de mi cama.

Pobre Carygrant, que había surgido en mi vida de la nada, tan radiantemente blanco como un esmoquin de gala en una cena de la Costa Azul. Aquel anochecer no pasaba ningún coche y nadie más caminaba por la acera, quizás porque había estado lloviendo hasta hacía poco rato. Yo acababa de mudarme al piso de la portería del número 33 de la calle Progrom, y volvía a casa de un inventario interminable en el súper. Me metí por la calle equivocada de puro cansancio. Durante unos instantes me sentí como si unos extraterrestres bromistas me hubieran abandonado en un barrio cementerio, con los ojos vendados y cero céntimos de sentido de la orientación en el bolsillo. Sólo había cubos de basura negros, volcados en el suelo, y cajas de cartón semejantes a lápidas de una

película expresionista por todos lados. Estaba a punto de darme la vuelta cuando lo vi, en el centro de la calzada, blanco como el vaso de leche con galletas que pensaba llevarme a la cama al acostarme, si finalmente llegaba a casa, y rodeado de charcos inmóviles en los que a ratos se colaban cielos silenciosos y trozos de nube. Un gato fantasmal que me miraba, con esa fijeza del antihéroe que espera a una mujer en la esquina de siempre a pesar de la tormenta, apostado bajo la ráfaga de luz amarillenta de una farola, dejando que la lluvia le arruine la chaqueta y encendiendo una y otra vez la mecha del cigarro mojado, sin arredrarse ni calibrar siquiera la opción de dar media vuelta y marcharse, aunque desde hace un buen rato ya sospecha que ella no va a venir. Entonces decidí seguir hacia delante, caminé entre cubos de basura y cajas de cartón, en dirección a la blancura fosforescente de aquel animal. Carygrant, el bueno de Carygrant, que se levantó bostezando, estiró sus largas patas de yogur y echó a andar delante de mí, como guiándome a mi pequeño piso mal ventilado, con su paso lento y suntuoso.

A Grandísimo Hijo de Puta nunca le gustó Carygrant. *Cierra la puerta, que no entre. Los gatos me dan miedo*, dijo cuando le llevé el primer desayuno a la cama. Y eso que Carygrant no soltaba pelos en el sofá, ni se subía a la pila del fregadero para beber agua del grifo, ni maullaba jamás. No se meó en su sucia camiseta gris ni una sola vez, de hecho Carygrant apartaba sus ojos de vidriera gótica de Grandísimo Hijo de Puta si ambos coincidían aunque fuera un solo segundo en la misma habitación y salía de allí como un borracho elegante que intuye que el barman ya no le servirá la próxima copa. Procuró no cruzarse en su camino durante el tiempo que él pasó ocupando la mitad izquierda de mi cama y saqueando mi nevera, olvidado ya de las monodosis de comida de otros tiempos. Y yo, tan ciega, me limitaba a ayunar de puro amor para compensar aquellos ataques suyos de gula, fingía que no me molestaba encontrar a la vuelta de Superbarato Curski un único limón con cara de vieja arrugada que me esperaba, frunciendo el ceño desde el interior del frigorífico, como desaconsejándome que siguiera por ese camino. Grandísimo Hijo de Puta sí dejaba cabellos oxidados por todas partes: en el fondo del lavabo, en la bañera, en mi peine. Abría mis

cajones, sin molestarse luego en volver a cerrarlos. Muchas veces yo regresaba antes que él, y me encontraba a Carygrant encerrado en la cocina. Nunca me daba explicaciones acerca de dónde había estado y tenía un humor taciturno que sólo parecía evaporarse cuando se sentaba descalzo en el sofá abrazado al mástil de su vieja guitarra blanca y negra, que siempre me recordó una puta desabrada, una de esas yonkis de piernas flacas que se prostituyen a las afueras de la ciudad y gritan a los conductores desde el arcén.

La cosa duró dos meses y medio. Dos meses y medio durante los cuales Grandísimo Hijo de Puta siguió zampándose mi comida, echándome algunos polvos de lunes y gritándome desde el colchón que no olvidara dejarle dinero para tabaco y cuerdas de guitarra, antes de salir hacia el súper. Yo separaba unas monedas de la compra diaria que dejaba sobre la mesa de la cocina, sin rechistar. Añoraba a veces el sabor del helado robado, sí, y había abandonado ya definitivamente aquella firme intención de pararme un día en la tienda del pakistani y encargarle un colgante para mi criptonita, pero no me decidía a renunciar a aquel tipo flaco con pelo de escocés y creo que así habría podido pasarme toda la vida si él no se hubiera largado sin más aprovechando mi turno de mañanas. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de la calle al salir.

A una casa robada se le queda cara de tonta. Pasado el primer susto y aquellos momentos angustiosos en que imaginé a Grandísimo Hijo de Puta muerto de un disparo en la cabeza, mirándome con una expresión asombrada desde la cama, como increpándome que lo hubiera dejado solo y a merced de unos atracadores sin escrúpulos, lo busqué por todos los cuartos, me aseguré de que los ladrones no lo habían metido a empujones, amordazado y desnudo, en el armario. Descubrí que había ido riéndose de cada una de las habitaciones del piso de la portería del número 33 de la calle Progrom antes de marcharse. Se había llevado a su guitarra la yonki, las últimas monedas que le había dejado sobre la mesa, pero también mi televisor y dos manzanas que quedaban dentro de la nevera. Encontré el cadáver de una toalla lila y empapada en el suelo del dormitorio. Mi hucha de escayola en forma de geisha japonesa, ataviada con kimono rojo y sombrilla a juego, yacía hecha pedazos

junto al mueble de los libros, a pesar de que la pobre nunca guardó en su interior una sola moneda y yo sólo la había comprado porque me gustó el aire de paseante feliz por un jardín rodeado de estanques y flores de loto que tenía en el todo a cien del barrio.

Volví a mi cuarto. Retiré a toda prisa las sábanas de la cama para meterlas en la lavadora, abrí el postigo del balcón y dejé que entrara aire puro. De pronto me dio una vergüenza horrible aquella gripe emocional de dos meses que me había dejado tan flaca. Pensé en bajar a comprar un pollo asado con patatas fritas bien grasientas, sí, cogería dinero y compraría también una botella de limonada fría, una barra de pan recién horneado, hasta una ración de pastel de queso para el postre. Sentía de golpe un hambre atroz. Me abalancé sobre la cómoda y abrí el primer cajón de la cómoda, casi salivando. Busqué con los ojos la esquina izquierda, pero el sobre de papel de estraza con mi dinero no estaba allí, ni tampoco la criptonita. Sólo encontré un desorden de bragas, tristes bragas de diario, de algodón gastado y elásticos flojos, de esas que cada mañana cogía al azar con los ojos aún enredados de sueño, antes de salir disparada camino de la ducha.

Me temblaron las piernas. Me picaban las yemas de los dedos de las manos y cerré el cajón, como huyendo de un nido de ortigas. Me di la vuelta y justo entonces escuché un maullido desgarrador que me sobresaltó. Un grito de animal encerrado, aunque todas las puertas, todas, estaban abiertas. Eché a andar. Me oía a mí misma llamando a Carygrant por el pasillo, pero él no me contestaba, sólo le oía maullar, ajeno a mi voz, dolorido, asustado, desde el interior de algún hueco, igual que un gato de faraón, enterrado vivo junto a su dueño.

Y de pronto, la vi. En el suelo, sobre una de las baldosas blancas, estaba mi criptonita, como una cucaracha anómala, igual de inmóvil, emitiendo un latigazo de luz alfa, color fondo de estanque de cementerio. Rodeada de un hilo de baba verdosa que reptaba hasta la cocina, como si fuera el dibujo agónico, el pentagrama de un quejido de gato. *Carygrant está dentro de la lavadora*, pensé, sorteando la piedra y el hilo viscoso de saliva, siguiendo su rastro. Puede que así fuera, pero no tuve tiempo de comprobarlo, porque justo cuando

iba a poner el pie en la cocina una sombra verde estropajo salió de allí como una exhalación, esquivándome, y atravesó el pasillo. Un minuto después volvieron a escucharse maullidos, desde otro agujero de la casa. Carygrant se había escondido entre las toallas blancas del altillo del armario, quizás, o en el fondo del cesto de ropa sucia de la galería. No he vuelto a verlo, él se cuida de esconderse antes de mi regreso a casa, y sólo abandona su guarida para alimentarse y beber agua. De vez en cuando encuentro una cagarruta de color lagarto en medio de la bañera o sobre mi almohada. Suspiro. Salgo en busca de un trozo de papel higiénico y maldigo a Lewinston y Bowles, aquel par de estúpidos hombres de ciencia que no fueron capaces de prever el catastrófico efecto de la criptonita en los gatos blancos.

Tomado de: Patricia Esteban Erlés. *Azul ruso*, Páginas de Espuma, 2010.

Marina Perezagua (Sevilla, 1978), es autora de dos libros de relatos, *Criaturas abisales* (2011) y *Leche* (2013), ambos muy bien recibidos por lectores y especialistas. Dueña de una prosa inquietante y precisa, es uno de los nuevos valores de la narrativa española como señala la crítica. Ha sido profesora de literatura, cine y lengua en Stony Brook University y New York University. *Leche* será publicado en Japón en la editorial Suseisha, con ilustraciones del internacionalmente aclamado Walton Ford. Reside desde hace quince años en Nueva York y actualmente trabaja en su novela *Yoro*, que se publicará en septiembre de este año 2015.

Leche

A Hui Zhan y Deuckjoo Kim

En diciembre de 1937 dos periódicos japoneses comenzaron a cubrir la noticia de un concurso: los lugartenientes Toshiaki Mukai y Tsuyoshi Noda habían decidido competir amistosamente en una carrera a espada, cuyo vencedor sería aquel que consiguiera matar antes a cien prisioneros chinos. El domingo 5 de diciembre la puntuación fue de ochenta y nueve cabezas para Mukai y setenta y ocho para Noda. El día 13 del mismo mes volvieron a competir. En aquella ocasión Mukai consiguió ciento seis y Noda ciento cinco, aunque no quedó claro cuál de los dos había llegado antes a los cien.

Zhan Wu había leído estos datos muchos años después, y había visto los periódicos originales donde aparecieron, con las fotografías de Noda y Mukai posando con sus uniformes y catanas. Sin embargo, de aquella otra cosa que había visto tan de cerca como el pezón de su madre, no recuerda nada, porque cuando en aquel mes de diciembre la ciudad amurallada de Nanking se convirtió en un campo de concentración, él tenía solo seis meses. Es la misma edad

que tiene ahora su bebé, que llora en brazos de su mujer mientras intenta sacar leche de unos pechos que desde hace dos días no han vuelto a llenarse.

Xiuying Shi está inmóvil y seria. De vez en cuando vuelve a poner su pezón en la boca del hijo, que con el llanto ha dejado de succionar. Al contacto con la piel en sus labios el niño calla por un segundo. Pero no sale nada, y vuelve a llorar. Xiuying mira las latas de comida en el suelo, el pan duro, un trozo de pescado seco. Recuerda un día de cuando tenía diez años. Se ve a ella misma machacando con un mortero saltamontes y hormigas para darle la papilla a un polluelo caído de un nido. No quiere abrir el pico, y ella le mete el puré por un lateral que parece una sonrisa amarilla y blanda. La cría murió a la mañana siguiente, porque a los insectos machacados les faltaba otra cosa, algo de la madre pájaro, los jugos gástricos, quizás. Xiuying vuelve a mirar las latas, el pan duro, el trozo de pescado seco y, aunque se le pasa por la cabeza machacarlo todo para dárselo a su hijo, sabe que no merece la pena intentarlo. Ya trató de darle pan disuelto en agua y el bebé lo ha vomitado. Aguarda todavía con esperanza a que sus pechos vuelvan a tensarse.

Tampoco Xiuying Shi sabe que treinta años atrás el padre de su bebé intentaba, con la misma desesperación, sacar leche de los pechos vacíos de su madre. Zhan Wu no dejaba de llorar. La madre intentaba calmarlo meciéndole en sus brazos, con caricias, con susurros, pero el niño no callaba y, al cabo de un rato, temerosa de llamar la atención, lo metió bajo sus ropas para amortiguar el llanto. Cuando levantó la mirada vio a un grupo de cuatro soldados acercarse. Ella misma, para demostrar que lo que escondía era inofensivo, volvió a descubrir a su bebé, y lo levantó en sus brazos como una presa de caza para que los soldados pudieran verlo mientras se aproximaban.

Zhan le pide a su mujer que descanse. Ha estado despierta más de veinticuatro horas. Abre su abrigo para acoger al niño que, por alguna razón, ahora se tranquiliza. Se hace un silencio absoluto, y no solo el ruido cesa, sino que incluso las hojas de los árboles, las latas vacías, dejan de moverse. Es un silencio que como una ventosa mete a la madre agotada en el vacío. Xiuying se queda dormida casi

inmediatamente. Zhan la mira. Al verla así, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, los brazos tan delgados, caídos, lacios sobre la tierra, recuerda otras fotos de los periódicos. Fotos de lactantes y abuelas de Nanking, tiradas, amontonadas unas sobre otras, formando enormes montículos, montañas hembras de senos y pubis femeninos que tenían a sus maridos, nietos, amantes, en las montañas de enfrente.

Cuando los soldados llegaron hasta la madre de Zhan, ésta bajó aún más la cabeza, se inclinó en señal de respeto y volvió a acomodarse a su hijo bajo el abrigo. Escuchó los pasos de las botas arrastrando la arena y, al ver el primer par bajo sus ojos, se esforzó para bajar un centímetro más la cabeza. Pudo sentir, así, que el cuerpo de su bebé le rozaba la barbilla cuando dos manos enguantadas se lo sacaron del abrigo.

Xiuying se despierta sin moverse. Tan solo los párpados se abren. Zhan le separa el pelo de la cara, pero ella tiene las retinas fijas y turbias como una gata enferma. Permanece unos minutos quieta, vuelve a cerrar los ojos y se lleva las manos a los pechos. Nada. Y grita:

—¡Nada!

Toma al niño en sus brazos y vuelve a colocarle la boca en un pezón. El niño vuelve a chupar y vuelve a llorar. Pasa su boca al otro pezón. El niño lo rechaza. Ella le grita:

—¡Chupa!

El llanto del niño se vuelve un chillido agudo y ella le presiona la cabeza contra su pecho:

—¡Te he dicho que chupes!—

Está lastimando al hijo y el padre tiene que arrebatárselo.

La madre de Zhan no se atrevía a levantar la mirada para reclamar a su bebé. Susurró algo ininteligible, se tiró al suelo de rodillas y apoyó la cabeza sobre las botas del militar. Pero el llanto de su bebé sonaba más allá de aquellas botas. Escuchó entonces que los otros tres soldados, más alejados, se pasaban al niño del uno al otro entre risotadas e insultos. Uno de ellos le gritó a la mujer que se levantara del suelo y les mirara, pero que no se moviera. Ella obedeció, levantándose, erguida, con los pies muy juntos, y vio

cómo los soldados se pasaban el niño, al vuelo, como una pelota.

Zhan intenta calmar al pequeño. A pesar del frío, Xiuying sigue recostada en la pared con los dos pechos descubiertos. El padre deja en el suelo al bebé envuelto en su manta y se acerca a gatas hasta su mujer. Le chupa un pezón, primero suavemente y luego con más fuerza. Luego el otro, absorbiendo muy hacia dentro, cada vez más fuerte. Los mama, los aspira, los lame, y Xiuying aprieta los ojos en un gesto de dolor y de súplica. Finalmente él retira la boca y deja caer su cabeza sobre ella. Lloro sobre las aureolas amoratadas y el olor de su saliva en la piel de su mujer.

Treinta años antes, frente a la mirada de su madre, Zhan volaba de mano en mano entre el grupo de cuatro soldados.

—¿No quieres chupar?— decían entre carcajadas—. ¿Es que la perra de tu madre no tiene leche?

La madre temía que, como ya había visto alguna vez, uno de los soldados lanzara hacia arriba al bebé para ensartarlo en su bayoneta. Rogaba hacia sus adentros para que los soldados continuaran pasándose al bebé de uno a otro. Deseaba que se prolongara ese momento, ese vuelo horizontal, toda la eternidad si fuera preciso; todo, con tal de no ver a su hijo lanzado hacia arriba. Si hubiera intuido la idea que comenzaba a gestarse en la cabeza de uno de los soldados, habría suplicado en ese instante la muerte súbita para su hijo.

Zhan nota en la cara las manos frías de su mujer. Ella le aparta la cabeza para poder levantarse. Él ve cómo toma al niño, tan despacio, y lo tiende entre los dos. Luego se acuesta de medio lado sobre la tierra que el día anterior habían limpiado de pequeñas piedras. El niño duerme. Visto así parece que no se esté muriendo. El padre y la madre se miran por encima del hijo enmantado, pero en sus miradas ya no hay comunicación. No hay nada. Son ojos desecados en una ausencia total de pensamientos e intenciones. Cualquier sonido es solo una llamada distante. El tiempo que media entre las sensaciones y la conciencia se dilata. Zhan y Xiuying son solo las ramas secas de un nido abandonado.

En la cabeza del soldado la idea terminó de fraguarse. Cuando Zhan llegó a sus manos no volvió a pasárselo a sus compañeros,

pero estos no iban a reclamarlo, porque sabían que en aquel lugar un juego solo se interrumpía para comenzar otro juego mejor. El soldado pellizcó la cara del bebé con fuerza, como una muestra de cariño a un niño mucho mayor. Los otros tres esperaban sedientos de violencia. Aguantaban el suspense porque sabían que no les iba a decepcionar. Confirmaron las expectativas cuando vieron que el soldado se bajaba los pantalones. Aunque todavía no imaginaban lo que estaba por suceder, las risas comenzaron a ser algo más nerviosas.

Zhan y Xiuying siguen inmóviles. Dejaron las bocas abiertas para calentar el nido, como dos águilas que, desplumadas, abren el pico para intentar el calor del aliento mamífero. Sus únicos movimientos son los que ocurren en sus cerebros. Zhan está teniendo un sueño: dos militares compiten por su cabeza para ganar un concurso. Un sable les corta la cabeza a los tres, pero el juez del juego cuenta solo una. Su voz sale por el cuello cortado, hueca como si saliera por una tubería: —Somos tres—, dice, y las montañas machos y hembras se devuelven el eco en un zigzag hasta que el tres se pierde por los canales de la cordillera, por las axilas, las ingles de los cadáveres que reclaman el número que les corresponde.

Tras bajarse los pantalones el soldado pidió a los otros que acercaran a la madre. Le destapó el torso y puso la boca del bebé en uno de los pechos. Cada vez que el niño trataba de succionar, el soldado volvía a separarle del pezón, hasta que al fin le sujetó a la altura de su cabeza para decirle:

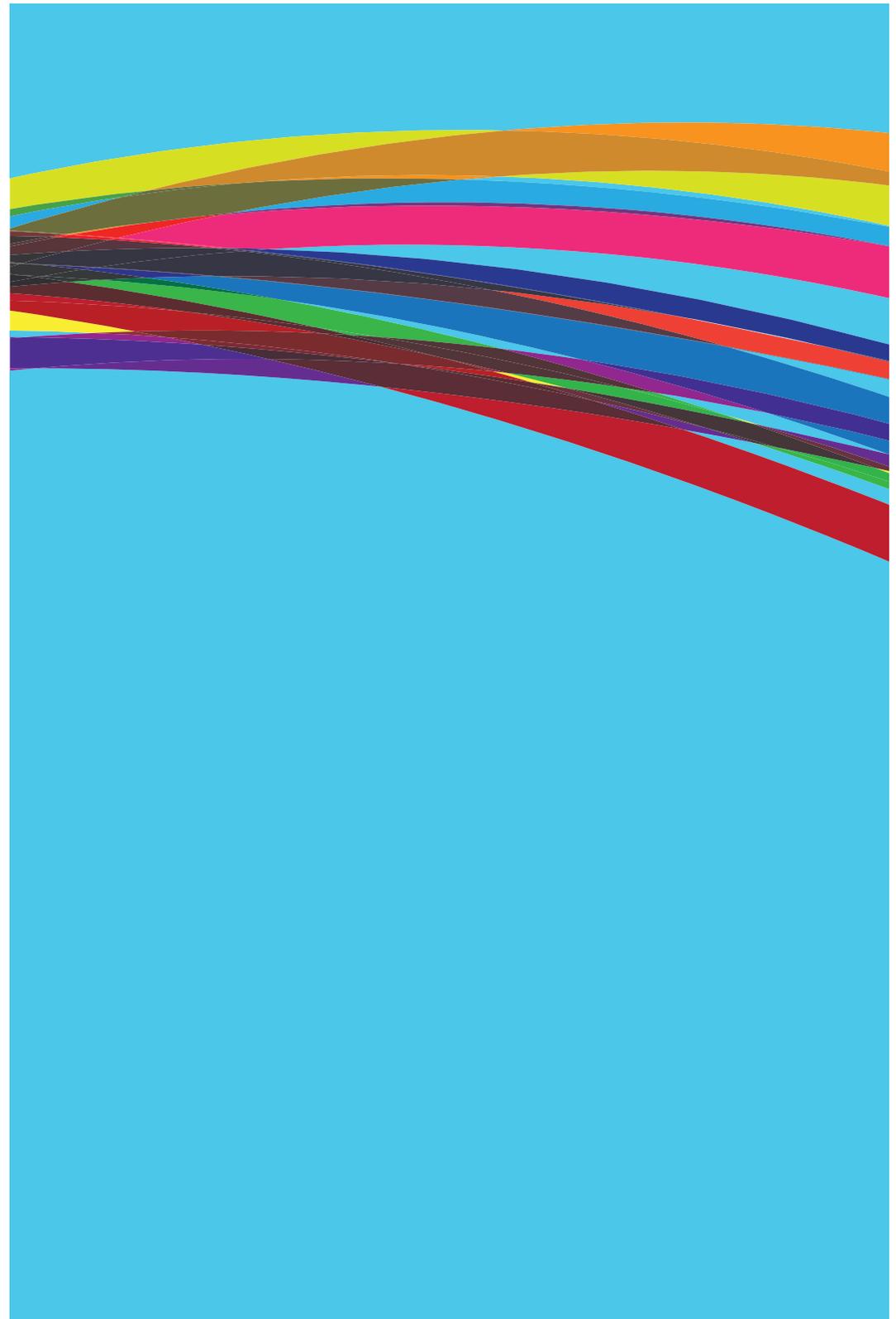
—¿Sabes? Tu madre no tiene leche. Pero yo sí.

Rozó entonces con su pene la boca del niño que, azuzado por el hambre, comenzó a chupar. Aunque el sexo del soldado era demasiado grande para su boca, el hombre se lo metía a la fuerza. El pene comenzó a levantarse y el soldado empujaba la cabeza del niño conforme el placer le subía a la cara, apartándole de sus compañeros, de la burla, de la risa. La madre aguantaba, resistía, no quería moverse, esperando que la eyaculación llegara antes de que su hijo se asfixiara. Cuando el soldado logró terminar, arrojó a los brazos de la madre al niño inerte.

Pero Zhan Wu no murió. Mientras los soldados se iban alejando la madre intentó ocultar ese hilito de vida que empezó con un

pequeño gimoteo y terminó con un llanto recién nacido. Quizás el miedo le despertó la leche, y cuando el niño volvió a alimentarse su madre supo que la matanza de Nanking les dejaría a ellos con vida. Nunca se lo dijo a Zhan, pero hoy, treinta años después, las células del hombre deben de guardar algo de memoria porque, para aquel bebé que ahora es padre, la visión del hijo que se muere hambriento le provoca una reacción corporal. La agonía de su niño tonifica cada uno de sus músculos. Es como un despertar hormonal que ocurre de un minuto a otro. En este vigor destapa el escote de Xiuying y comprueba que sus senos siguen vacíos. Ella no reacciona ya a nada, pero Zhan sí siente; todo su cuerpo parece receptivo a un nuevo estímulo, a una erección que, como unas glándulas mamarias que se llenan, le llevan a realizar un movimiento instintivo. Antes de abrir los ojos Xiuying escucha el sonido de su hijo que succiona a un metro de ella. El niño bebe la leche materna del padre y Xiuying, adormilada, comienza a despertar de la profundidad del sueño con su propio canto de paz: “la loba mira a su lobito beber la leche del caballito”.

“Puente Levadizo: Veinticuatro cuentistas de Panamá y España”
se terminó de imprimir en Madrid, España, en julio de 2015,
bajo la supervisión de la Agencia Española de Cooperación
Internacional para el Desarrollo (AECID).



Puente Levadizo

Veinticuatro cuentistas de Panamá y España

Puente Levadizo -océano Atlántico de por medio- pone en relación literaria, propiciando el mutuo conocimiento, el intercambio intelectual y la posibilidad de acercamientos más amplios, a algunos de los cuentistas actuales más destacados de Panamá y España: 12 de cada país. Se trata de autores vivos, con al menos un libro de cuentos publicado. La parte panameña de este libro la ha preparado el destacado escritor panameño Enrique Jaramillo Levi; y la española es responsabilidad de Pedro Crenes Castro, escritor panameño-español que reside en Madrid desde hace 25 años.

En los cuentos escogidos para **Puente Levadizo** encontramos toda una gama de variantes temáticas, estilísticas y de actitud frente a la experiencia, la imaginación y el hecho estético mismo. Pero en todos prevalece, cada cual a su modo, una incisiva conciencia de lo humano, una densidad sorprendente, a ratos un fuerte vuelo poético y, por supuesto, un oficio escritural sobresaliente.



CENTRO
CULTURAL DE
ESPAÑA
PANAMÁ
Casa del Soldado



cooperación
española

ISBN 978-9962-9029-7-3



9 789962 902973